



Profesora Haná
Reem Bassiouney

Lectulandia

En la víspera de su cumpleaños la profesora Haná, una brillante catedrática de la Universidad de El Cairo, se siente especialmente sola. Va a cumplir cuarenta años y todavía es virgen. Lleva veinte años luchando por triunfar profesionalmente en un entorno donde los hombres detentan el poder académico y lo ha conseguido. Pero se ha convertido en una solterona. Justo cuando decide que esa misma noche tiene que perder la virginidad, en su despacho aparece Jáled, su joven adjunto que es pobre, devoto creyente y muy trabajador.

Profesora Haná es a la vez una novela de campus y de lucha por el poder y una historia de amor llena de pasión y de contrastes. Los conflictos que sacuden a sus protagonistas nos muestran las múltiples caras del Egipto actual, las contradicciones de una sociedad contemporánea y al mismo tiempo muy enraizada en sus tradiciones. Una historia muy viva que mezcla exotismo y actualidad y cuya trama oculta es el tema de la situación de las mujeres y los hombres en el mundo árabe y de su derecho a poder escribir su propio destino.

«La protagonista, apasionadamente independiente en una sociedad dominada por los hombres es un personaje memorable. El libro es a la vez raro, curioso, fascinante, ingenioso, frustrante y absorbente. Haná perdurará por mucho tiempo en mi mente».

WhichBooks

Lectulandia

Reem Bassiouney

Profesora Haná

ePub r1.0

Titivillus 22.02.17

Título original: دكتوراه هناء (Duktūrah Hanā': riwāyah)

Reem Bassiouney, 2008

Traducción: Juan Pablo Arias Torres

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los hombres han gozado siempre de ventaja sobre nosotras por su capacidad para contar sus historias... La pluma ha estado en sus manos.

JANE AUSTEN

A todas las mujeres de Oriente que empuñan la pluma para escribir su historia, sea cual sea la pluma. A ellas corresponde el honor de intentarlo. Y a todos los egipcios que aman y odian apasionadamente, y que comen pastelillos árabes.

Capítulo 1

Hay días en la vida que pasan tranquilos y monótonos. Otros que transcurren en una euforia desenfrenada. Días que se suceden entre la indolencia y el hastío. Y días... ¡Dios nos libre! Ese día particular parecía no tener fin y era más deprimente de lo normal. Era el día de su cumpleaños... Su cuarenta cumpleaños.

A los veinte se había jurado a sí misma que al cumplir los cuarenta organizaría una gran fiesta a la que invitaría a su marido, a la familia de su marido, a los amigos de sus hijos, a todos los oficiales, todos los funcionarios, todas las amas de casa, a todo aquel que tuviera autoridad y derecho a adoptar decisiones, a todo aquel que tuviera su vida en sus manos, todo aquel que forjara su destino, a todos los obreros y los campesinos.

Pero cuando llegó el día, Haná estaba sola en su guarida de solterona. Tan sola como un gato salvaje.

Solterona. Qué palabra tan horrible.

Pero ella no era una solterona. Ni por asomo parecía estar en los cuarenta. Se miró en el espejo. Aparentaba treinta. Puede que veinte. Era menuda y sus muñecas, finas y delicadas. Una mujer madura cuando sus muñecas pierden el encanto de la juventud. Pero las suyas conservaban su belleza. Ni siquiera sus rasgos más pequeños habían cambiado; seguían siendo los de un ratoncito gris. Su cuerpo no había perdido su gracia. Incluso las leves arrugas que tenía alrededor de sus ojos eran todavía imperceptibles.

Era un día aburrido y temible. Ella era valiente pero temía enfrentarse a este día. Como de costumbre organizó y anotó todos sus planes para la jornada. A las nueve iría al hospital a visitar a su antigua profesora, que había sufrido un derrame cerebral. Luego intentaría entrevistarse con su director de departamento. Después se prepararía para viajar al día siguiente al congreso científico.

Pero había algo que la dominaba.

Una sola idea que la obsesionaba.

Iría a ver a su director de departamento siendo aún virgen.

Se prepararía para el congreso siendo aún virgen.

Cumpliría los cuarenta siendo aún virgen.

La sola idea le asqueaba. Tenía que haber una salida. Su virginidad había comenzado a asfixiarla y a echar por tierra todo lo demás. La virginidad que había preservado durante años era ahora su peor enemigo. ¿Y quién sería merecedor de poner fin a la virginidad de la profesora Haná? ¿Acaso había nacido el que lo mereciera? ¿O aún no?

Una idea obsesiva se había apoderado de ella: hoy mismo tenía que dejar de ser virgen y tenía que ser enseguida. Si no, se convertiría en una solterona amargada de cuarenta años. Si conseguía perder la virginidad hoy mismo, por fin se convertiría en una mujer. Algo que la llenaría de orgullo. A los cuarenta era una desgracia

permanecer virgen solo porque quien la merecía aún no había nacido. Era una mujer práctica y sabía lo que quería.

La profesora Haná Saad contemplaba al secretario del director del departamento expectante y furiosa. Nunca se había sentido así. Lo único que deseaba hoy era golpear la cabeza de Abdelhamid con un buen martillo hasta ver y sentir su sangre en sus manos, nariz y ojos.

—Doctora Haná, le he dicho que el doctor Sami está muy ocupado —repetía con el tono del excéntrico califa fatimí Alhakem el día que prohibió la sopa de gringuele y prendió fuego a las calles de El Cairo.

Ella respiró hondo.

—Tiene que firmar el visto bueno a mi viaje hoy —replicó ella con voz temblorosa—. Si no lo hace, no podré ir al congreso, y si no voy...

—Doctora Haná, ya le he dicho que está ocupado —la interrumpió el secretario molesto.

Luego giró la cabeza con desdén y se puso a hablar con otro profesor.

No estaba dispuesta a rendirse. Tenía que viajar mañana y hoy tenía que perder su virginidad. Tenía que arrancar sus derechos de las mismas fauces del lobo y para eso tenía que ganarse al secretario.

Éstos eran tiempos de rapiña, la época de Abdelhamid, la era del miedo, la hipocresía y la indolencia, el tiempo de los tiranos y los colonizadores. Una época que odiaba, un tiempo que no reconocía. Aquel secretario le revolvía el estómago.

Cerró los ojos mientras escuchaba las lisonjas que cada profesor dedicaba al secretario esperando agradar al director del departamento.

¿Cuánto tiempo llevaba sentada? ¿Cuánto le quedaba todavía?

—Doctora Haná, el doctor Sami quiere verla —anunció finalmente el secretario con solemnidad.

Se levantó con paso firme y con su vestido amplio, su negra cabellera y sus extravagantes zapatos naranja y abrió la puerta segura de sí misma. Miró a su colega, un hipócrita maestro en relaciones públicas. ¡El director del departamento! Odiaba a Sami, a su mujer, a su hijo ayudante, y al resto de su familia que trabajaba en la universidad. Odiaba al Sami hombre y al Sami profesor.

El sentimiento era recíproco.

—¿Quieres viajar a Estados Unidos, Haná? —dijo sarcástico.

Lo que más odiaba es que ella tenía que llamarlo doctor Sami mientras él la llamaba Haná.

—Necesito su autorización para el congreso. Se la pedí hace tres meses y aún no me la ha dado. ¿Por qué? —preguntó intentando calmarse.

—Soy yo el que hace las preguntas y tú quien responde. No al contrario —replicó.

Sintió que la sangre le hervía por las venas.

—Pues pregunte —contestó vehemente.

—No has corregido tus exámenes —dijo señalando una montaña de exámenes—. Podría hacer que te abrieran un expediente por ello.

—No los he corregido porque no fui yo quien impartió esa asignatura. Lo sabes perfectamente —contestó acaloradamente mientras cada palmo de su cuerpo se estremecía—. La daba el doctor Alí hasta que se marchó como profesor visitante a Arabia Saudí. Tú autorizaste su marcha y ahora no me dejas asistir a un congreso científico que me sería útil para...

—¿He oído tú? Usted... querías decir usted, ¿verdad, Haná? Si no corriges los exámenes, no te concederé el permiso.

Ella iba a abrir la boca cuando él continuó:

—No puedo perder más tiempo. Ahí tienes quinientos exámenes. ¿Podrás corregirlos antes de mañana? Si puedes, te firmaré el permiso. Dame acuse de recibo y entrégaselos a Abdelhamid por la mañana.

Lo miró entre aturdida y asustada. Invasión por el desánimo, volvió a pensar que era su cuarenta cumpleaños... y seguía siendo virgen.

Mañana viajaría a Estados Unidos donde vivía su primer amor, Rami El-Masri.

Pero hoy tenía que perder la virginidad, corregir quinientos exámenes, dar una tremenda bofetada a Sami, golpear a Abdelhamid con un señor martillo, perder su virginidad. Luego ir al congreso y puede que encontrarse con Rami, o puede que no.

Luego perdería la virginidad.

Volvería a casa y luego...

Se sentó de nuevo y miró fijamente a Abdelhamid. A duras penas veía su cara entre los cientos de exámenes que descansaban sobre su regazo.

—¡Profesora Haná!

Al otro lado de los folios, de pie frente a ella, vio a un joven y lo saludó de manera mecánica:

—¿Qué tal, Jáled?

Él le sonrió y, sin mirarla a los ojos, le dijo:

—¿Son suyos todos esos papeles? ¿Quiere que la ayude, profesora?

—Por favor, Jáled —contestó mientras intentaba incorporarse.

Le quitó los exámenes de encima y ella se levantó, se dirigió a la puerta sin intercambiar ni una palabra con Abdelhamid. Echó a andar junto al joven y empezó a observarlo. Fijó la vista en su cabeza: era moreno y delgado. El típico egipcio. Jamás cruzaba su mirada con la de ella. Todos sus rasgos irradiaban timidez y sus labios desprendían confianza. Necesitaba a un hombre y Jáled andaba por los veinticinco o veintiséis. Ella tenía cuarenta pero era pequeña y menuda, y se quitaba las canas con un tinte negro intenso que iba como anillo al dedo a sus espesas cejas negras.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó él con calma.

—Perdona, Jáled. ¿Querías ver al profesor Sami? Igual te voy a dejar sin...

—Vendré a verlo dentro de una hora —la interrumpió—. ¿Necesita ayuda, profesora?

Ella lo miró a los ojos y él los retiró avergonzado.

—Sí, necesito ayuda. Mucha ayuda —sonrió.

—A sus órdenes —respondió con la misma calma que ahora ella encontró excitante.

—Gracias, Jáled. Recuerdo cuando te explicaba la poesía victoriana. Eras mi mejor alumno.

—Por favor, profesora.

Jáled era un alumno ejemplar, dócil, servicial, trabajador, serio y aplicado. Y era pobre. Lo percibía en sus aficiones, su trabajo sin descanso y su rencor hacia los ricos. También en su manera sencilla y franca de hablar sobre sí mismo y en su prudencia a la hora de rehuir los conflictos.

—¿Puedes ayudarme a corregir estos exámenes? —le dijo animada—. Mañana tengo un congreso y, si no termino de corregirlos, no podré asistir.

—Por supuesto, profesora. Encantado —respondió espontáneo—. Déjeme la mitad y me pasaré la noche corrigiéndolos.

—Imposible. Están bajo mi custodia. Tienes que corregirlos en mi presencia. Pero no pasa nada, Jáled. Sé que eres muy servicial. ¿Te importa venir a corregirlos a casa?

La miró un poco asustado. Luego dijo:

—Si usted no tiene inconveniente, yo me los llevo y...

—No puedo dejártelos —lo interrumpió—. Únicamente te pido que los corrijas en mi casa. No estaré sola en casa.

Respiró aliviado y contestó:

—Lo siento. Pensaba que usted... Por supuesto que iré. ¿Tras la oración de la puesta de sol le parece bien? Tengo que hacer algunos recados.

—Muy bien —respondió triunfante.

Encendió la luz del salón y dejó los exámenes sobre la mesa. Su casa era vieja: era la casa de sus padres. Aquí fue donde les dijo adiós y aquí pasaría el resto de su vida. Puede que sola, puede que no. Aquí habían transcurrido la mayor parte de sus cuarenta años. Le encantaba su casa. Se había convertido para ella en una serie concreta de rutinas sin las que no podía vivir. Al contrario que su hermana, Haná ahorraba electricidad. No encendía las luces hasta las siete de la tarde y a esa hora solo prendía la luz de su habitación. Entonces empezaba a leer y a beber café a pequeños sorbos. Antes de irse a la cama abría el ventanal de su dormitorio y respiraba profundamente. Contemplaba la calle abarrotada del barrio de Zamalek. Desde hacía diez años, desde que murió su madre, tomaba manzanilla antes de dormir siguiendo un consejo que le dieron. Luego se metía en la cama y esperaba el sueño del mismo modo que el hombre anhela a la mujer amada. A veces llegaba, y a veces

no.

La profesora Haná era cuidadosa y organizada. En la cocina, cada cosa tenía su sitio. Solo tomaba dulces cuando visitaba a su hermana y nada más comía carne una vez por semana. Le encantaba la carne asada, pero no asarla. La compraba en un conocido local de kebab y luego comenzaba una operación de limpieza que le llevaba por lo general una hora. Dado que tomaba su comida principal del día a las seis de la tarde, tenía que planificar la compra del asado desde bien temprano. La operación de limpieza comenzaba eliminando la salsa de sésamo, la ensalada y el pan. Después, tras retirar los trocitos de perejil esparcidos sobre la carne con precisión y cuidado, la introducía en el horno media hora más.

A la profesora Haná no le gustaban las visitas y menos las de su familia. En la mirada de su hermano veía codicia; en la de su hermana, desasosiego; y odiaba la codicia y el desasosiego.

La cocina estaba tal y como la dejó su madre diez años antes. Pulcra. En la casa la comida era frugal pero nutritiva: una ensalada preparada con esmero, sopa congelada, pescado congelado y un trozo de pechuga de pollo que comería el jueves al finalizar el trabajo.

Cogió su vaso favorito y empezó a preparar café con tranquilidad mientras recordaba las palabras de su hermana: «Sin hombres ni buena comida, ¿para qué vivir? ¡Ésos son los placeres de esta vida, Haná!».

Miró ufana sus delicadas muñecas. Era hermosa, y eso era suficiente, pero tenía que seguir siendo hermosa, menuda y grácil. ¿Quién se acordaría de su cuarenta cumpleaños?

¿Qué sabía sobre Jáled? Sabía que vivía en Bulaq porque él mismo lo decía a menudo y siempre con orgullo. Parecía seguro de sí mismo pero sus ojos nunca se encontraban con los de una mujer. ¿Sería también virgen como ella? ¿Qué más cosas conocía de él? Que era una persona religiosa. Nunca descuidaba sus oraciones. Sabía que era un alumno ejemplar y que su mejor amigo era un joven ciego al que ayudaba en todo. Era el prototipo del egipcio bueno y paciente. De los primeros de su clase. Había conseguido un puesto en la universidad y leído una tesina sobre las traducciones del Alcorán. Era un hombre y era joven, lo que ella quería.

Se sentó tranquila mientras bebía el café a sorbos y miraba el reloj negro de pared. Había un único problema: Jáled era religioso. ¿Qué podía esperar de él?

¿Y ella? Creía en Dios, pero sentía un extraño resentimiento y una frustración como nunca había experimentado. No consideraba un crimen perder la virginidad. La castidad es la corona de la joven a los veinte, su adorno a los treinta ¡y su tortura a los cuarenta! Basta de castidad. ¿Qué provecho había sacado de ella? ¿Acaso conocía a qué olía un hombre o cómo era su tacto? ¿Qué sabía de los hombres? Rami nunca la había tocado. ¿Qué preocupaba a los hombres en Egipto? ¿Tenían miedo de las mujeres? ¿Qué les asustaba de ellas? ¿A qué venía esta reflexión? ¿Y por qué ahora

esta valentía? ¿Por qué no había perdido la virginidad en todo este tiempo? ¿Por qué no había olvidado a Rami a pesar de que él la había olvidado? ¿Por qué había desperdiciado su vida entre trabajo, estudio, miedo y un amor imposible?

Había sido una tonta pero el tiempo de hacer el tonto había llegado a su fin.

Se había mostrado indolente pero ya se había acabado eso de no hacer nada.

Y después de perder la virginidad ¿qué iba a hacer?

Celebrarlo una y otra vez. Arrojaría al Nilo esa cadena. Las solteras nunca se casan, las solteras son una deshonra para la sociedad. Los hombres se casan con una cuarentona solo si es viuda o divorciada, nunca soltera. Cuando perdiera la virginidad organizaría una gran fiesta e invitaría al profesor Sami, a Abdelhamid, a su hermano, a su hermana, al portero, a Nagat su empleada del hogar, y quizá...

Puso las manos sobre su vientre. Quizá fuera el momento para que este útero aletargado se despertara y que sus óvulos gastados volvieran a la vida. Quizá era hora de que la mujer que había en su interior se rebelara y tomara el control de la respetable profesora. Quizá era hora de que este dormitorio se incendiara y comenzara a palpitar. Quizá.

Jáled era religioso. No sabía nada de él. Quizá tuviera una relación. Quizá la encontrara pálida y mayor. Quizá.

Nunca había intentado seducir a un hombre, a ningún hombre. Entonces ¿por qué no los odiaba? ¿Por qué no decidía de una vez que eran una de las plagas de la sociedad? Si lo hiciera, aceptaría de buena gana este hecho consumado como en su momento había hecho su antigua profesora. Ojalá odiara a los hombres.

Pero ¿los conocía? ¿Qué sabía de los hombres?

Hoy aprendería todo sobre ellos. Todo. Y de una fuente muy fiable.

Pero no debía olvidar que tenía por delante quinientos exámenes que corregir y que seducir a un joven como Jáled no iba a resultar fácil. Tenía que pensar en todas las artimañas sobre las que había leído. Su vida había sido pobre en ese sentido y su experiencia, deplorable. ¿Cómo iba a seducirlo? Ni siquiera quería seducirlo, solo quería que rompiera esa barrera que se levantaba como un obstáculo ante su condición de mujer. Nada de seducción.

Recordó la novela *Pasaje a la India* y cómo la joven inglesa entró en la cueva junto al médico hindú para luego acusarlo de haberla violado sin estar segura de lo que había sucedido. Utilizaba esta novela con los alumnos de cuarto. Entre ellos estaba un sorprendido Jáled quien exclamó:

—No entiendo esta novela. ¿De verdad el autor pretende que la joven inglesa no recuerde un incidente como ése? Es un disparate. Esas cosas no se olvidan.

Ella en cambio daba crédito a la joven. Creía posible que la mente se nublara y perdiera el control sin necesidad de beber o de tomar pastillas.

Toda mente tiene una puerta de acceso, un punto débil. Toda mente está lista para enajenarse.

Además, ella era mayor que Jáled. Y era astuta. Necesitaba corregir quinientos

exámenes, perder la virginidad y levantarse temprano para salir hacia Estados Unidos. Tenía que despertar su vientre dormido. Y necesitaba vengarse de Sami y Abdelhamid, de todos los que tienen poder y autoridad, y de todos los que sirven a quienes tienen poder y autoridad.

Jáled se detuvo junto a la puerta vacilante y avergonzado.

—Adelante —se apresuró a decirle.

Entró despacio y ella lo invitó a sentarse. Se sentó en una silla y con gesto adusto preguntó:

—¿Comenzamos ya a corregir?

Él la miró. Haná sabía lo que insinuaba aquella pregunta. Aunque no estaba acostumbrada a mentir, dijo segura de sí misma:

—Nagat, la criada, está dentro, en la habitación. Por si quieres algo.

Él se tranquilizó un poco y puso manos a la obra. Ella lo observaba mientras concentrado corregía los exámenes en la mesa. Se entregaba a la tarea con seriedad. Vestía unos vaqueros y una camisa a cuadros.

—No sé cómo darte las gracias, Jáled —dijo mientras lo miraba y dejaba caer el lápiz de su mano.

—Lo hago con mucho gusto, profesora —contestó sin devolverle la mirada.

—¿Tienes hermanos? —continuó.

—Un hermano y una hermana.

—Igual que yo. ¿Están casados?

—Mi hermano pequeño se prometió hace un par de meses. Mi hermana está aún en el colegio.

—¿Y tú? —le preguntó como sin querer.

—Hace un año tuve una relación pero... —respondió refugiándose en los exámenes.

—¡Era tu compañera en la universidad! —se le escapó entusiasmada.

De pronto la miró sorprendido. La profesora Haná no era conocida por su afición a hacer preguntas, sino por ser alguien difícil para todo, a la hora de calificar, en el trato. Puntillosa y complicada, vivía en otro mundo. No se interesaba en absoluto por los detalles de la vida de los demás. Sin embargo él la admiraba por su integridad y por su extremada conciencia. Se sabía de ella que no le gustaba la mediocridad y que trabajaba duro. No podía imaginar que un día iría a su casa y que ella le interrogaría de una manera tan directa.

Jáled miró su reloj. Las once.

—Es tarde, profesora —dijo dubitativo—. Puedo llevarme los exámenes y traerlos mañana por la mañana. Me pasaré la noche en vela corrigiendo.

¡Se había equivocado al preguntarle sobre su vida! Todo era culpa suya.

—Imposible —replicó de inmediato.

Él abrió la boca pero ella continuó enérgica:

—Pero si estás cansado, puedes marcharte. Seguiré yo.

Por un momento reinó el silencio. Haná se quedó sin respiración. Y si se marcha, ¿qué?

Tenía que parecer segura y fuerte.

¿Y qué si se queda?

Antes de que él pronunciara una palabra se apresuró a decir:

—Lo siento, Jáled. Te consideraba mi alumno y, por tanto, creía que no dudarías en venir a mi casa.

—Me quedaré una hora más —repuso firme.

—¿Tienes miedo del portero? —le preguntó inquisitiva—. Todos saben que eres mi alumno y que estamos trabajando juntos.

—No puedo quedarme aquí, profesora. No está bien.

—¿Por qué? —respondió ofendida.

—No está bien. No es correcto. *Haram* —replicó.

Se puso de pie. Ella estaba ruborizada.

—¿Te apetece un café o un té?

—Sí, por favor. Té con tres cucharadas de azúcar.

—No tengo azúcar. No lo uso.

—Es usted justo lo contrario a mi madre —comentó sonriendo—. Si en nuestra casa no hubiera azúcar, mi madre nos declarararía la guerra a todos.

De nuevo su carácter reservado parecía desaparecer. Pero ella no quería hablar. Tenía miedo de pronunciar una palabra que acabara espantándolo. Quería que su mente se enajenara y eso no ocurriría hasta pasadas muchas horas más. Quería que se sumergiera en la corrección de los exámenes y que se olvidara del tiempo.

El tiempo pasaba y, a medida que lo hacía, ella albergaba mayores esperanzas. De repente dijo:

—¿Crees que ayudarme no es correcto, que es *haram*? Quiero decir, el que tú corrijas unos exámenes que me han encargado a mí, ¿no es aprovecharme?

Él sonrió. Era la primera vez que le veía sonreír.

—Pero ésta no es su asignatura. Es la asignatura del profesor Alí y él se ha marchado. Por tanto, qué más da quién los corrija —contestó.

—¿Qué opinas del profesor Sami?

—Que no es de fiar.

—¿Perdón?

—¿Quiere mi opinión?

—No te gusta.

—Es un embaucador y a mí no me gustan los embaucadores.

—¿Y el doctor Alí?

—Un buen profesor.

—¿Y yo?

—Es un poco estricta. No sé qué podemos esperar en sus exámenes. Pero es buena y tiene conciencia.

—No imaginaba que serías tan franco. Siempre pareces tan reservado, tan callado. No sé en qué piensas.

—¿En qué pienso?

—Sí, en qué piensas.

—En mi familia.

—¿La quieres?

—Es todo lo que tengo.

—Yo ya no tengo familia. Mis padres murieron y no sé nada de mi hermano ni de mi hermana.

—¿Se marcharon fuera?

—No.

—Han perdido el contacto.

—No. Digamos que cada uno tiene su vida y ninguno se preocupa por los otros.

Se hizo el silencio. Por primera vez él la estaba mirando. Sus miradas se cruzaron.

—La una, profesora —dijo mirando el reloj.

—¿Cuántos exámenes te quedan? —preguntó desesperada—. Yo tengo cincuenta, ¿y tú?

—Unos cuarenta —respondió hojeándolos.

Tras un breve silencio Jáled preguntó:

—¿Puedo usar el móvil?

Sacó el teléfono y comenzó a marcar un número. Ella lo observaba con detalle.

—Sí, preciosa... ¿Cómo se encuentra?... No pasa nada. Llegaré un poco tarde... No se preocupe por mí... Puede que una hora más... Vale, estese tranquila. Quede con Dios.

—¿Hablabas con tu madre? —le preguntó muy sorprendida.

—Sí —contestó sobre la marcha mientras levantaba el brazo y estiraba la espalda sobre la silla.

—¿Quieres tomar algo?

—Si no tiene azúcar, no quiero nada.

Ella lo miró. Notó que por primera vez Jáled dejaba de guardar las distancias entre ambos. Ella no quería eso. Desde luego quería llevárselo a la cama esa noche, pero no que se tomara confianzas.

Se puso de nuevo a corregir exámenes. El silencio se alargó una hora más. Finalmente él se levantó y exclamó triunfante:

—¡Se acabó! Todos los exámenes corregidos, profesora.

Así, sin más. Todo había terminado, sus planes, sus esperanzas. Se quedaría por siempre virgen. Iba a morir virgen.

—No te vayas, Jáled —rogó horrorizada.

Él la miró confundido.

—Hay algo que quiero darte —continuó.

No entendía qué quería ni qué le había pasado a la profesora Haná. Se quedó en

su sitio. Ella salió rauda hacia la vieja cocina. Miró al techo. ¡Qué alto era y qué sombrío! La criada no lo había limpiado. Eso era: no lo había limpiado. Cuando volviera de Estados Unidos tendría que ponerse de acuerdo con esa sirvienta que no había limpiado el techo de la cocina. Pero ahora tenía que seducir a este joven al que había comenzado a odiar. Se le estaba agotando la paciencia. Sabía lo que quería, lo que iba a hacer. Sus planes estaban cuidadosamente diseñados. Agarró el interruptor general que estaba en la cocina y lo desconectó. La corriente eléctrica se interrumpió tal y como quería. Suspiró profundamente. En la oscuridad podría entregarle lo que quería. En la oscuridad de la noche, en la oscuridad de la casa, quizá él se enajenara.

—La luz se ha ido, Jáled. Llevaré una vela —dijo alzando la voz.

Tenía la vela preparada delante de ella.

La encendió y regresó al salón. Él había abierto la puerta del apartamento y la estaba sujetando.

—¿Qué haces ahí de pie? Entra, por favor.

—Tengo que marcharme —dijo en tono serio.

—Te ruego que esperes cinco minutos. Tengo un grave problema —le dijo de nuevo antes de que pudiera moverse.

Por primera vez la miró a los ojos. La duda comenzó a apoderarse de él. Era como si no la conociera.

—¿Un problema? —preguntó con curiosidad.

Ella cerró la puerta y dijo mientras se detenía delante de él:

—¡Esta casa está habitada!

Él se echó a reír.

—¿Habitada?

Ella lo cogió de la mano antes de que él se moviera y comenzó a hablar sin descanso para que no pudiera articular palabra. Lo arrastró hasta el sofá. Parecía como si él se hubiera rendido.

—Escúchame, Jáled. Los he visto con mis propios ojos. Aparecen cuando se va la luz. La mujer echa a volar como el humo. Luego el hombre enciende las velas y las apaga. Y las voces. Solo yo las oigo.

La miraba atónito sin mediar palabra. Sentado en el sofá escuchaba en silencio.

Haná era consciente de que disparataba. No creía en esas cosas, pero estaba segura de que él sí.

—¿Has oído algo? —dijo asustada.

—¿Bromea, profesora? —contestó fascinado por la escena.

—En absoluto. ¿Crees en los *yinns*?

—Por supuesto.

—¿Conoces a alguien «tocado»?

—¿Tocado? ¿Qué quiere decir?

—Poseído por los *yinns*.

—Ah. Sí, claro. Mi tía estaba poseída por un *yinn*.

—¿Y qué hizo?

—Rezar. Un santón la ayudó. Estaba muy cansada. Imagínese: el *yinn* la mordió en los dedos de los pies y se quedó paralizada.

Respiró aliviada. Se estaba acercando al objetivo.

—¿Oyes eso, Jáled? ¿Qué puedo hacer con esas voces que me persiguen? Hazte una idea: el día de la muerte de mi madre estuve oyéndolas toda la noche.

Se quedó en silencio. Ahora no mentía.

—Tenía miedo de entrar en su habitación. En realidad sigo teniendo miedo de entrar en su habitación. Siempre me da la sensación de que ella está de pie junto a la cama, regañándome por haberme quedado sola.

¿Había dado a su voz un tono de amargura? ¿La había escuchado? Reinaba el silencio. Estaban sentados en el sofá. Ella, inmóvil, observaba la vela. Él clavaba sus ojos en ella y notó cómo se le escapaban en silencio unas lágrimas.

Ésta era su oportunidad. Sabía que la debilidad era una de las cualidades más conocidas de las mujeres. El problema era que ella nunca había sido débil y que ningún hombre se había atrevido a desvirgarla. El hombre quiere la victoria y la mujer, la derrota; pero ella odiaba la derrota y la debilidad. Se secó las lágrimas y de pronto dijo:

—Tengo miedo. De la oscuridad, de la soledad, de la muerte que me acecha.

Él tragó saliva e hizo ademán de levantarse.

—No me dejes, Jáled. No ahora. No me dejes en la oscuridad —dijo agarrándole la mano.

Él volvió a sentarse despacio. Haná tenía que actuar rápido. Lentamente recostó la cabeza sobre su pecho.

—¿Qué opinas? ¿Hay un *yinn* en esta casa? —susurró al tiempo que ponía una mano sobre su pecho y arrimaba su cuerpo al de él.

—No sé —replicó desconcertado.

Él no se movió pero tampoco se separó de ella. ¿Qué pasaba por su mente? Haná deseaba saberlo, pero probablemente nunca lo sabría. De manera espontánea apoyó la mejilla sobre el cuello de Jáled y musitó:

—Odio la noche, la soledad, el silencio. ¿Y tú? ¿Por qué no dices nada?

—Profesora Haná, la vela está a punto de terminarse. ¿Quiere que...?

—Quiero regalarte algo, ¿te acuerdas?

—No sé si me lo mereceré.

—Ya no tiene mucho valor. Está viejo y descolorido.

—No creo que tenga nada viejo y descolorido.

—Dame una oportunidad.

—¿Por qué yo?

—No preguntes. No hables.

La vela se apagó. Era su oportunidad. Comenzó a acariciar su cuerpo mientras él la abrazaba con fuerza.

No quería besos. Ni los quería ni quería saber cómo eran. Solo quería una cosa. Ya no necesitaba palabras. Todo lo que sentía era su delicada muñeca latiendo entre sus manos. La meta estaba cerca.

Le desabrochó los pantalones con torpeza; se acercó a su regazo y se levantó la falda. Y así fue. El final de su virginidad. Sin besos, sin caricias, sin pasión. Él estaba dentro de ella y lo que sentía ella era un alivio que se mezclaba con un poco de dolor pero que no llegaba a molestarla. Había alcanzado su objetivo.

¿Cuánto tiempo había transcurrido...?

Suspiró profundamente mientras sonreía. Dormía en el sofá. La recorría un sentimiento de satisfacción. Él se había marchado. Era propio de ella alcanzar sus metas con rapidez y eficacia. Ni siquiera había necesitado desvestirse por completo y se había saltado todos los prolegómenos. Había querido limitarse a cumplir con su misión. Le había dado su regalo. Eran las cinco de la mañana y estaba cansada. Hoy solo quedaba pensar en Estados Unidos, en el congreso, en el flamante triunfo.

La llamada a la oración siempre lo reconfortaba, le inspiraba confianza en el mañana. En especial, la del alba. Pero hoy... hoy cerraba los ojos, escondía la cabeza. Al principio no se percató de que una mano le tocaba el hombro hasta que escuchó la voz de su amigo:

—Jáled, Jáled. La oración. ¿Qué te pasa?

Ni lo miró. Era Muhámmad, su amigo ciego. Su mejor amigo, más cercano para él que su propio hermano. Muhámmad le tocó el hombro de nuevo. En la oscuridad que el destino le había deparado buscaba a tientas el modo de llegar hasta su amigo pero no lo encontraba.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué has llegado tan tarde?

Cogió aire despacio como si intentara comprender lo que había ocurrido el día anterior. Finalmente respondió:

—Estuve ayudando a la profesora Haná a corregir exámenes.

Muhámmad sonrió mientras palpaba la silla antes de sentarse. Las yemas de sus dedos estaban acostumbradas a tocar todo sin sentir vergüenza ni reparo.

—¡La complicada profesora Haná! ¿Te acuerdas de sus clases? Siempre explicaba de manera prolija y luego nos miraba desafiante como si fuéramos seres de otro planeta y no entiéramos ni una palabra de lo que decía. Una mujer con carácter pero desdichada.

—¿Desdichada por qué? —preguntó un tanto indiferente.

—No sé. A esa edad... ¿Cuántos años tiene? Casi cuarenta, me parece.

De repente Muhámmad se quedó en silencio. Una idea se le vino a la cabeza:

—¿Crees que sigue siendo virgen?

—*Haram*. No está bien que hablemos del honor de las mujeres a la hora de la oración del alba. Vete a rezar —contestó agotado.

—¿Y tú? ¿Por qué no rezas? ¿Qué has hecho? ¡Fuiste de putas!

—¿Cómo te atreves? —dijo enfadado.

—Era una broma. Tú nunca descuidas la oración del alba. ¿Por qué hoy?

No respondió. Sentía una extraña opresión.

—¿Nunca te has preguntado si es o no virgen? —preguntó astuto—. Yo creo que es virgen. Su voz suena extrañamente triste. ¿Es guapa, Jáled?

—No sé. Quizá.

—Antes me describías todas las cosas...

—¿Vamos a estar hablando de ella todo el rato? Estoy cansado, Muhámmad.

—Hablemos entonces de Safá. ¡Cuánto echo de menos una mujer! Sin embargo tú... ¡Está en tu mano casarte con ella en cuestión de segundos y no lo haces!

—Quizá lo haga.

—¿Has decidido volver con ella? Es lo mejor. Es una buena chica y te quiere. Tu madre y tu hermana no quieren que te cases pero tú lo necesitas. Todos lo necesitamos. La mujer no siente las mismas necesidades que el hombre. Ella puede vivir sin casarse. Incluso puede quedarse virgen si quiere, pero el hombre no.

—Sí, si quiere.

—Entonces ¿es virgen?

—Puede que lo sea o puede que lo fuese —respondió después de pensarlo un momento.

—No entiendo.

—No importa. Vete a rezar.

—¿Qué te pasa, Jáled?

—Hoy mi vida ha dado un vuelco total. Me ha caído encima algo inesperado y que no he pedido. Que Dios me perdone. Yo no quería esto. Vete a rezar y pídele a Dios por mí. Y no me preguntes jamás qué ha ocurrido hoy.

Capítulo 2

Mientras una profesora Haná cargada de exámenes ponía rumbo a su viejo Peugeot el portero dijo con desprecio y volviendo la cara:

—¡Que Dios nos proteja del maldito Satanás!

Ella se detuvo y se volvió hacia él.

—¿Por qué dices eso? —preguntó asustada.

Sin tan siquiera mirarla masculló unas palabras ininteligibles. Ella sabía por qué decía eso, pero no sabía qué hacer: ¿reprenderlo?, ¿amenazarlo?, ¿sobornarlo?, ¿darle explicaciones?, ¿defenderse?

Entonces pensó que si en este país tenía que darle explicaciones al portero cada día por el simple hecho de ser una mujer, mejor sería marcharse a un lugar más civilizado. Ni se le pasó por la cabeza dar al portero diez libras y explicarle que Jáled era un alumno suyo. Diez libras hubieran sido suficientes para abrir las puertas de su cerrada mollera. Y eso hubiera bastado para hacerle creer que era el guardaespaldas de una princesa francesa. Si es que tal princesa existiera.

Con diez libras podría llegar al corazón del portero, lavar sus intenciones y aclarar la situación.

Pero no tenía intención de desperdiciar diez libras, ni estaba dispuesta a comenzar a repartir sobornos a estas alturas.

Por primera vez se sentía libre. La carga que llevaba sobre los hombros había desaparecido, el dolor y la deshonra se habían esfumado.

Viajaría al congreso. Quizá se encontraría con Sami en Estados Unidos o quizá no. En cualquier caso ya no era virgen.

Mientras conducía hacia el aeropuerto, la imagen de su apartamento no se le iba de la cabeza. Le gustaba muchísimo. Apenas había cambiado desde la muerte de su madre. Lo había dejado todo tal y como estaba. Conservaba todos los muebles, todo lo que tenía valor. En la casa no había niños que estropearan nada ni tampoco venían visitas que se sentaran en el sofá del salón e hicieran que perdiera su color con el tiempo. El salón decorado al estilo de los sesenta que su madre había comprado al casarse permanecía igual; siempre tapado con una sábana blanca limpia y amplia. El aparato de vídeo comprado hacía diez años también estaba reluciente y cubierto con un tapete de croché que hacía tiempo había adquirido en Alemania durante uno de sus congresos. Incluso el mando del vídeo continuaba aún intacto dentro de su funda original de celofán. Como el televisor, que cada día cubría con un tapete hecho a medida antes de irse a dormir, librándolo así de la contaminación de El Cairo. Le encantaban sus cosas: eran todo lo que poseía.

En el vestíbulo principal había pocos muebles. A su izquierda se hallaba el comedor. Era la habitación más bonita de la casa, de la que se sentía más orgullosa. La presidía la mesa antigua de madera de roble oscuro y el enorme aparador con sus estantes de cristal.

Este aparador contenía todas sus posesiones, toda su vida. Era una apasionada de los objetos de arte, como su padre. Si había algo que podía hacer sin pensárselo dos veces era comprar jarrones, estatuillas o juegos de viejos tenedores de plata. Y lo hacía. Toda su fortuna estaba guardada en aquel imponente aparador; allí, dispuesto con cuidado, orgullo y pasión, a la espera de alguien que le echara un vistazo, o dos.

Lo que nunca le había gustado era el pasillo largo y estrecho que permanecía casi siempre oscuro para ahorrar electricidad. Al final del pasillo estaba la habitación de sus padres, que ahora era la suya. Junto a ésta, dos habitaciones que no abría nunca. Una era la de su hermano; la otra, la que compartían ella y su hermana. Después venía el viejo cuarto de baño, con su aroma a ambientador y repleto de toda clase de saludables ungüentos como lavanda y camomila que usaba para relajarse durante el baño.

Así era la casa de la profesora Haná. Tuvo que comprar a sus hermanos su parte y salir malparada en la herencia para quedarse con ella y poder vivir con los recuerdos de su madre y su padre y para oír sus voces entre la música cada mañana. Le gustaba vivir así. Aunque había noches largas en las que una nube densa envolvía su cuerpo helado y la despertaba, sin dejarla descansar, y la negra oscuridad la estrangulaba sin llegar nunca a matarla. Tenía miedo de esas noches. ¡Pobre del que se la encontrara a la mañana siguiente! Estallaba por cualquier cosa con toda su energía.

En ese momento sintió la necesidad de pasar por Bulaq.

Tenía ganas de ver Bulaq antes de partir. Solo por curiosidad. Nada más. De vez en cuando pasaba por allí pero sin fijarse. Nunca pensó que el barrio tendría importancia en su vida.

Para ella Bulaq eran olores fétidos, viejos edificios manchados de polvo, contaminación y caca de burros y niños jugando en la calle sin darse cuenta de la suciedad que los rodeaba. En Bulaq verde no es una palabra que se encuentre en el diccionario. Lo único en lo que se había fijado era en la cantidad de personas que por la mañana se agolpaban junto a los puestos de habas y *falafel* y que parecían pegadas unas a otras. Seres humanos que se comportaban de manera metódica y organizada en un silencio incómodo de voces reprimidas.

El ruido de la música ensordecedora que salía de todos los locales llamó su atención. Cada local tenía la suya propia. Las canciones se entremezclaban unas con otras, igual que los seres humanos.

Reclinó la cabeza en el asiento del avión. El molesto chorro del aire acondicionado se dirigía directamente a su ojo derecho. Cerró los ojos y comenzó a recordar imágenes del pasado. Veinte años antes. Imágenes de una chica que amaba en silencio a un compañero. Rami era tranquilo y tímido. Le encantaba su carácter dócil e indeciso.

Habían sido adscritos al mismo departamento. Así pudo estar más cerca de él. Hablaban durante horas sobre Shakespeare o Dickens. Era juicioso, maduro y capaz

de reflexionar sobre lo divino y lo humano.

Pasó un año y seguía siendo su compañero, mientras ella lo amaba en silencio. Él deseaba emigrar a Estados Unidos con una beca académica. Pero le dieron la beca a ella.

Recordó que, justo antes de que Haná se fuera a Estados Unidos, hubo un día que había sido decisivo en su relación.

Quiso saber qué sentía por ella. Él siempre hablaba de su madre, de cuánto la respetaba, de lo que su madre quería y esperaba. Nunca hablaba de ella ni de él.

Se sentó frente a él en el despacho como solía hacer, sus mesas estaban una frente a otra. Esta vez se levantó de su silla y apoyó la mano en la mesa de él. Nerviosa, comenzó a jugar con las hojas de papel y se frotó los dedos uno contra otro.

—¿Me atrevo a soñar? —preguntó desesperada.

Él tragó saliva y, bajando la cabeza, susurró con voz ronca:

—No.

No estaba acostumbrada a recibir un no. Era fuerte y capaz de tomar la iniciativa. Además se ponía en su lugar y quería echarle una mano. Le apasionaban los retos. Y la victoria. Aunque en realidad lo esperaba, su respuesta la decepcionó. Pero volvió a desafiarle:

—¿He sido una ilusa? ¿Todo lo que imaginaba eran meras ilusiones? He sido tan estúpida...

—No, Haná. No eres estúpida —respondió él muy afectado.

—Me marcharé dentro de una semana —continuó nerviosa.

—Lo sé —dijo clavando sus ojos en el suelo—. Yo no he tenido el valor de soñar, Haná. Pero...

Permaneció unos instantes en silencio y luego añadió:

—¿Y qué ganaríamos? Incluso si yo sintiese lo mismo que tú, ¿qué íbamos a conseguir con eso? Tú lo sabes bien, ¿no es así?

—Entonces sientes lo mismo que yo —declaró ella triunfante.

Sonrió al tiempo que comentaba entre apurado y con un poco de miedo:

—Tú misma eres un problema. Eres como un enorme camión. Nadie puede controlarte, ¿lo sabes?

—¡Un camión! —exclamó enfadada.

—No me agobies más, Haná. Olvida. Olvidar es el don más hermoso que nos ha concedido Dios.

Abrió los ojos. Aquellas palabras aún resonaban en sus oídos. «Olvida... Olvida».

Probablemente nunca lo vería otra vez. ¿Por qué había pensado que volvería a verlo de nuevo?

¿Quién era Rami ahora? ¿El mismo que había amado hacía veinte años? Vinieron a su memoria aquellos días de soledad en Estados Unidos soportados con paciencia y determinación, soñando con él día tras día. Le dijo que no se atreviera a soñar. Pero ¡ella se atrevía a cualquier cosa!

Ojalá lo supiera ahora.

Cuando por fin le dieron la beca, Rami se fue a Estados Unidos y no regresó. Se estableció allí y se casó con una chica egipcia. Nadie supo nada más de él.

Suspiró cansada. El día de ayer había sido largo. Rami era de una familia parecida a la suya. Era del barrio de Muhandisin. Se dirigía a ella con respeto y miedo. No era de Bulaq, por lo que no tenía que abrirse camino a tientas entre los restos de una marea humana machacada cada día miles de veces.

¿Vería a Rami? Y si se lo encontraba, ¿cómo le iba a decir que ya no era virgen? ¿Cómo le daría la noticia? ¿No iba a dejar de pensar en él nunca? ¿Acaso no había salido de su vida hacía años?

No quería volver a Estados Unidos. Solo recordaba días de soledad, trabajo y desánimo. Durante el congreso lo buscaba en cada rostro. Dio una conferencia sobre la literatura femenina en la época victoriana. Al terminar se sentó en el vestíbulo de la Universidad de California. Bebía a pequeños sorbos su saludable zumo —sin azúcar— mientras reflexionaba sobre su vida.

¿Qué haría ahora que ya no era virgen?

A su alrededor escuchaba hablar en inglés. Tenía la vista fija en una losa del suelo; era blanca, de mármol, y tenía agujeritos. ¿Qué iba a hacer con Jáled? Nada. Fue un simple medio para conseguir un fin. Objetivo cumplido. Ahora no había motivo para volver a hacer uso de él. ¿Se había equivocado en la elección? No. Jáled era una persona buena, sencilla, religiosa y del pueblo. Jamás diría nada. Y si lo hiciera, lo mataría con sus propias manos. Tenía que dejárselo claro cuando regresara.

Había un pequeño agujero en esa losa. Se preguntaba si ya estaba de antes o era nuevo. Le dejaría bien claro que si decía una sola palabra...

Los zapatos que calzaba esa americana tenían un tacón de vértigo. ¿Cómo podía caminar con ellos? Caminaba como un dinosaurio con las piernas abiertas, como si no supiera andar.

Si decía una sola palabra...

Oyó una voz conocida. Alzó la vista esperando verlo. Rami. ¿No has venido aquí por Rami? Ésta era su universidad. Tenía que verlo.

Durante una pausa de la conferencia vio a un hombre. La sala estaba llena y se oía hablar en inglés con distintos acentos. Algunos le disgustaban, otros no.

Pero el hombre que había visto no era Rami. Era alguien a quien no conocía. En sus rasgos se veía el paso del tiempo y sintió miedo de la imagen que ella podía darle.

Él se sentó a su lado. Tendría unos cuarenta años y el pelo casi blanco. Sus mejillas eran más rechonchas, había pequeñas arrugas alrededor de sus ojos y su doble barbilla daba testimonio de una vida dura y rica a la vez. Era otro hombre.

Pero su voz no había cambiado.

Si dijera una sola palabra.

—Rami —dijo con entusiasmo, mientras su corazón latía.

—Haná —sonrió él titubeante y un poco angustiado—. ¿Cómo estás? No hace falta que te lo pregunte: estás estupenda. ¿Has conseguido ser la directora del departamento?

Ella esperaba otro tipo de preguntas: ¿cuántos hijos tienes? ¿Cómo se llama tu esposo? ¿Sigues siendo virgen? Mientras se fijaba en sus gruesos dedos que ya no reconocía y la alianza que escondía en uno de ellos y que había olvidado por completo, respondió:

—No, aún no.

—Pero has seguido escribiendo y trabajando un montón. He leído tu último artículo.

Examinó su rostro; no supo si veía en él celos o admiración.

No se lo había preguntado. ¿Por qué?

Rami respiró profundamente mientras la miraba con dulzura.

—¿Cómo estás, Haná? Hace una eternidad que no te veo. ¿Qué te ha deparado la vida?

—¿Y a ti? —replicó desafiante.

—Muchas cosas.

Por unos segundos se quedó en silencio y luego añadió:

—¿Has venido hasta aquí para verme?

Sorprendida, abrió la boca con la intención de replicar, pero él se apresuró a decir:

—Por supuesto que has venido a verme. Ayer estaba de permiso, por eso no pude asistir a tu conferencia. Lo siento. Sabía que un día vendrías y que, cuando lo hicieras, criticarías mi trabajo, cuestionarías las conclusiones de mi investigación y al final lograrías vencerme.

—Publico más que tú. Eso es cierto —respondió altiva.

A lo que él repuso cariñoso:

—Y estás más guapa que yo. Igual que hace veinte años. Por supuesto no te has casado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sé que no hay hombre en el mundo que pueda dominarte, Haná.

—Puede que me haya casado con un extranjero.

—Quería decir un hombre en *todo* el mundo, no solo en Egipto. Ay, Haná... ¡cómo han pasado los años!

—¿Te alegras de haberte quedado en Estados Unidos?

—¿Qué diferencia hay entre Estados Unidos y Egipto? —preguntó tras unos instantes en silencio.

—Democracia, libertad, justicia.

Sonrió sarcástico.

—En ningún país del mundo hay justicia ni democracia. Los más fuertes imponen la ley y los más débiles la cumplen. Pero ¿para cuándo la dirección del departamento?

—Para cuando Dios se lleve a Sami y a los que son como él.

—Sami Fathi. ¿Él es el director? Qué mala suerte la tuya.

Abrió la boca. ¿Cómo hacerle saber que había perdido la virginidad? ¿Podría?

Qué torpe. Había planificado todo para este día y ahora no sabía cómo decírselo.

—¿Volverás pronto a Egipto? —preguntó de nuevo.

—No —respondió enseguida.

—¿A tu mujer le gusta Estados Unidos?

—Odia Estados Unidos tanto como a mi madre, pero vive aquí ¡y con mi madre!

La pobre... Y pobre de mí que tengo que soportar este país, a mi esposa y a mi madre.

Haná sonrió. Al menos no parecía feliz. No lo había conseguido todo. Aunque ella no hubiese conseguido nada.

Hubo un instante de silencio, un momento embarazoso. Él miró su reloj mientras ella se ponía de pie.

—Me marcho mañana —dijo ella.

—No puedo invitarte a venir a casa —comentó avergonzado—. Mi mujer está de viaje y yo salgo también mañana.

—No importa, Rami. La próxima vez —contestó con una sonrisa fría.

—Sí, la próxima vez —exclamó.

—Por cierto —sonrió con malicia— tú no sabes nada de mí. Solo lo que crees saber.

La miró unos segundos sin entender qué pretendía.

—Nunca dije que lo supiera.

Ella sonrió de nuevo triunfante.

—Te veré en otra ocasión. Pronto, si Dios quiere.

Rami asintió con la cabeza mientras se esforzaba, sin lograrlo, en comprender su última frase. Probablemente no le daría muchas vueltas.

El viaje a Estados Unidos fue corto y sutil como una nube.

—¿Me atrevo a soñar? —preguntó.

—No —respondió él.

Sonrió irónica. Era ingenua y fuerte a la vez. No se sentía a gusto con los hombres, salvo con Rami. Odiaba los gritos, el dominio, la opresión.

Pese a que su padre había sido una persona pacífica y razonable, en muchas ocasiones había visto la represión de las mujeres a su alrededor.

Había sentido el brazo dominador y asfixiante del hombre y su voz amenazante. Veía la opresión que el hombre ejercía a su alrededor. Odiaba al hombre de Oriente, su violencia y su tiranía.

A veces se imaginaba a sí misma sentada en una habitación oscura y solitaria. Un hombre se inclinaba para amedrentarla. La amenazaba, la ataba a los brazos del sillón

y comenzaba el ritual de tortura. Era imposible que sucediera, no lo permitiría. Pero lo había soñado y este sueño era suficiente para rechazar a todo aquel que se le acercaba, si su voz era demasiado potente, si se reía mucho, si le hablaba de algo que no fuera su futuro o sus investigaciones.

Era una foto creada por su fantasía a la que su imaginación ponía un marco dorado y colgaba en una pared del interior de su mente. La foto de un hombre que se inclinaba, la ataba al sillón para imponer sus condiciones y la amenazaba y aterrorizaba.

Su hermano era un tipo fastidioso. Era el favorito de su madre. Ella, la preferida de su padre. Al ser la más pequeña su hermano no la hizo sufrir mucho pero siempre estaba aterrorizando a su hermana Layla. Haná fue testigo de esa amenaza psicológica y física.

La profesora Haná repetía siempre a sus estudiantes: «Los hombres de nuestro país necesitarían cirugía para eliminar sus excesos, sus ideas retrógradas, esa educación equivocada y...».

Nadie la apoyaba, ni sus alumnos, ni sus alumnas.

Regresaba a Egipto. Tendría que enfrentarse de nuevo a Jáled.

Si decía una sola palabra, le cortaría la cabeza con un cuchillo afilado con la parsimonia de un profesional.

Había sido un viaje fructífero. Tal y como esperaba, su conferencia tuvo un gran éxito. Había encontrado a Rami y había podido hablar con él. Eso fue lo mejor del viaje. Ahora él sabía que era una triunfadora, que era feliz y que no iba a dedicarse a sufrir porque él hubiese fundado una familia. Seguro que también se había dado cuenta de que ya no era virgen. Seguro que sí. Solía entenderla tan bien... Empezaría una nueva vida declarándole la guerra a Sami y aplastándolo.

Regresó a su apartamento en la oscuridad de la noche. Estaba agotada. Abrió la puerta. Apenas había entrado cuando se dio cuenta de que el agua lo inundaba todo. El grifo del lavabo del cuarto de baño goteaba. Era justo lo que le hacía falta en ese momento.

Comenzó a llamar a voces al portero. Apenas podía sostenerse sobre las piernas.

Se sentó en el salón durante cuatro horas a la espera del fontanero mientras contemplaba la destrucción total de su apartamento.

—El fontanero quiere trescientas libras —titubeó el portero sabiendo de antemano la respuesta de la profesora.

—¿Por qué? ¿Ha hecho un cuarto de baño nuevo? ¿Crees que soy un banco?

El portero empezó a compadecerse del fontanero. Conocía bien a la profesora y cómo miraba por cada piastra.

Cuando el fontanero terminó de cambiar el grifo del lavabo, Haná respiró satisfecha y entró en el baño como si fuera un inspector en una escuela de primaria. Al ver el grifo dijo horrorizada:

—Es distinto.

El fontanero la miró como si hablara en chino.

—Claro, le dije que cambiaría el grifo —contestó.

—Este grifo es de color plata tirando a dorado y el mío era plata tirando a blanco.

Es distinto —insistió.

—No encontré uno que fuera exactamente igual —replicó impaciente.

—Pero yo quiero uno exactamente igual. No me pienso quedar con éste.

—Señora, tengo más trabajo. Págueme la factura y deje que me vaya.

—Quiero un grifo exactamente igual que el mío. No le voy a dar ni un céntimo.

—¡Señor, Señor! ¿No le he dicho que no hay ninguno como el suyo? —gritó.

Lo miró llena de ira:

—No va a recibir ni un solo céntimo si no me cambia ese grifo. Y para usted no soy señora, sino profesora. Así es como tiene que dirigirse a mí. Y ahora, fuera de mi casa.

El hombre balbució unas palabras. Luego salió mientras decía:

—¡Que Dios me lo recompense!

Cerró la puerta tras él. Abrió todas las ventanas, se lavó las manos y se preparó para irse a la cama. Mañana pensaría en el grifo. Mañana volvería a la universidad.

Sabía que vendría. Claro que vendría y, al sentirse culpable, quizá le propondría matrimonio. Puede que intentara progresar a su costa. Quizá llegara haciéndole reproches. Sabía que aquella noche no sería un episodio pasajero ni finiquitado, como ella hubiera querido. Seguro que traería consecuencias. Pero no se arrepentía. Ella no se arrepentía nunca.

Le sonrió. Después de lo ocurrido lo veía con un halo distinto.

—¿Cómo estás, Jáled? Sabía que vendrías.

La miró fingiendo sorpresa.

—¿Lo que sucedió era para que viniese a verla? Las chicas no pierden su virginidad simplemente para ver a un hombre. Por lo menos espero que no para todas las mujeres sea así. Si lo que quería era que viniera a su oficina, no tenía más que decírmelo.

—Hablas de mí como si fuera una egipcia corriente y sabes que no lo soy.

—¿Ah, no? ¿Usted no es egipcia? ¿De dónde es entonces? —dijo arqueando las cejas.

—No lo vas a entender, Jáled.

—Tiene razón: no lo voy a entender.

—¿Has venido a proponerme matrimonio?

—Quizá —dijo—. He venido para comprender... Si es que hay algo que pueda comprender. Profesora Haná, todo lo que sé sobre usted es que tiene una casa habitada por *ifrits* y que tiene miedo a la oscuridad. Y usted de mí solo sabe que mi tía estuvo poseída. ¿Hay algo más que pueda saber sobre una mujer que se entregó a mí sin darme ni un solo beso?

Ella lo miró horrorizada.

—Te ruego que no me hables así.

—Solo me preguntaba, y disculpe la pregunta, si tenía que haberme comportado de una manera que fuera digna de usted.

—¿Cómo?

—Si tenía que haber hecho el amor con usted tal y como imaginaba en mis sueños.

—¿Soñabas conmigo?

—No con usted en especial. Pero sí con la primera vez que una mujer pasase conmigo la noche.

—¿Es que fue la primera vez?

—Sí, eso creo. Casi la primera vez que hago el amor de verdad. Soy temeroso de Dios.

Durante unos segundos se hizo el silencio. Luego le preguntó:

—Eres religioso, de Oriente y egipcio. Sueñas y tienes expectativas. ¿En qué sueñas? ¿Qué esperas de una mujer?

Lo sorprendió con su pregunta, con sus extrañas palabras. ¿Egipcio? ¿De Oriente? ¿Religioso? Parecía que formara parte de un mundo que ella no conocía. Contestó con calma:

—Como cualquier hombre de Oriente espero que ella me complazca por el día y complacerla yo por la noche. Que se acicale y se vista de seda. Que haga que la casa huela a incienso. Que cada día cocine un cordero entero para mí. Que me ame con pasión y me mire sumisa y temerosa. Que espere mientras escojo entre mis esposas, y que, si la elijo a ella, salte de alegría. Que cumpla sus obligaciones de obediencia y fidelidad. Y que cada semana espere su turno expectante y con miedo a no satisfacerme y a que me enfade con ella y la cambie por otra...

—Espera un momento. Me estás tomando el pelo, ¿verdad? Te lo he preguntado en serio. ¿Por qué no me contestas? ¿Qué esperas de una mujer? De tu mujer.

—Poco. Espero bien poco. Lo que cualquier hombre espera —contestó mientras se reclinaba en su asiento.

—¿Y qué esperan todos los hombres? No, mejor, ¿qué esperas tú?

—Quiero una mujer que me comprenda, que me ayude y acepte mi ayuda, que me apoye. La quiero inteligente, formada, culta, tranquila, obediente y dulce. No quiero a nadie que esté a todas horas discutiendo conmigo ni provocándome. El hombre egipcio, profesora, es como el camello en el desierto: pasa sed, hambre, y soporta una pesada carga. Y no puede detenerse. Tiene que seguir andando aunque esté agotado por el camino y el calor, o por la humillación y la maldad. Por eso cuando llega a casa necesita encontrar una esposa dulce que lo reconforte, que no lo agobie ni lo domine ni se crea superior a él. ¿Entiende, profesora, lo que quiero decir?

—Qué bueno eres, Jáled. En realidad no pides mucho... Pasemos juntos revista a tus palabras. Seguro que sacamos provecho de ellas. La quieres obediente, tranquila y

dulce. Quizá deberías comprarte una gata... No, las gatas no son obedientes. Una vaca. Necesitas comprarte una vaca. Las vacas son obedientes.

—Parece que no le gustó mi primera descripción de la mujer que quiero y tampoco le ha gustado la segunda. No pasa nada. Una última pregunta antes de marcharme, profesora. ¿Por qué? ¿Por qué ahora? ¿Es que espera algo de mí?

—Sí, por supuesto —añadió tajante—. Espero que no hables de esto ni conmigo ni con nadie. Confío en ti, Jáled. Pero no acabo de entenderte y no me gusta ese tono burlón con el que me hablas.

—Perdone, profesora, pero quiero estar seguro de que he comprendido lo que pretende. Quiere que olvide que he hecho el amor con usted y que he sido el primer hombre en su vida, y que me ha hecho pecar y que ha puesto mi existencia patas arriba.

—Soy yo quien tiene que quejarse, no tú.

—¿Y por qué no se queja y me pide que me case con usted? Déjelo. Lo he comprendido, profesora.

—Si dices una palabra, te mataré, yo misma te cortaré el cuello —siseó.

—Y sé que es capaz de eso —murmuró irónico mientras se acercaba a ella—. Gracias por recibirme. Adiós, profesora.

Todos roban. Todos halagan al poder y fingen no ver sus excesos. Hay ladrones de guante blanco y ladrones vulgares. Pero si hay algo que odian todos los egipcios es la zafiedad. Que el profesor Sami acepte regalos, invitaciones y servicios es algo normal.

Que el hijo del profesor Sami haya obtenido una licenciatura en Filosofía con la más alta calificación es también normal.

Que el hijo del profesor Sami haya plagiado una vieja memoria de licenciatura de otra universidad es algo normal y hasta aceptable.

Pero que el hijo del profesor Sami haya plagiado una memoria de licenciatura de alguien que sigue vivo y coleando y que da clases en una universidad de provincias demuestra a las claras su escaso buen gusto.

En Egipto todo se tolera menos la falta de buen gusto.

Robar con elegancia es lícito, pero robar con descaros y zafiedad no está permitido en absoluto.

Parecía que el profesor Sami había comenzado a confundir las cosas y a olvidar las reglas básicas del oficio. Se había convertido en alguien grosero y descarado. Muy descarado.

El decano había empezado a hartarse de sus escándalos y del modo vulgar con que actuaba con los que tenía a su alrededor y con quienes le pedían ayuda. El profesor Sami no dudaba en pedir un Mercedes para aprobar a un alumno o que le hicieran un servicio determinado o que le concedieran una ayuda a la docencia. Pedía con descaros, sin sentimiento de culpa, sin tomar el pulso a la situación y sin asegurarse de dejar claras sus intenciones.

Los regalos se dan, no se piden. Esto era algo que nunca comprendió.

El decano había comenzado a estrechar el cerco sobre él, en especial después de que adquiriera un Mercedes nuevo y del escándalo del cum laude de la memoria de licenciatura de su hijo.

La universidad necesitaba sangre nueva y un rostro honorable. Una mujer. Sí, necesitaba una mujer. Colocar a una mujer en la dirección del departamento era señal inequívoca de que Egipto era un país avanzado que no discrimina entre hombres y mujeres en función de los puestos de trabajo o de sus competencias.

La elección estaba entre dos profesoras: la profesora Maysa y la profesora Haná. Ambas eran como la noche y el día.

Maysa estaba casada y tenía tres hijos. Andaba por los cincuenta y pico, llevaba *hiyab*, su esposo era profesor en la facultad de Medicina y los alumnos la adoraban. Haná, por el contrario, era solitaria y difícil. Su lema, bien conocido por todos, era «que la justicia brille sobre la injusticia». Era honesta, publicaba mucho y gozaba de prestigio internacional.

El decano aún no se había decidido. Necesitaba entrevistar a las dos.

Llegó el momento de entrevistar a Haná. Clavaba los ojos en él de una manera que no le agradaba. No sabía si podría llegar a acuerdos con ella o no. En cambio la profesora Maysa sonreía y hablaba de sus hijos todo el tiempo. Parecía un digno ejemplo de la mujer egipcia, y si un día decidiera aceptar un soborno, pasar por alto un error o ser condescendiente con un pariente, lo haría con un gusto refinado y exquisito, nada zafio.

La elección parecía fácil. Esta institución necesitaba revalorizarse.

Pero la profesora Haná era fiel. Su fidelidad no era a nadie en concreto, sino a la institución. Y al gobierno.

¿Quién en estos tiempos mostraba su fidelidad al gobierno? En Egipto quien hace gala de fidelidad al gobierno es un traidor a la patria y a la tierra, y merece por ello que le arrojen piedras, pan duro y harina americana contaminada.

Sin embargo Haná era fiel a la institución.

Nunca había entrevistado a alguien como Haná. Ella seguía profesando su lealtad a la universidad, no a sus padres, su hermana, sus parientes, sus vecinos, sus hermanos en el islam, sus hermanos en Cristo o a sus hermanos compatriotas. Ella solo era fiel a la institución.

Tenía que volver a pensarlo.

Pidió a Haná que fuera de viaje con un grupo de estudiantes, ayudantes y profesores. Quería oír los comentarios de todos. Aunque Haná se daba cuenta del repentino interés del decano por ella y de su repentino odio hacia Sami, no sabía con exactitud qué era lo que rondaba por su cabeza.

Pero si le pedía que se uniera a un viaje de la Unión de Estudiantes, no tenía más remedio que obedecerle. Además, el hecho de que el decano se acordase de ella para pedirle algo, lo que fuese, hacía que ese día fuera de suma felicidad. Le vinieron a la

memoria su colegio privado y la profesora que le tenía tanto cariño por lo aplicada y tranquila que era. Siempre le encargaba alguna tarea especial como llevarle los cuadernos de una clase a otra, borrar la pizarra o ir a por tizas. El decano le hizo imaginar que esos días no habían terminado, que el colegio seguía existiendo; parecía distinto, pero al fin y al cabo, era el colegio. Le había confiado una misión honorable y tenía que estar contenta por haber sido elegida.

Como de costumbre recogió su pelo negro en una cola de caballo. Llevaba un vestido bordado y unos zapatos negros de tacón alto: parecía que hubiera salido de un anuncio de jabón de los años cincuenta. Sin embargo, había cuidado su apariencia más de lo habitual. Se había puesto un poco de kohl y de carmín rosa.

Su objetivo era pasar el día en paz, entregada a la lectura como solía hacer, y olvidar el calor de El Cairo sentada bajo una gran palmera mientras reflexionaba sobre el universo en silencio y sin ser molestada. Su problema era que se cansaba rápidamente de la gente.

La finca de Salma, la profesora ayudante, era más grande que todo el barrio de Shubra. Con unos cuantos menos habitantes, claro. Salma miraba a su alrededor ufana preguntando a los presentes si necesitaban algo.

La profesora Haná evitaba mirar a Jáled; hacía como que lo ignoraba. Encontró un árbol y sacó la manta que había preparado dos días antes. La extendió debajo y se sentó. De su maletín sacó un termo con agua caliente y un vaso lavado y secado con esmero. Como cada mañana, comenzó a beber agua caliente, sin té ni café. Solo agua para limpiar su estómago. Normalmente no desayunaba.

Sacó su libro preferido de poesía inglesa isabelina y se enfrascó en la lectura hasta que el sonido del magnetófono llegó a sus oídos:

Con el contoneo, mi vida, de tu cintura
se resucitan en mi corazón mil locuras
a mis ojos nadie te supera en hermosura
¡alabado sea el Buen Sastre de tus hechuras!

—Esa música está muy alta —comentó con calma sin mirar a su alrededor.

—Lo siento, profesora —oyó decir a una joven en voz baja.

Miró a su lado y examinó a la joven detenidamente. Esos ojos... los había visto antes. No era muy mayor, apenas dieciocho años. Llevaba un *hiyab* azul y un vestido de colores, kohl en los ojos, carmín en los labios y abalorios de oro. La chica sonrió mientras se acercaba.

—Me encanta Abdelhalim. Y a Jáled también. Esta canción, en concreto, le gusta muchísimo.

—¿Eres su hermana? —preguntó de manera espontánea mientras la escudriñaba.

—Sí —contestó riendo.

La profesora no le inspiraba temor. Tampoco le daba vergüenza hablar con ella. ¡Era evidente que la chica aún no iba a la universidad!

Oyó voces a su alrededor. Fijó la vista en el enorme jardín que los chicos habían convertido en campo de fútbol. Jáled manejaba el balón con maestría como si hubiera pasado su infancia entrenándose en las estrechas calles de Bulaq. Ésa fue su infancia. Por supuesto. Sin embargo ella consumió su niñez intentando aprender a tocar el piano, oyendo música clásica junto a su padre y yendo y viniendo a casa de sus tías. Comportándose, en definitiva, como una auténtica señorita.

Lo perseguía con la mirada. Jáled gritaba animado y se comportaba con naturalidad. Clavó la mirada en él y en su cuerpo juvenil. Intentaba verlo como a un estudiante cualquiera pero no podía. Quizá nunca podría. Rebosaba de vida, chorreaba de sudor y las venas del cuello parecían estar a punto de estallarle cuando gritaba pidiendo el balón.

Sonrió burlándose de sí misma y de los sentimientos de adolescente que estaba experimentando.

Apartó la vista de él y comenzó de nuevo a leer hasta que la chica murmuró mientras se acercaba a ella:

—Usted es la profesora Haná, ¿no?

—Sí —respondió sin levantar la vista del libro.

—Yo también voy a estudiar literatura inglesa —dijo entusiasmada mientras se sentaba en la manta de la profesora—. Este año estoy en bachillerato y Jáled me ha dicho que me va a ayudar.

Haná comenzó a darse cuenta del peligro que se avecinaba. Empezó a sentirse incómoda, amenazada. ¿Cómo podría deshacerse de aquella joven? En realidad no le molestaba la conversación, sino que se sentara tan cerca y en su manta. ¡Se vería obligada a lavar la manta una vez más! Además era una manta pequeña, para una sola persona.

—Disculpa... —musitó.

—Shaimá —se apresuró a decir.

—Disculpa, Shaimá. ¿Te importaría...?

Shaimá la interrumpió y, como si le estuviera revelando un peligroso secreto, continuó:

—¿Ve a aquella chica debajo del árbol que está hablando con Muhámmad? Es Safá, la que le gustaba a Jáled.

De pronto el tema comenzó a interesarle. Agarró la manta por el lado de la pierna de la chica y se puso a tirar de ella con fuerza mientras preguntaba:

—¿Por qué no se casó con ella?

—A mamá no le gustaba —contestó de golpe—. Y nosotros tampoco le gustábamos a ella. Lo quería solo para ella. Había algo que no cuadraba. Quiero decir, ella no lo quería: era puro teatro.

Sin motivo alguno, Haná empezó de nuevo a tirar de la manta.

—¿Pasa algo, profesora?

—Había algo en la manta. ¿Puedes ponerte un momento de pie?

Shaimá se levantó y Haná aprovechó para retirarle la manta.

—Así está mejor —concluyó satisfecha.

Shaimá la miró boquiabierta. Ni siquiera había hecho intento de excusarse. Haná se acomodó de nuevo e, intrigada al máximo por la conversación, de pronto dijo:

—Y él la dejó porque ni a ti ni a tu madre os gustaba.

—Claro. Y por otras razones. Jáled es ahora el hombre de la casa y tiene sus responsabilidades.

—¿Te pega?

—¿Perdón?

—¿Tu hermano te pega?

—A veces —contestó indiferente—. Pero no como a mi amiga Samiha: su hermano le pega sin venir a cuento.

Quedaba claro que para ella no revestía gravedad. Era como si pensara que su hermano tenía derecho a pegarle. Haná empezó a enfadarse.

—¿Por qué te pega? —insistió.

Se dio cuenta de que Shaimá de pronto había dejado de sentirse cómoda. A la mente de Shaimá vino la monumental bronca que tuvo con su hermano hacía cinco meses cuando se quedó en casa de su amiga hasta las doce de la noche. Vaya día. Su amiga tenía un hermano guapísimo y a Shaimá le apasionaba hablar. Y así, hablando con él de lo divino y de lo humano, sacando un tema tras otro, se olvidó de la hora. Cuando regresó se encontró al peor Jáled que había visto desde la muerte de su padre. Sintió miedo de él, pero como era valiente, cuando le preguntó el motivo de aquel retraso, le plantó cara:

—¡Tú no eres mi padre! ¡Mi padre está muerto! ¡No eres más que mi hermano! ¡No porque cuides de nosotros vas a mandar en mí!

Su madre oía la discusión alarmada, con la boca abierta, como si su hija acabara de anunciar que estaba embarazada de tres meses de un desconocido. Pero Shaimá era una buena chica: nunca se quedaría embarazada. Lo único que había hecho era hablar y permitir alguna que otra caricia. Y en ningún caso se le podía pedir cuentas por algo así. ¿Hay acaso en todo Egipto una chica que no haya hecho esto? Puede que su amiga, la hermana del joven tan guapo, aún no lo haya hecho. Pero todo a su tiempo.

Aquel día su hermano le dio una bofetada. Fue cruel como un león marcando su territorio. Y ella aprendió la lección. Faltaría más. Desde aquel día no volvió a llegar tarde. Lo que realmente la sacó de quicio fue la sonrisa complaciente de su madre cuando el hermano le anunció que todo estaba bajo control. Ahora estaba a su cuidado, él era el cabeza de familia. Solo tenía que recordarlo y pensar de vez en cuando en su hermano y en su madre que trabajaban noche y día para que ella estudiara y llegara a la universidad, no para que se dedicara a hablar y a hacer manitas con jóvenes galanes y a disfrutar, aunque solo fuera un poco, de los placeres que la vida nos brinda.

Daba igual. A pesar de todo, su hermano era bueno. No la agobiaba. La mayoría del tiempo trabajaba fuera de casa y le compraba todo lo que quería. Se preocupaba cada día por ella y la animaba a seguir adelante. A veces odiaba que él insistiera tanto en los sueños que tenía sobre su brillante futuro: su ingreso en la universidad, luego la graduación, después el trabajo...

En cualquier caso aquella profesora era tonta de remate. ¿Qué tipo de pregunta era ésa? ¿Acaso había un solo hermano en Egipto que no hubiese pegado a su hermana aunque fuese una sola vez? No en Egipto; en Bulaq, en la escuela, en su calle. Qué cosas más raras decía a veces la gente fina.

Todo esto pasaba por su cabeza pero no dijo nada.

Los ojos de Haná la escrutaban como si le leyeran el pensamiento.

—Háblame de Safá.

—¿Sabe, profesora? Un día estaba muy cansada. No podía tenerme en pie. Mamá me preparó agua con azúcar y un bizcocho. Safá estaba de visita en casa, haciendo como que nos quería. Apenas me vio mareada, me cogió de la mano y empezó a decirme cosas bonitas: todo mentira. Nada más tocarme me di cuenta de que no era una persona cariñosa. Solo estaba representando un papel. ¡Qué duro iba a ser para mi hermano casarse con una actriz! Así sin más se lo solté a él.

Haná cerró el libro. La conversación comenzaba a interesarle, y mucho; en especial, por lo de las manos, los cariños y los sentimientos.

Luego volvió la vista al campo de fútbol. Vio a Jáled otra vez y a su amigo Muhámmad acercándose a él con cuidado. Estaba a punto de caerse cuando Jáled lo agarró rápidamente por el brazo. Le explicaba lo que había sucedido hasta ese momento como si se hubiera entrenado para ser los ojos de su amigo.

A Haná no le era difícil entrever que a Jáled le gustaba el papel de salvador y de hombre responsable.

Cogió su libro de nuevo y se puso a leer. Shaimá estaba incómoda sentada en el suelo, así que mientras se levantaba dijo:

—¿Le apetece algo, profesora? ¿Le traigo un sándwich?

—No, gracias.

—Mamá ha hecho sándwiches de hígado y galletas de dátiles. ¿Prefiere una galleta?

—No, gracias —contestó molesta.

La sola idea del hígado con su ajo y su aceite le repugnaba tanto como la de una galleta embadurnada en manteca, azúcar, tierra y porquería.

Miró a Safá. La examinó detenidamente; era morena y llevaba un *hiyab* rojo y un vestido ajustado. No habría cumplido los veinte. Era una típica egipcia, de labios gruesos, a los que sabía sacar provecho a base de un buen pegote de carmín. ¿Por qué ha venido a la excursión? Quizá quiera volver con Jáled. O a lo mejor la invitó Muhámmad. O solo vino para ponerlo furioso y dejarle bien claro que no le interesaba.

Su mirada se cruzó con la de Safá. Le sonrió. Luego se puso en pie, recogió la manta y se acercó a ella. Se sentó a su lado y mientras tendía la mano le dijo:

—Soy la profesora Haná.

—Hola, profesora —respondió con una mezcla de sorpresa y admiración.

—Estoy con Jáled en el mismo departamento. ¿Y tú?

Tragó saliva y titubeó:

—Entre nosotros ya no hay nada.

—¿No? —preguntó con entusiasmo.

—Así es. Gracias a su madre y a su hermana. No quieren que se case.

En su manera de hablar y en su acento se parecía a Shaimá. Ambas conservaban un extraño soniquete con sabor local que desconocía y que no había observado en Jáled. Pronunciaban la te de manera exagerada y hablaban más con las manos y los labios que con la lengua, de un modo que jamás había oído.

—Pero yo sé que él me quiere —dijo algo dolida.

—¿Que te quiere? ¿Cómo lo sabes? —preguntó abriendo los ojos y arqueando las cejas.

—Lo sé. Pero es un cabezota y se equivoca. Además, su madre y su hermana ejercen una gran influencia sobre él.

—Le han practicado un hechizo —le susurró al oído.

—Seguro —asintió con la cabeza—. Pero es bueno y me quiere.

—¿Y tú le quieres? —preguntó Haná en un tono más ácido.

—Sí, le he querido toda mi vida.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

Haná se quedó unos instantes en silencio.

—Safá, escúchame —dijo con tono solemne—. Jáled no te conviene en absoluto. Si va a vivir el resto de su vida bajo la influencia de su madre y su hermana, tu vida se transformará en un infierno. Cuídate muy mucho de volver con él. Además, si te quisiera, volvería contigo. Pero si eres tú la que vuelve, se aprovechará de ti, te humillará y luego te arrojará a la basura. ¿Lo entiendes?

Safá asintió con la cabeza.

—Eso es lo que dice mi madre. Además, él no quiere que le lleve la contraria. Cuando le digo que no, se enfada y deja de hablarme. Dice: «el hombre soy yo», y ese tipo de cosas.

—Guárdate de volver con él. Te castigaré. Óyeme, Safá. Yo estoy siempre en la universidad. Si necesitas algo, ven a verme. ¡Incluso puedo proporcionarte un novio mejor!

Haná volvió a fijarse en Jáled unos segundos. Estaba irritada pero lo deseaba.

Regateaba con la pelota: se acercaba, la rodeaba, la pisaba y finalmente la lanzaba hacia arriba. Luego se alejaba, la añoraba, coqueteaba, se acercaba de nuevo... Otro jugador lanzaba la pelota. Jáled gritaba. El sudor le brotaba del cuello, estaba a punto

de desbordarse y de repartirse por todos lados. De nuevo se acercaba y peleaba. Esta vez rodeaba la pelota como un zorro... al acecho, en tensión y confiado. Con lujuria. Sí, con lujuria.

Antes de perder los nervios Haná se levantó.

¡Hombres! Qué repugnante es su autoridad y su actitud déspota.

Cómo se compadecía de Safá. Tenía que asegurarse de que jamás se casaría con Jáled.

Al decano le gustaba la democracia que todos disfrutaban. Le apasionaba hablar por separado con los profesores, intercambiar opiniones y debatir en libertad. Y cuando la discusión sobrepasaba los límites de lo razonable, intervenía inmediatamente, le abría una investigación al profesor y le hacía un regalito anotando en su expediente: «Agitador; pregunta mucho y tiene muchas exigencias. Hay que procurar extremar las precauciones para que no ascienda» y ese tipo de lindezas. Pero escuchaba con paciencia, como si estuviera disfrutando de un culebrón televisivo; luego hacía lo que le daba la gana, y no pocas veces, justo lo contrario de lo que los demás querían. En el sistema democrático moderno llevar a cabo lo que desean los demás es el primer paso hacia el desplome total.

El decano tenía su propia filosofía.

Todos somos testigos cada día de sociedades que se hunden y países que se fragmentan en nombre de la democracia.

¿Por qué hemos de confiar en el común de los mortales si sabemos que el hombre es un ser propenso a equivocarse una y otra vez, a olvidar y a todo lo demás?

Por eso escuchó con atención la opinión de los miembros del claustro sobre las profesoras Maysa y Haná. Todos estaban de acuerdo en que la profesora Maysa era de trato más fácil, una madre y una hermana; además, había cumplido con la peregrinación a La Meca: era, pues, una señora respetable, amada de Dios. En cambio, Haná era respetada pero trabajar con ella era muy difícil; exigía demasiado, era excéntrica, complicada, una solterona. Convertiría el departamento en un infierno.

Así que en bien de la democracia, en prueba del amor al pueblo y en pro del gobierno del pueblo por el pueblo, el decano decidió designar a la profesora Haná directora del departamento.

Capítulo 3

Apenas Haná supo de su singular victoria, del giro de los acontecimientos y del imperio de la ley, pensó en dos personas: en Abdelhamid, el secretario del profesor Sami, y en Jáled.

Abdelhamid estaba, como dice el refrán árabe, «más perdido que un huérfano en el banquete de un avaro». Su destino, ahora en manos de Haná, era negro, negrísimo. Bastarían unos segundos para pensar en cómo despedazarlo y servírselo de cena a las ratas.

El poder hizo que se sintiera eufórica. El pasado y el presente habían desaparecido. Rami se había convertido en un enano insignificante sin papel alguno en la escritura de la historia.

Y Abdelhamid... Cuántas veces la retuvo esperando durante horas para ver a su excelencia el doctor Sami, qué de veces la había tratado con desprecio, como si fuese una hormiguita y no una importante profesora. Cuántas veces...

Ahora era su secretario. Tenía que divertirse con él como el gato con el ratón antes de zampárselo. O quizá debía hacerlo pedacitos, convertirlo en queso rallado y echárselo a los ratones para que se lo comieran. Ah, qué país tan hermoso Egipto. La justicia es... la puerta de la felicidad. Y por fin se había hecho justicia. Había creído que Egipto se le escaparía de entre los dedos como su existencia, pero ahora tenía Egipto en sus manos y lo protegería igual que a su propia vida.

Se puso a indagar en el expediente del nombramiento de Abdelhamid en los setenta y descubrió que no tenía más que un diploma en Comercio, así que decidió trasladarlo al archivo por unos meses. Luego lo colocó en una disyuntiva: podía continuar en el archivo o, a la vista de su titulación, podía optar a otro puesto que exigiera un mayor esfuerzo como, por ejemplo, recadero o mensajero.

Sus sueños y sus deseos crecían día tras día.

En cuanto a Jáled... A Jáled le tenía miedo.

Sabía demasiado. Cortarle el cuello sería la solución ideal; pero, dado que por desgracia la ley en Egipto seguía castigando el asesinato premeditado, aunque fuera en defensa propia, había que pensar bien en cuál sería la mejor manera de tratarlo.

Tendría que tenerlo todo el tiempo bajo su control. Eso ahora resultaba muy fácil, Jáled acababa de inscribir su tesis doctoral con el doctor Muhámmad Abdellah, y éste, si ella se lo pedía, no se negaría a cederle a su alumno. Cuando Jáled fuera su alumno, siendo la directora del departamento, lo encadenaría de tal modo que jamás podría librarse de ella. Y una vez preso, ya no abriría la boca. Solo entonces pensaría con calma en el futuro. Quizá lo necesitara de nuevo. Quién sabe.

—¿Me atrevo a soñar? —le había preguntado a Rami.

—No —había contestado él.

¿Dónde estás ahora, Rami? Me gustaría que viesen que todos mis sueños se han cumplido.

Era el día de la gran victoria. Un día que quedaría grabado en la historia porque la iba a cambiar para siempre.

Suspiró extasiada sintiéndose como nunca y se sentó en el enorme despacho. Respiró con orgullo y miró el reloj. Dentro de unos minutos daría comienzo la reunión que iba a presidir. No había nada en este mundo que deseara más. Nada. Bueno, había otra cosa: perder la virginidad, pero también había hecho realidad ese deseo. Ahora todos entrarían en su despacho como corderos detrás de su pastor. La justicia existía en este país. La justicia y la posibilidad de prosperar.

Los profesores entraban uno detrás de otro presentando sus respetos. Todos la felicitaban y la colmaban de elogios.

Llevaba un vestido marrón oscuro con una bufanda roja también oscura. El tono de su voz había cambiado un poco. Era más alto y algo más potente. Comenzó a dar órdenes sin esperar respuesta.

Entraron también los ayudantes. Lo vio. Estaba al fondo, guiando como de costumbre a su amigo Muhámmad. Se sentó a su lado y le ofreció agua. Estaba pendiente de él. Un tipo extraño este Jáled. No importaba: pronto lo conocería mejor.

—Quiero hablar con vosotros de varios temas —empezó con fuerza—. En primer lugar, he de decir que estoy feliz por la oportunidad que me ha brindado el decano. Espero que a partir de hoy nuestra lealtad primera y última sea a la institución. Sí. Nuestra lealtad a la universidad estará por encima de todo. Yo estoy aquí para servir a los intereses de la universidad.

Lo miraba. Estaba escribiendo algo. ¿Qué anotas, Jáled? ¿Mi discurso?

Estaba realmente orgullosa. Dirigió la mirada al doctor Sami, sonrió satisfecha y continuó:

—Hay algunas reglas que quizá hemos olvidado. Nosotros somos los guardianes del saber, y éste tiene que ser nuestro primer objetivo. Por eso adoptaremos algunas medidas que pueden parecer tajantes, pero que en realidad están al servicio de la institución.

Se colocó las gafas y comenzó a leer:

—Por lo que respecta a los profesores, no concederé a ninguno, por el momento, una sola licencia para salir a dar clases al extranjero. Y ello porque, como es bien conocido, aquellos a los que se concede una licencia descuidan sus investigaciones y se dedican solo a dar clases. Y cuando el profesor universitario descuida la investigación, muere; no se diferencia en nada de un maestro de primaria.

Los profesores se miraban unos a otros sorprendidos.

—¿Alguna objeción?

Miró a su alrededor. Nadie articulaba palabra. Nadie se atrevía a contradecirla. Nadie estaba acostumbrado a objetar nada. Su pregunta era pura retórica.

—La investigación será, pues, la primera tarea que ha de acometer el profesorado

—continuó segura de sí misma—. Fijará su salario y servirá para medir su competencia. En cuanto a los profesores ayudantes, les advierto que no voy a permitir las clases particulares. Y si me entero de que alguno las imparte, será objeto de investigación y de la correspondiente sanción. Por lo que respecta a las misiones docentes, únicamente las conseguirán quienes las merezcan. No serán para aquellos a los que la sociedad les haya concedido una oportunidad mejor en la vida. Intentemos entre todos elevar el nivel de nuestra universidad y de nuestro país.

Comenzó un largo aplauso. Sonrió eufórica. El profesor Sami se puso en pie y exclamó:

—Yo me iré de licencia, doctora.

Era una amenaza que no esperaba. Pese a ello, replicó reuniendo todas sus fuerzas:

—No. No daré mi visto bueno a ese permiso. Egipto lo necesita.

—Me marcharé, doctora, aunque tenga que conseguir mi licencia del propio ministro —concluyó elevando el tono de voz.

Un murmullo se apoderó de la sala.

—Mientras yo ocupe este sillón no se irá —insistió con firmeza—. La reunión ha terminado por hoy. Gracias, señores.

Todos comenzaron a salir. Miró a Jáled. Estaba abriéndole la puerta a su amigo.

—Jáled, Muhámmad. Quiero hablar con vosotros dos —dijo encantada con su nueva autoridad.

Él se quedó mirándola un buen rato. Siempre que la miraba recordaba escenas que le producían vergüenza. Ella tendió la mano para saludar a Muhámmad.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal tu licenciatura?

Muhámmad le correspondió el saludo tomando la mano de la profesora entre las suyas; la palpaba como queriendo saber más.

—Estamos de suerte. Usted directora del departamento...

Ella sonrió. Jáled miró su reloj y las manos de Muhámmad y terció apurado:

—Tenemos que irnos.

—Sí, tenemos que irnos —contestó Muhámmad soltando la mano de la profesora.

—Te quiero a ti, Jáled —añadió ella en tono desafiante.

Él ayudó a su amigo a abandonar la sala y regresó enseguida. Sus miradas se cruzaron.

—¿Puedo sentarme? —preguntó con calma.

—Por supuesto que sí —contestó encantada mientras se sentaba de nuevo en su imponente escritorio—. ¿No te he dicho que te quiero a ti?

—Así es. Eso es lo que ha dicho —dijo él sonriendo—. Aunque no sé qué significa eso exactamente. Usted perdone, profesora, pero a veces no la entiendo.

—¿Qué estabas escribiendo?

—Su discurso. Aprendemos de usted, profesora.

—¿Cómo estás? —preguntó altiva.

—Bien —contestó volviéndole la cara—. Especialmente ahora con la llegada del Nuevo Orden Internacional.

—¿Te estás riendo de mí?

—¿Podría cometer tal osadía?

—Ni te atrevas. Especialmente ahora. ¿Sabes por qué?

—Porque ahora es usted la directora de mi tesis —le susurró—. Y si se enfada conmigo, se me cerrarán los siete cielos y me veré como mi tía, la que estaba poseída por los *yinns*: un fugitivo sin hogar y sin metas.

—¡Te estás riendo de mí! —dijo irritada.

—Simplemente no la entiendo. ¿Qué quiere de mí, profesora? ¿Cómo me *quiere*? Ella se quedó boquiabierta.

—Sé lo que quiere —continuó con calma—. Que le asegure mi lealtad. Qué gran dirigente es usted, profesora. Por eso intentaba aprender de usted. Así quizá un día no muy lejano me llegue a mí el turno.

—Te fijas solo en mi cargo. Es lo que me temía, Jáled. Eres ambicioso e inteligente, pero tienes que estar a mi lado, ayudarme a fundar un nuevo orden presidido por la conciencia del deber y la justicia.

Jáled la miraba. Se quedó en silencio un instante y finalmente dijo:

—¿Me va a permitir que hable o me va a cortar la cabeza?

—Habla.

—Antes de fundar un nuevo orden, primero tiene que comprender el antiguo. Ningún dirigente egipcio puede restar importancia al viejo orden.

—¿Y cuál es el viejo orden?

—Exacto.

—¿Perdón?

—Ésa es la pregunta que resume el viejo orden. Nadie lo sabe; no existe orden alguno.

—No te entiendo.

—Sí. Exacto. Todos estamos acostumbrados a no entender nada. Si entendiéramos, sería el principio del fin.

—La ignorancia es un fracaso.

—Y una bendición.

—¿Qué quieres decir?

—¿Ha designado a alguien para el puesto de su secretaria personal?

—Lo haré entre hoy y mañana. Tengo tres peticiones, pero ya sé a quién quiero.

—¿Puedo preguntarle sobre dos de ellas?

—¿Conoces la tercera?

—Sí. Es de Hind, nuestra vecina. Una chica excelente y religiosa. Ayuda a salir adelante a su familia y necesita más que nadie ese puesto. Le ruego, profesora, que tenga a bien considerar su petición.

Abrió su expediente. Miró la solicitud de Hind y comentó:

—Su dominio del inglés y de la informática es escaso.

—Aprenderá rápido.

Lo miró con interés y le preguntó:

—¿Qué significa ella para ti?

—La respeto y le tengo aprecio. Además necesita el trabajo.

—Tengo otra solicitud de la hija de un profesor. Quiere este trabajo para llenar el hueco que sus hijos han dejado en su vida al entrar en la escuela. Es un profesor muy conocido del departamento de Filosofía. Si le hago el favor, quizá me venga bien en el futuro.

—Pero usted no le va a dar el puesto.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió.

—Porque usted se debe a la institución. Tengo aquí anotadas sus palabras.

—La tercera que queda no es pobre. Su padre es funcionario y su madre, ingeniera. Domina la lengua inglesa y la informática, además de ser inteligente y dispuesta.

—Pero ella no necesita el trabajo —dijo perplejo—. Hind lo necesita más. Si no encuentra un trabajo, ¿qué va a hacer? No puede desentenderse de alguien que acude a pedirle ayuda.

—Jáled, acabas de decir que me debo a la institución y no a las personas. La universidad es mi dueña, no la gente. La universidad siempre ha sido mi prioridad y designaré al más capacitado, no al más pobre o al más necesitado.

La miró unos segundos. Luego, como si acabara de anunciar una gran traición, dijo lleno de espanto:

—¿Su lealtad es, pues, para con el gobierno?

—Estoy aquí para defender al gobierno.

—Ése es el problema, profesora Haná. En Egipto la lealtad de los individuos no es para el gobierno, sino de los unos para con los otros. Nadie reconoce al gobierno, nadie confía en él. Aquí sobrevivimos, trabajando en circunstancias tan infames, porque somos leales entre nosotros. El gobierno nunca va a sentir gratitud. Usted no va a salvar Egipto porque designe a una persona en concreto, pero Hind se sentirá agradecida.

—En efecto. Ése es el problema de Egipto: la lealtad. En el extranjero se es leal a la institución, no a los individuos. Nada de sentimentalismos ni favoritismos. Así que comenzaré por mí misma.

Enfadado se puso en pie.

—De acuerdo. ¿Quiere algo más de mí?

—Nada de clases particulares —le dijo mientras lo miraba—. Ya lo sabes.

—Por supuesto —contestó de manera automática—. Sus palabras son órdenes. Por cierto, ¿y la democracia? ¿Cuál es su función en esta institución del gobierno?

—En su justa medida es efectiva, pero si los ignorantes se aprovechan de ella, se convierte en un arma de doble filo.

—Tiene razón.

—Podrías casarte con Hind para protegerla —añadió con una sonrisa burlona—. Sería una bendición de esposa: se desvelaría por ti.

—Sí, es posible —respondió sin perder la calma—. Pero me debo a la institución y a mis colegas, no a una pobre chica... Si no es así, puede que nunca consiga mi doctorado.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Habitualmente no pretendo nada. Pero a veces pretendo una, o incluso dos cosas.

—Nunca hablas en serio. No te entiendo.

—Por supuesto. Pero por su condición de directora de mi tesis debería entenderme. En el futuro, quizá. Enhorabuena, profesora.

Cuando Jáled abandonó la sala estaba indignado. Había ignorado su energía durante años pero ahora se concentraba en la furia que le provocaba esa mujer que, en un momento dado, se le había entregado y luego lo había plantado como si no significase nada para ella.

No la amaba ni la deseaba, pero su dignidad estaba profundamente herida. Había esperado que una mujer que había perdido la virginidad le suplicara que se casara con ella; que sintiera vergüenza del acto deshonesto que había cometido y no que lo viviera como si hubiera sacrificado un viejo plato y lo hubiera donado a los pobres.

Tenía que dejar de pensar en ella. Puede que Dios lo hubiera librado de una situación fatal que echaría a perder su futuro. Se casaría con Safá o con cualquier otra, y viviría —él también— como si no hubiera visto el plato viejo y jamás hubiera comido de él.

Que lo ignorara lo había librado de una buena, pues si le hubiera pedido matrimonio, se habría visto forzado a casarse y a divorciarse en el mismo día.

En efecto: ella lo había liberado. Necesitaba ayunar y pedir perdón a Dios; salir de la universidad a toda prisa hacia Bulaq, darse un baño con agua fría y dormir.

Por primera vez en su vida se fijó en lo que lo rodeaba: las luces, los comercios, la gente... Había gente por todos lados. Nada los separaba. Su esencia y su existencia se confundían.

Subió la vieja escalera medio derruida hasta su casa y tocó el timbre. Sabía que su madre le abriría con esa felicidad que irradiaba de sus ojos cuando lo miraba a él o a su hermano. Su hermana no gozaba de la misma consideración, pero ella tampoco realizaba el mismo esfuerzo. Solo estudiaba, pedía cosas y hablaba por teléfono, mientras él y su hermano trabajaban día y noche. Él se encargaba de mantener a la familia desde la muerte de su padre hacía cuatro años; era el sostén de la casa: ayudaba a su hermano con los gastos de la boda, ayudaba a su hermana de sus propios ahorros, pagaba los plazos de su apartamento en la avenida de las Pirámides, y mucho más... Gastaba todo en los demás y poco en sí mismo. De ahí el inmenso reconocimiento del que gozaba. Su sueldo de la universidad no bastaba ni para pagar

la carne de una sola semana. Por eso abandonar las clases particulares le parecía una locura y una ingenuidad y, por ende, la profesora Haná le parecía una loca y una ingenua.

Apenas puso un pie en la casa, su madre abrió el refrigerador, sacó un plato repleto de carne que le había guardado y se dispuso a preparar la comida.

Jáled estaba sentado en silencio, ausente, como venía siendo habitual esos días.

—Parece que Safá quiere volver contigo —dijo su madre preocupada—. Ayer, hijo mío, llamó a Shaimá y estuvo empalagosa conmigo. Antes de volver con ella procura que sepa escucharte y obedecerte.

—Sí, claro —contestó mientras sujetaba la cuchara.

—Quiero decir que no tengas prisa en casarte. Hay mujeres a montones.

Él comía distraído y en silencio.

—Te he preparado *baklawa* de los que te gustan y nadie prepara pasteles como los de tu madre. Esa chica, Safá, no sabe ni cocinar. Y encima es tan morena... ¡Te voy a casar con una de piel blanca y con un generoso pecho con el que amamantar! ¡Ésos son buenos atributos!

Asintió con la cabeza. Luego se levantó.

—¿Qué te pasa, Jáled? Estás enfadado conmigo. Espero que no estés enamorado de ella. Tú eres un hombre y ella una niña.

—Solo estoy un poco cansado, madre —musitó—. Estoy pensando que mañana voy a ayunar.

—¿Por qué?

—Tengo que ayunar mañana y pasado. O un mes o dos. No sé. A partir de ahora, si alguien pregunta por mí, no estoy. ¿Shaimá volvió del colegio? —preguntó de improviso.

—Está en su habitación, estudiando —respondió presta—. No temas. Tus palabras son órdenes. ¿Acaso no eres el hombre de la casa, hijo mío? Desde el día de aquella bronca monumental nunca se retrasa.

Lo miró a la cara y continuó:

—Tú mismo tienes la culpa de tanto cansancio, cielo mío. Especialmente a causa de Muhámmad. Eres más que un hermano para él, Jáled. ¡Que Dios te lo pague con creces, hijo mío!

—No espero ningún premio —dijo de manera automática—. Es mi amigo. Una vez probé a cerrar los ojos durante cinco minutos y quedarme sentado sin hacer nada. Sentí ira, impotencia y miedo. Y él tiene los ojos cerrados de por vida. No, no hago esto buscando una recompensa.

—¿Y tu tiempo?

—No lo pierdo con Muhámmad. Es mi amigo.

Como de costumbre comenzó a rezar por él. Jáled le dedicó una sonrisa forzada y entró en su habitación.

Segundos después su madre le llevó un plato de *baklawa*. A su madre le

encantaban estos pasteles y los devoraba sin medida, igual que sin medida odiaba y sufría.

Sus sentimientos se derramaban como miel caliente sobre unos dulces de *baklawa* dentro de un molde.

Terminó de impartir la lección pensando en la clase particular que comenzaría al cabo de media hora. Tenía que llevar consigo los libros y coger la llave del coche del despacho de los ayudantes. Escuchó una voz detrás de él.

—Profesor Jáled.

Se volvió y vio a una chica menuda y bajita. Ella sonrió.

—Soy Lubna, su alumna de la clase de primero —dijo con recato.

—Hola Lubna —saludó con naturalidad.

Caminaba a toda prisa por el vestíbulo de la universidad como de costumbre mientras ella corría a su lado hablando.

—Quisiera recibir clases particulares de la asignatura de poesía.

Se paró en seco.

—Estás en primero —dijo mirándola.

—¿Conoce a la profesora Haná? —preguntó animada.

—Por supuesto que la conozco. La conozco muy bien.

—Es mi tía —comentó tras dedicarle una tímida sonrisa.

Levantó las cejas en señal de sorpresa. Menos mal que Lubna había advertido ese detalle antes de que le hubiera dado cita para su primera clase particular.

—Lo siento —afirmó muy serio—. No doy clases particulares. Está prohibido, Lubna.

—Se lo ruego, profesor —suplicó.

—Está prohibido —insistió con firmeza.

Luego se quedó en silencio unos segundos y añadió:

—Pero la profesora Haná nos abrumba a todos con sus favores. Si necesitas ayuda, estoy dispuesto a ayudarte.

Sonrió contenta y avergonzada a la vez y dijo en voz baja:

—Pero...

—Sin pagar un céntimo —la interrumpió—. Dame tu dirección e intentaré darte una clase a la semana si estás dispuesta.

—Que Dios se lo pague, profesor.

De pronto exclamó sorprendido:

—¿Y cómo es que yo no sabía que eras su sobrina? ¡Qué raro!

—Porque tía Haná me dijo que no se lo dijera a nadie. Es muy estricta.

—Entiendo. Adiós, Lubna. Nos vemos pronto.

No era la primera vez que impartía clases gratis. Lo había hecho en cantidad de ocasiones desde que se licenció cuatro años antes, en particular con los hijos de los profesores, los militares y los altos cargos.

Aunque Haná no quería favores, sin duda los merecía. Pero de pronto empezó a preocuparse por su propia reacción. Por qué hacía cosas tan extrañas. En los últimos días no conseguía pensar en lo que hacía.

Layla, la hermana de Haná, era su polo opuesto. Su mirada era insegura y confusa. Era corpulenta y llevaba vestidos de colores muy ceñidos. El oro brillaba en sus brazos, su cuello y sus dedos, y era dueña de una potentísima voz.

Le dio la bienvenida como si se tratara de un hijo que hubiese vuelto a casa después de muchos años. Como un león enjaulado comenzó a dar vueltas buscando a la criada, al portero, las tazas, el café...

Lo invitó a sentarse mientras llamaba a voz en grito al portero por la ventana:

—¡Abdu! Contesta, so burro.

Abdu odiaba a Layla pero la temía más que al general que vivía en la séptima planta.

—Muy bien, hijo de perra —lo increpó apenas lo tuvo delante—. Prepárate para la paliza que te voy a dar. Voy a dejar que mi marido te cuelgue por las pelotas. Cuando te llame tienes que venir enseguida.

Jáled se sintió a disgusto. Que humillaran a alguien así lo ponía furioso. Se dio cuenta de hasta qué punto había perdido el hombre su humanidad para vivir en las madrigueras de los pobres y cómo los ricos de Egipto se habían convertido en unos tiranos. Controlaban las provisiones básicas de cada día, la horca y el látigo.

Cerró los ojos unos instantes hasta que oyó la voz dulce y tímida de Lubna.

—¿Qué toma, profesor?

—Tiene que comer con nosotros —terció Layla antes de que articulara palabra.

—No puedo —declinó.

—No le queda otra —insistió Layla.

—Lo siento. Tengo trabajo —se disculpó esta vez.

—Haná viene a comer hoy con nosotros. Tiene que esperarla —continuó como si no lo hubiera oído.

Se calló unos segundos. Se encontraba por completo rodeado por aquella extraña familia. Finalmente concluyó decidido:

—No puedo. Comencemos ahora la clase. Luego me tengo que marchar.

Abrió el libro. Lubna se sentó a su lado guardando las distancias y comenzó la clase. Hubiera querido incluir a Lubna en uno de sus grupos, pero naturalmente no podía ser porque la profesora Haná se enteraría de que estaba dando clases particulares. La otra solución era pedir disculpas a Lubna y cancelar las clases. Dado que no ganaba dinero alguno con ella y que su madre era un auténtico incordio, lo mejor era quitársela de encima.

Pero por alguna extraña razón no quería librarse de ella.

Sentía los ojos de la madre de Lubna sobre la nuca. Conocía las miradas de esas madres sedientas en busca de un marido para su hija. Las había sufrido muchas veces

durantes sus clases.

No veía a Lubna como a una mujer, sino como la sobrina de una mujer a la que conocía de cerca. O no.

Sonó el timbre. Oyó la voz calmada de Haná. Imaginaba su mirada firme y confiada. Traía en la mano un plato tapado con papel de aluminio.

—Es medio melón que compré ayer pero que no pude acabármelo. Estaba buenísimo. Puede que les guste a los niños.

Layla se quedó pasmada. La tacañería de Haná y sus palabras siempre la sorprendían. Todas las noches le comentaba a su esposo: «Yo sé por qué Haná no se ha casado. Porque no hay quien la aguante. Es complicada, cicatera y presuntuosa».

Su esposo asentía. Odiaba a Haná tanto como la pobreza. Temía coincidir con ella en el mismo lugar.

—¿Cómo estás, Haná? —la saludó Layla—. ¿Conoces a Jáled, el profesor ayudante? Está dentro, en el salón. Qué encanto de chico.

Haná la miró con detenimiento.

—¿Dando clases a Lubna?

—Y totalmente gratis. ¿Te das cuenta? Todavía queda gente así en los tiempos que corren.

—No, no existe gente así. Es muy generoso y entregado —ironizó.

—No sabes cuánto.

—Amén de servicial.

—No quiere quedarse a comer con nosotros.

—¿Viene Ádel a comer?

—No. Está muy ocupado.

—¿Se porta bien contigo? —preguntó con una sonrisa.

—Muy bien —vaciló—. Es el mejor hombre del mundo.

Haná no sabía cómo trataba Ádel a su esposa. Presentía que la humillaba. Más bien tenía la certeza.

—¿Tienes doscientas libras? —dijo Layla en voz muy baja—. No es para comprarme una joya. Es que ya me he gastado la asignación mensual y...

—Cuenta con ellas.

—Te las devolveré a principios de mes.

—Si tu hermano no se hubiera quedado con nuestra herencia, no necesitarías pedir prestado.

Layla asintió avergonzada con la cabeza. Esperaba los reproches de su hermana pequeña, sus consejos y directrices sobre el ahorro y la buena administración, contra el despilfarro, sobre el futuro, sobre su codicioso hermano...

—Lubna está contigo en el departamento —dijo Layla pasados unos instantes—. Queremos que se quede como ayudante. Nos haría muy felices. Cuida de ella. Te quiere muchísimo. La familia es lo primero. Y ella para ti es como una hija.

Haná se quedó sorprendida. Parecía que Layla le había pedido que sacrificara su

honor y que se vendiera. «La familia es lo primero».

—¿Es o no es así, hermana? Ádel dice que no eres servicial pero yo le he dicho que sí que lo eres, además de generosa y buena.

Haná no respondió. Contemplaba a su hermana con una mezcla de desprecio y enfado.

Layla cogió una onza de chocolate que guardaba para momentos como aquél y comenzó a mordisquearla desconcertada. Tragándose el último trocito dijo:

—¿Te has enfadado conmigo?

—Actuar contra mi conciencia sería como cometer un crimen. Y deja ya el chocolate. No te viene nada bien.

Layla se sonrojó. Mientras buscaba nerviosa otro trozo de chocolate replicó:

—¿Qué clase de mujer eres? ¿Es que puede haber una mujer a la que no le guste el chocolate? Hermanita, los dulces son los que me dan la vida. La mujer que no come dulces permanece en un vacío emocional, y tú bastante tienes con el vacío en el que vives. Un poco de chocolate nos ayuda en los días amargos. Cuando llegues a mi edad lo comprenderás. Hay momentos en la vida de una mujer en los que solo el azúcar y los dulces la reconfortan.

—No discutiré contigo. ¿Para qué? No me vas a entender.

Jáled cerró el libro.

—Nos vemos el sábado, Lubna —dijo sonriendo—. ¿Tienes alguna pregunta?

—Sí. ¿Puede quedarse a comer hoy con nosotros? —preguntó con entusiasmo.

La miró sorprendido.

—¿En qué trabaja tu padre, Lubna?

—Es empresario. Tiene una fábrica de clavos.

—¿Viene a comer?

—No sé.

—Si no viene a comer, no estaría bien que me quedara —argumentó muy serio.

—Entonces vendrá. ¿Sabe? Mi padre sufrió un horrible accidente hace un mes.

—¿Un accidente? ¿Con el coche?

—No. Verá. Mi padre es un hombre de éxito y tiene muchos enemigos. Un día estaba en el barrio de al-Muhandisin visitando a un amigo en su apartamento cuando entró un ladrón o uno de sus enemigos, no sé. Le disparó, le robó toda la ropa y lo dejó allí tirado, desnudo y desangrándose.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Luego continuó:

—Habría muerto si los vecinos no hubieran oído el disparo. El agresor salió huyendo.

Entre lágrimas suspiró:

—Tengo mucho miedo por él, profesor.

Jáled casi se parte de la risa. Vaya una historia rara. No entendía nada. ¿Por qué se la había contado? ¿Tanto la había afectado? ¿O intentaba entablar una conversación con él?

Pero el padre de Lubna era un hombre. ¿Por qué les contó esos detalles? Ahora caía. ¡Si Layla fuese su esposa, él habría hecho lo mismo! Lo encontraron desnudo y con un disparo de un desconocido en un apartamento... Nadie dijo nada sobre una mujer ni sobre el hombre que disparó muy probablemente a su esposa y a su amante.

—Tu padre debe ser un hombre muy valiente —sonrió cínico.

—Mucho —afirmó con la cabeza—. ¿Comerá con nosotros?

—No —dijo poniéndose en pie—. Pero quisiera saludar a la profesora antes de marcharme.

Jáled abrió la puerta. Sus miradas se cruzaron. Sonrió con frialdad y ella le devolvió la sonrisa.

—Encantado de verla, profesora. Adiós —dijo dirigiéndose hacia la puerta.

Como ahora la profesora Haná manejaba las riendas, estaba sujeta a los ancestrales protocolos egipcios que reconocen el poder y la autoridad. Sencillos gestos simbólicos que se tienen con las personas que detentan el poder en la sociedad. No había pasado ni un mes y el despacho de la profesora Haná estaba lleno de calendarios, agendas, plumas y abrecartas. Cada vez que entraba en su despacho sabía que habría un nuevo calendario con imágenes de los faraones, paisajes naturales o vestigios arqueológicos. Cada mes en cada calendario tenía un tema distinto. Cuando los contó resultaron alrededor de quinientos. Venían de profesores, ayudantes, alumnos, representantes de alumnos, personal de administración, etcétera. Hasta el que hacía los recados le había regalado un calendario pequeño.

Todos comenzaron a visitarla y, con las visitas, llegaron las loas personales dedicadas a sus logros, a su política, a su conciencia siempre alerta, a su arrolladora personalidad. Y cuando les recordaba que solo hacía un mes que había tomado el mando le decían entusiasmados: «Pero con usted todo ha cambiado. Usted es diferente. Demuestra tener conciencia y su corazón está entregado a la universidad. Que Dios la recompense por sus buenas intenciones».

Cuando ella les estrechaba las manos empezaban a temblar, las lenguas a tartamudear, los ojos a sentir vergüenza. Hombres y mujeres la respetaban y la alababan por igual y todos apoyaban sus ideas de reforma de la institución y de sus dirigentes.

Sentirse importante era embriagador. Tan dulce como un vaso de agua helada en un día de calor intenso. Pero Haná no era estúpida. No se dejaba impresionar por las muestras de obediencia ni por las alabanzas. Pero se sentía igual de orgullosa que una persona que acaba de asumir el gobierno de un país y de su hacienda, y a la que sigue un pueblo necesitado de guía, orientación y sabiduría.

La designación de su secretaria fue sencilla y rápida. Ella misma supervisó todos los pasos. Rasha sabía lo que quería antes de que ella abriera la boca y aprendía a toda mecha.

Cuando la profesora Maysa entró para felicitarla ya había transcurrido mes y

medio. Maysa, como de costumbre, llevaba en la mano un pañuelo para secarse el sudor que no se despegaba de sus dedos. Vestía una *abaya* azul y un *hiyab* bordado, además de decenas de anillos, cadenas y brazaletes. Al tiempo que se sentaba frente a Haná dijo con voz artificial y esbozando una sonrisa forzada:

—¡Enhorabuena, Haná! Te mereces todo lo mejor.

—Tú también, Maysa —le contestó segura de sí con una sonrisa.

Maysa empezó un largo monólogo como si hablando sin parar pudiera ocultar la repugnancia que sentía hacia Haná y su modo de proceder distante y presuntuoso. Hablaba jactándose de los logros de su esposo y de sus hijos. Parecía que quería hacer llegar con extremada crueldad un mensaje de odio al enemigo.

Haná sabía que su objetivo era echar sal en las heridas, sin atreverse a atacarla directamente. «Sí, Haná; puede que seas la directora del departamento pero no dejas de ser una solterona, sin hijos ni esposo».

Cuando Maysa acabó de descargar la artillería pesada y su arsenal químico y nuclear ilegal, Haná se puso a buscar algo en los cajones de su escritorio. Maysa pensó que quizá buscaba un revólver para pegarle un par de tiros. Haná sacó algo y sonriendo le dijo:

—Por favor, Maysa, acéptame este humilde regalo: un reloj. Espero que este año lo mires antes de dar por terminadas las clases. Es evidente que no tienes reloj. Las clases son de dos horas, no de cuarenta y cinco minutos.

Los ojos como platos de Maysa echaban chispas. Parecía un dragón arrojando fuego por la boca. No cogió el reloj. Sonrió para apaciguarse y pidió permiso para salir.

Haná se rio a mandíbula batiente. Llamó a su secretaria y le preguntó mostrando cierta repulsa:

—¿Qué opinas de Maysa, Rasha? ¿No te parece que está muy gorda? Con franqueza, las mujeres deberían cuidar un poquito su aspecto y su peso. Maysa cuida muy poco de sí misma y lo mismo pasa con sus trabajos de investigación.

—Ella no es como usted, profesora —contestó Rasha con entusiasmo.

Haná la miró con acritud.

—¡Ay, Rasha! Aún no me entiendes. No me gusta que me halaguen. Ni mi secretaria ni nadie, especialmente tú. ¡Tienes que ser mis ojos, no mis lentes de colores!

Jáled Abderrahmán. Estos días pensaba mucho en él y lo veía con frecuencia. ¿No era eso lo que quería? Jáled era un joven inteligente y ambicioso que trabajaba con una seriedad inusual. Fue de los primeros en el instituto y aprendió de memoria el Alcorán. Era el orgullo de su familia y de todo Bulaq, el vivo ejemplo de un egipcio modélico.

Se sonreía mientras se reclinaba en el fastuoso sillón de piel de su despacho. Jáled Abderrahmán. Ahora lo tenía entre sus dedos para moldearlo como arcilla. Pero ¿qué

quería exactamente de él?

En este instante, en la cumbre de la felicidad y del éxito, necesitaba su ayuda de vez en cuando, nada más. ¿Su ayuda para qué? Para cuestiones técnicas como el ordenador.

Llamó a su nueva secretaria y le pidió que citara a Jáled. Volvió a retrepase en su asiento.

El mundo estaba ahora en sus manos. Recuperaría el tiempo perdido. Ahora puede que... No, no pensaría en eso. Viviría el día a día. El destino de Jáled aún no estaba decidido. Bien lo arrastraría hasta la guillotina, bien a su regazo. ¡O a ambos a la vez!

Entró dubitativo. Unas veces parecía tímido e inseguro, otras osado y violento. Pero en esta ocasión parecía inseguro.

—Quiero tu ayuda —dijo prudente.

No la miró. De pie junto a la puerta contestó de forma automática:

—A sus órdenes, profesora.

—Tengo un problema con el ordenador —continuó en tono grave—. Guardé en él mi última conferencia y ahora soy incapaz de encontrarla.

Estaba sentada en su sillón segura de sí misma. Él pareció dudar de nuevo.

—¿Puedo cerrar la puerta?

—Por supuesto —respondió ella mientras se levantaba y encendía el ordenador.

Él cerró la puerta y se acercó al ordenador. Ella volvió a sentarse en su sillón y giró hacia él la pantalla. Unos escasos centímetros los separaban. Lo deseaba como nunca había deseado a un hombre. Parecía concentrado en buscar el archivo perdido. Era un experto en ordenadores y era joven. Se acercó a la pantalla y, apoyando los brazos en la mesa, se puso a trabajar en silencio.

El corazón de Haná comenzó a palpitar. No podía dominarlo. Lo deseaba como una adolescente, pero tenía cuarenta años. Era como si su cuerpo resucitara después de una muerte acaecida años atrás. Ojalá no lo hiciera.

¿Por qué ahora? ¿Por qué permitía que le sucedieran estas tonterías? Tenía miedo. Deseaba cortar de raíz con su condición de mujer pero no sabía cómo.

La confundían sus emociones contradictorias. Culpa, pasión y vergüenza por ser mujer y a la vez seguridad, fortaleza y la sensación de que podía obtener todo lo que quisiera.

Se veía también como un vampiro que chupaba la sangre de aquel joven.

Un volcán oculto había entrado en erupción y había dado un vuelco completo a su vida. Ojalá no hubiera perdido la virginidad. Tenía que haber dejado el celofán a la caja mágica que ahora deseaba abrir.

Pero tenía el poder de conseguir cualquier cosa y todo lo que quisiera.

Comenzó a tamborilear con los dedos en la mesa. Lo miró de nuevo: estaba inclinado sobre la pantalla. Lentamente movió sus dedos y los deslizó por la columna vertebral de Jáled.

—¿Has podido encontrar el archivo? —susurró.

Él tragó saliva. Su mano tembló unos instantes. Luego se quedó petrificado. Era como si lo hubiera hechizado. Ni se movía ni pronunciaba palabra. Permaneció en silencio. El deseo de poseerla lo desgarraba. La pasión que sentía por ella estaba a punto de aflorar. Sus dedos seguían sobre su espalda: aún los notaba.

Ella se levantó y exclamó angustiada:

—¡Tenemos que casarnos!

Él tragó saliva de nuevo. Con voz ronca musitó:

—¿Perdón?

—Tenemos que casarnos —repitió muy seria.

Se apartó del ordenador y la miró sin decir nada.

—¿Por qué me miras así?

—Estoy, otra vez, intentando comprenderla.

—No hay nada que comprender. Lo he pensado y he decidido casarme contigo.

La borrachera de poder le había hecho perder la razón. Y por qué no. Tenía todo lo que quisiera al alcance de su mano.

Por un instante reinó el silencio. Parecía que él intentaba controlarse y volver a concentrarse. Luego añadió con el sarcasmo al que Haná estaba acostumbrada:

—¿Puedo preguntarle por la razón de este repentino cambio de opinión, profesora? ¿Por qué confía en mí? ¿Qué pasaría si difundiera la noticia? He de suponer que querrá que nos casemos en secreto... ¿O acaso la simple idea la ha incomodado?

—Quiero un matrimonio legal ante notario —replicó.

—¿Y quiere que se entere la universidad al completo, su familia y todo el mundo?

—No —dijo con voz potente.

—¿Y por qué voy a estar de acuerdo? ¿Bajo qué amenaza? Ni siquiera la tesis doctoral merece que me venda de esa manera. ¿Por qué voy a casarme de ese modo?

—No hay duda: has perdido la cabeza —dijo alarmada—. No olvides nunca las fronteras que nos separan. Únicamente quiero casarme contigo por la mera posibilidad de que esté embarazada. Quién sabe.

Él estuvo a punto de estallar de la risa.

—Dentro de tres meses creo que sabrá si está embarazada —comentó con calma—. ¿Está embarazada, profesora?

—Soy yo quien hace las preguntas —gritó mientras se sentaba—. Yo y no tú. Tú no me haces preguntas a mí. Pensé que sería una oferta tentadora pero...

—¿Tentadora? ¿Por qué? —preguntó sorprendido.

No respondió.

Jáled sonrió y dijo de manera automática:

—Tiene razón. Lo siento. Puede que esté embarazada. Acepto, profesora.

—Tengo algunas condiciones —sonrió triunfante.

—Las acepto todas.

—Nadie lo sabrá.

—De acuerdo.

—Nada de confianzas entre nosotros.

La miró a la cara y sonrió.

—Jamás. Nada de confianzas.

—Nuestra relación seguirá tal cual, profesora y estudiante.

—¿Cómo?

—Vendrás a mi casa para supervisar tu tesis de vez en cuando, pero nunca pasarás la noche conmigo bajo el mismo techo una vez transcurrida la primera semana de nuestro matrimonio.

Jáled abrió la puerta antes de pensar en su propuesta y preguntó:

—¿Cuándo redactamos el contrato? ¿Hoy mismo?

—Quizá —le sonrió ella con algo de dulzura.

Había perdido la cabeza. No quería casarse con ella. La quería a ella. Quería satisfacer el deseo que lo devoraba. ¡Así que una relación por un período limitado! Al menos no sería pecado ni estaría haciendo algo abominable. Si se convertía en su mujer, no se sentiría culpable ni sentiría vergüenza. Se echó a reír mientras caminaba junto a Muhámmad.

—¿Qué te pasa? —preguntó Muhámmad sorprendido.

—Me han sucedido cosas extrañas estos días. Algo que quería y que voy a conseguir.

—Tiene las manos suaves y delicadas. ¿Es guapa... la profesora Haná? —preguntó Muhámmad sonriendo.

—Quizá.

—¿Qué quieres decir con quizá? —gritó Muhámmad—. Antes solías describirmelo todo al detalle. Venga, dime cómo es, Jáled. Descríbemela y luego cuéntame tu historia con ella.

—No hay nada que contar —dijo desconcertado—. Está loca, ya lo sabes. Su fin está próximo. Según creo está habituada a estar sola.

—Siempre de mal humor y violenta con los hombres, ¿quién la va a aguantar?

—No sé. Un loco. O alguien en su sano juicio pero que quizá quiera perderlo una vez.

—Ni que te estuvieras describiendo a ti mismo... Pero tú quieres a alguien que te obedezca, ¿no es así? Y ella también: se parece a la sultana Shayaradur. Tengo miedo, amigo mío, de que te mate en el baño. Está obsesionada con entrar en la historia, con mandar. Vendería a su madre para conseguir el poder.

—No soy su madre, gracias a Dios. Y tranquilízate: no voy a usar nunca su baño. Extremaré las precauciones. Ya hemos llegado. Adiós, Muhámmad.

—Se te nota feliz. Parece que estuvieras esperando algo. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Me voy a Alejandría. Si mi madre te pregunta por mí, dile eso. Me voy a

quedar allí una semana al menos. Eso mismo le he dicho a ella.

—¿Y es verdad?

—Por supuesto que no.

—¿Adónde vas entonces?

—No contestaré ni una pregunta más.

Capítulo 4

Estaba tumbado en la cama, relajado, respirando con calma. Dobló los brazos detrás de la cabeza. No quería hablar. La sentía a su lado, frágil, asustada. Como una paloma que se adentra por error en una casa y revolotea por todas partes dándose golpes contra las paredes. Se sentía muy orgulloso de haber enseñado a la profesora lo que había aprendido de los libros, de su imaginación y de su escasa experiencia. La quería. Quería tenerla temblando entre sus brazos, contemplar su cuerpo desnudo frente a él, ver su estremecimiento, su inseguridad y su miedo. Todo lo que la hacía frágil. Porque era débil, pero ella no se daba cuenta de su fragilidad. Quería mostrarse firme, pero esta vez él estaba al mando.

Le susurraba mientras le besaba el pelo. Tímida, volvió la cara.

—Profesora, he estado estudiando estos meses para no decepcionarla pero creo que necesito que me explique las cosas con más pormenores.

Lo miró con deseo y vergüenza. Él acercó su rostro al de ella.

—No puede privar de conocimiento a un alumno, especialmente si es su alumno.

—En esta asignatura creo que el alumno aventaja al profesor —ironizó ella.

Jáled rodeó con sus manos el rostro de Haná y musitó:

—Quiero darle un beso prolongado.

—De acuerdo, pero luego te marchas. Se ha hecho tarde —dijo apurada tragando saliva.

—¿Y si me quedo? ¿Qué pasaría si durmiera entre mis brazos?

—El portero, la gente... —repuso en tono serio.

—Solo por hoy.

—Por hoy puede ser. Pero el portero...

—Ya me las apañaré con él.

Al despertarse la contempló. Abrazada a sus rodillas parecía un niño pequeño hecho un ovillo, completamente indefenso. Empezó a no sentirse cómodo; enseguida comenzaría a darle órdenes, a prohibir, a imponer condiciones, a reclamarle obediencia. La barrera que había entre ambos, las circunstancias, la posición social seguirían ahí.

Pero era su esposa.

¿Y qué significaba eso? ¿Por qué se había casado con él?

¿A qué tantas preguntas? Era feliz. Y esa felicidad que sentía, esa libertad, esa euforia... Vivía en un puro éxtasis.

Haná abrió los ojos, se los frotó con las manos y le dijo mientras lo miraba:

—Buenos días, Jáled.

—Buenos días, profesora. ¿Quiere comer algo?

—Normalmente no desayuno, pero hoy lo haré —suspiró.

Por un instante se hizo el silencio. Parecía que ambos estaban esperando algo.

—Bueno —dijo Jáled finalmente—. ¿Me va a preparar el desayuno? Yo tampoco suelo tomar nada pero hoy haré una excepción. ¿Qué vamos a desayunar?

—¿Quieres que te prepare el desayuno? —se sorprendió—. ¿Bromeas?

Jáled estuvo a punto de echarle una buena reprimenda pero se controló y acabó contestando:

—La cuestión es que yo no suelo prepararme el desayuno.

—¡Ni yo le hago el desayuno a nadie, y menos a un alumno mío!

Se levantó de la cama. Esforzándose por mantener la calma dijo:

—Entonces ¿no desayunamos?

—¿Prefieres no desayunar a preparar el desayuno? ¿Qué vamos a hacer a la hora del almuerzo o de la cena?

—No sé. Nunca me había casado con mi profesora. Tendremos que esperar a que llegue la hora del almuerzo o comer fuera.

—O no comer juntos.

—También podría ser —dijo vistiéndose—. Volveré después del almuerzo.

—Espera, Jáled. Se me ocurre una idea —dijo de repente—. Yo prepararé el almuerzo y tú lavarás los platos. ¿Qué te parece?

—¿Por qué no se comporta como una mujer? —preguntó irritado—. ¿Qué pasa? ¿Va a perder su fuerza porque un solo día se comporte como una mujer?

—¿Y tú? ¿Vas a perder tu hombría por lavar los platos? —gritó mientras se levantaba de la cama.

Se fijó en ella. Se estaba retirando el pelo de la cara. Finalmente Jáled dijo con ternura:

—Está bien. Probemos.

No estaba acostumbrada a preparar comida para más de una persona. Tampoco a cocinar. Ni siquiera a ver a más de una persona.

Colocó dos platos en la mesa. Luego sacó del refrigerador la ensalada que había preparado hacía una hora y la llevó también a la mesa. Sin prisas sacó las lonchas de queso *cheddar* y las aceitunas.

Miró el reloj. Había dicho que no se retrasaría; a las tres estaría aquí.

Este hombre la había sumido en el desconcierto. Pero no importaba. Estaba un poquito feliz... A ratos incluso experimentaba una euforia desenfrenada.

Sonó el timbre de la puerta y esperó unos segundos antes de abrir; así no pensaría que llevaba todo el día esperándolo. Luego se dirigió con lentitud hasta la puerta. Él le sonrió sin saber si tenía que estrecharla entre sus brazos o darle un beso. La relación entre ambos se había vuelto medio formal, casi embarazosa. Una extraña tensión que nunca había sentido le recorrió todo el cuerpo.

—¿Qué tal, Jáled? —preguntó con seguridad.

Apenas él avanzó un paso le advirtió:

—Te ruego que te quites los zapatos. La criada solo viene los viernes y no deo que nadie entre con zapatos. Aunque no quisiera obligarte, ahora nuestra relación ya no es formal.

—Por supuesto. Sin problema —dijo con una calma intencionada—. Es habitual pedir eso a la gente. Supongo que la mayoría de las veces reza en el suelo y quiere que esté limpio.

—No es por eso. Yo rezo en mi habitación sobre la alfombra de oración. Simplemente me gusta la limpieza y el orden.

Se agachó para quitarse los zapatos y con ellos en la mano preguntó:

—¿Dónde los deo?

—En el zapatero que hay a la izquierda, en el segundo estante.

Entró sorprendido e incómodo. Dejó los zapatos y se quedó junto al zapatero sin moverse. Traía una bandeja de pastelillos.

—Pasa —lo invitó a sentarse—. ¿Qué traes?

Contestó seguro de la respuesta que le iba a dar:

—Pastelillos árabes... No los come, ¿verdad?

—Los odio. Sobre todo por la miel que se te pega a los dedos durante horas.

—¿Solo por eso? Puedo dárselos en la boca. Así no tendrá que chuparse los dedos.

—¡No te olvides de nuestro pacto! —replicó alarmada—. Nada de confianzas entre nosotros.

—Perdón. Lo siento —sonrió—. Creía que era mi obligación darle de comer, besarla, abrazarla, amarla con pasión...

—No vuelvas a hablarme así —lo interrumpió con una mezcla de vergüenza y de ansiedad.

Él se puso de pie y dijo:

—Me he quitado los zapatos y los he colocado en el armario. ¿Podemos comer ya?

Ella lo invitó a sentarse a la mesa. A él le extrañó esa comida: lonchas de queso y una ensalada de pasta con atún bien pringado en aceite. Pero sonrió y comenzó a comer en silencio.

—No suelo cocinar. Cuando vives sola ni lo necesitas, ni tienes ganas de cocinar. En especial esas pesadas comidas egipcias. Odio la mantequilla y los dulces, toda esa grasa y esa abundancia. Los egipcios somos exagerados con todo: nuestra belleza, nuestros sentimientos, nuestros derechos, comida, sexo. Como si eso fuese suficiente para poner fin a todos nuestros problemas.

Asombrado por su largo sermón apostilló:

—Ahora que es nuestra líder todos nuestros problemas se solucionarán: los egipcios comenzarán a comer atún y dejarán el sexo.

Ella lo observó detenidamente.

—No estás comiendo. ¿Es que no te gusta? —dijo.

—No estoy acostumbrado pero está bueno. Su hermana es completamente diferente a usted, profesora.

—Sí —resumió como si temiera hablar de cualquier tema personal—. ¿Qué te parece su hija?

—Es muy buena chica.

—Yo la quiero mucho. Pero odio a su padre —comentó animada.

—¿Por qué? —preguntó curioso.

—No estás comiendo...

—¿Por qué rehúye hablar conmigo?

—Porque no me fío de ti.

—¿Y qué tiene que ver la confianza con hablar? Además me tiene bien amarrado. No podré escapar.

—No me fío de nadie.

Se puso de pie algo nerviosa y comenzó a recoger los platos.

—No te gusta mi comida, ¿verdad? Quieres herirme dejando de comer...

—No discutamos de nuevo, profesora —la interrumpió con tono serio—. No vamos a estar peleándonos todo el tiempo. ¿Quiere que lave los platos?

Asintió con la cabeza. Se sentía un poco culpable. No lo estaba tratando bien. Si seguía así, acabaría marchándose y se quedaría de nuevo sola.

Sonrió con dulzura cuando lo vio coger el lavavajillas sin saber qué hacer con él. Agarró el estropajo y echó un poco de producto. Más bien, demasiado.

—Ten cuidado —advirtió enfadada—. Has vaciado la mitad de la botella. Y es de importación. Cuesta diez libras.

—Se las pagaré —dijo enfadado mientras soltaba el estropajo—. Esta comida no ha resultado como esperaba, ni como esperaba usted. Acabemos con este teatro. ¿Qué le parece?

—¿Qué quieres decir?

Salió de la cocina y se dirigió en silencio al zapatero para recoger sus zapatos.

—¡Jáled, no te atrevas a marcharte sin mi consentimiento! —avisó tensa.

La miró desafiante:

—¿Por qué? Aún no ha llegado el día en el que me vea obligado a aceptar las órdenes de una mujer. De ninguna mujer.

Se quedó boquiabierta.

—¿Qué has dicho? ¿Una mujer? ¿Me ves como a una simple mujer?

—Sí.

—Soy una profesora universitaria, no una mujer. Me ves como a una simple mujer. ¿Es lo que esperas de mí, es decir, que sea y me comporte como una mujer? Te voy a demostrar entonces la fuerza de esta mujer.

—Siempre está amenazándome —repuso indignado—. Siempre. Como si ésa fuera la única forma de tratarme. ¿Por qué? ¿Por qué siempre se siente tan insegura conmigo?

—Por esas ideas tuyas.

—Y ahora ¿qué quiere? —preguntó perplejo.

Reflexionó un instante y contestó:

—Probemos esos pastelillos. Dijiste que se pueden comer sin pringarse los dedos de miel.

La miró. Fue como si le hubiera dado una bofetada. Sufría un desequilibrio que nunca había visto en mujer alguna. Sabía que las mujeres por su naturaleza solían ser víctimas de alguna inestabilidad, pero no esperaba tanta locura.

Ella hizo acopio de toda su valentía y lo tomó de la mano murmurando:

—Jáled...

Él no sabía qué decir ni qué hacer.

Fue una semana difícil y a la vez maravillosa. Ella parecía una gacela salvaje que no se acostumbraba a estar con seres humanos. Era la primera vez que dormía entre los brazos de un hombre y la primera vez que dejaba sin apagar la luz del cuarto de baño. Se enfadaba por ello y esperaba angustiada la factura de la electricidad. Había muchas cosas que la ponían de los nervios: que Jáled se tendiera en la cama vestido, que dejara la luz de la cocina encendida, que tirara los restos de la comida a la basura, que comprara dulces, que trajese frituras baratas de la calle, que...

Desde la muerte de su madre hacía diez años nadie la había controlado. Ahora había algunas cosas de su presencia que la angustiaban. En parte era porque por las noches le gustaba sentarse tranquila a escuchar música clásica antes de irse a la cama. Era una apasionada de la tranquilidad y el orden. Odiaba el despilfarro y las extravagancias. A Jáled en cambio le encantaba gastar. Era joven y estaba dispuesto a escuchar cualquier tipo de música. A Haná le gustaba que él no permitiera que ella gastara nada para la casa. Él compraba todo.

A veces se mostraba encantada con su generosidad y con su hombría. Otras, odiaba su carácter oriental y que llegara tarde. Era generoso y manejaba mucho dinero. Pero ¿de dónde lo sacaba? ¿De su sueldo en la universidad? Parecía que ganaba mucho más que ella.

Lo observaba mientras veía un partido de fútbol en la televisión totalmente entusiasmado. Parecía un niño, un niño pequeño. Cuando su equipo iba ganando, gritaba feliz como un crío que acabara de aprender a montar en bicicleta.

Lo contemplaba como si fuera una criatura de otro planeta. Hombre. No sabía nada de los hombres. Joven. No conocía a los jóvenes. Y de Bulaq. Tampoco conocía Bulaq. Esta semana había aprendido mucho. ¿Qué iba a hacer? Definitivamente había perdido la cabeza.

—Entonces, mañana te marcharás —dijo sentándose tranquilamente a su lado—. La semana ha pasado volando.

Él le dedicó una sonrisa picaruela y sentenció:

—No voy a decir que ha sido la mejor semana de mi vida pero al menos sí la

más... emocionante.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —contestó mientras apoyaba la cabeza en el respaldo del sofá.

—¿De dónde sacas todo ese dinero? —preguntó con su potente voz de mandatario—. Habrás dejado las clases particulares, ¿verdad?

La miró enfadado.

—Por favor, profesora. No puede aprovecharse de todo lo que ha sabido de mí por haber estado entre mis brazos en esta casa para luego usarlo en mi contra en el trabajo. Ése no es su estilo.

Ella tragó saliva. No sabía qué iba a pasar a partir de mañana. ¿La dejaría para siempre? ¿Vendría de vez en cuando? En efecto. Pronto la dejaría. Seguro que pensaba que era una egoísta y un fastidio, y que por eso no se había casado, porque solo pensaba en sí misma.

Y quién sabe. Lo mismo estaba en lo cierto.

Puso sus dedos sobre la mano de Jáled. Él seguía con los ojos clavados en la televisión. Pasó sus dedos por su brazo. Luego le cogió la mano y la llevó hasta su boca susurrando:

—¿Mañana me dejarás para siempre?

La miró. Casi se le cortó la respiración. En realidad se quedó por unos instantes sin respiración cuando ella le besó la mano con delicadeza, sumisa, dulce, suplicando.

—No me dejes, Jáled. Aún no. Quizá en el futuro —musitó dejando quieta la mano sobre su boca.

Luego apretó su mano y recostó la cabeza sobre su pecho.

Jáled frunció el ceño. Entre desesperado y confundido replicó:

—¿Qué quiere decir con «no me dejes»? ¿Qué espera?

Lo besaba con dulzura en el pecho. Temblaba, se estremecía, era toda debilidad. Con una voz que apenas le salía del cuerpo por el miedo contestó:

—No sé. No en este momento.

La abrazó con fuerza completamente perplejo. La relación entre ambos estaba clara. O al menos eso creía él. Pero no sabía qué quería ella de él con exactitud. Tampoco lo que él quería de ella. Al menos hasta que supiera quién era. ¿Esta mujer frágil que entregaba todas sus armas y se rendía ante él? En realidad no sabía quién era.

La abrazó con fuerza y notó su cuerpo unido al suyo. Sintió felicidad, locura, ira, confusión, dudas y, sobre todo, una tiránica pasión por ella.

No se preguntaba si aquel comportamiento de la profesora Haná estaba estudiado o no, si en ocasiones había mostrado debilidad para poder manejarlo o no. No estaba seguro de nada. Pero a veces, tras un breve lapso, le asaltaba la duda de si ella tenía calculados todos estos movimientos. La espontaneidad no era uno de sus rasgos más sobresalientes.

Estaba sentada entre sus brazos en su dormitorio sin pronunciar palabra. Él tampoco decía nada. Separándose un poco de él, nerviosa, dijo finalmente:

—¡Qué desespero, Dios mío!

Y comenzó a frotarse los dedos inquieta.

—Cuando mañana te marches, ¿querrás volver otra vez? —continuó.

—Por supuesto —contestó tajante—. Es mi esposa, no mi amante, profesora. Quizá vuelva pasado mañana.

Sentía cómo sus brazos la rodeaban, la amenazaban, la confortaban, le daban miedo.

—¿Por qué no me cuentas nada? —preguntó desesperada.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti, tu familia, tus ambiciones.

—¿Y qué hay de usted?

—Estoy dispuesta a hablar contigo.

Y estuvo hablando hasta el amanecer. Parecía que nunca hubiera hablado con nadie. Le narró con detalle la enfermedad de su padre y cómo murió, la enfermedad de su madre y su posterior fallecimiento, el modo en que su cuñada robó de un armario las joyas de su madre el mismo día de su muerte, cómo su hermano dejó de hablarse con su hermana por culpa de la herencia y de su esposa, cómo su hermana vivía sumisa y entregada a un marido cruel que la engañaba. Le contó cuánto odiaba el inmenso poderío de los ricos, la forma que tenía su hermana de tratar a los pobres y cómo soñaba con la justicia. Y siguió. Siguió conversando durante horas como si fuese una espita que no se hubiera abierto en años y que él de pronto había accionado. Estallaba, se enfadaba, enrojecía. Mientras él la contemplaba en silencio.

La luz de la mañana inundaba la habitación cuando de pronto suspiró:

—Espero no haberte aburrido.

Él sonrió mientras colocaba la almohada detrás de su cabeza.

—Para nada me he aburrido.

—Háblame ahora de ti.

—¿Podemos dormir una hora y luego le cuento todo? —dijo en voz baja mientras la recostaba sobre la cama.

—Sí, de acuerdo —se encogió de hombros, indiferente.

Se dio la vuelta. Él la rodeó con sus brazos por la cintura.

—No me ha hablado de su estancia en América —murmuró—. ¿Cuánto tiempo permaneció allí? ¿Le gustó?

Tragó saliva. Menudo susto. La imagen de Rami le vino a la cabeza pero no dijo nada.

—¿Se enamoró de algún hombre en América?

—¡Das por sentado que cualquier joven que viaja sola tiene que enamorarse, encontrar compañía, extraviarse y todo lo demás! —respondió nerviosa.

Durante unos segundos no dijo nada pero luego repuso:

—No sé. Si mi hermana me pidiera viajar sola, no le daría mi consentimiento. Tampoco querría que mi esposa viajara sola. Aunque usted es diferente.

—Yo soy tu esposa, ¿te acuerdas? —sonrió irónica.

—Ha tenido que enamorarse. ¿Durante todos estos años nunca ha estado enamorada?

—No quiero hablar de eso —cortó con un fondo de amargura.

Esta última frase suya fue la chispa que faltaba para provocar la curiosidad y los celos de Jáled.

—¿Ha estado enamorada? —preguntó mientras dejaba de rodearla por la cintura y se incorporaba.

—En una ocasión —contestó enérgica—. De un compañero de la universidad. Pero no en América.

No se esperaba esta respuesta. Ella no se escondía ni se negaba a responder. ¿Por qué le tenía miedo entonces?

Sus palabras no impresionaron a Jáled. Lo normal era que él reaccionara, pero no lo hizo. No imaginaba que su relación con su compañero hubiera ido más allá de las palabras. Por su actitud vacilante y su manera de temblar sabía que su primer amor ni siquiera la había besado. Hasta Safá tenía más experiencia besando que la profesora Haná.

Sintiéndose un poco culpable por haber sacado el tema le dijo con calma:

—¿Y por qué ese estúpido no se casó con usted?

—No podía —contestó sarcástica.

—¿Estaba casado? —inquirió confundido.

—No.

—¿Era pobre?

—No.

—Entonces ¿cómo que no podía?

Volvió la cara para que él no viera el dolor que se dibujaba en su rostro.

—No podía. Era cristiano.

Se quedó de piedra: la loca había malgastado su vida enamorada de un hombre con el que no se podía casar. Sin salirle casi la voz y temiendo su respuesta preguntó:

—¿Aún lo quiere?

Lo miró y replicó enojada:

—¿Acaso me he comportado contigo como si aún estuviera enamorada de él? ¿Te parece que lo sigo queriendo? No, Jáled. Ya no lo amo.

Jáled observaba la luz del sol que inundaba la habitación.

—Te voy a acunar entre mis brazos un minuto. Luego quizá me marche.

Ella asintió con la cabeza.

Capítulo 5

No había sentido esa alegría desde hacía tiempo, puede que desde la infancia. Desde que murió su padre sentía una enorme responsabilidad y un permanente deseo de continuar la marcha igual que un camello en el desierto.

Mas las sorpresas que depara la vida son maravillosas.

Su padre le insistió en el lecho de muerte: «Cuida de tus hermanos, Jáled. Eres el mayor. Una vez que yo no esté, tú serás el padre».

Solo él conocía el inmenso dolor y el desconcierto en el que se vio sumido tras su fallecimiento. Su padre era su amigo y su principal apoyo. Tras su muerte, empezó a conocer poco a poco a su madre, a su hermana y a su hermano. Hasta entonces no sabía mucho de su madre; ella se esforzaba al máximo en agradar a su padre, en cocinar, en limpiar las lámparas y los rincones. Desaparecido él, juró lealtad al nuevo rey de la casa y Jáled se convirtió en el centro de su vida.

Su padre falleció en un momento crucial... tras los exámenes de cuarto. Tuvo que comenzar a trabajar y a ingeniárselas desde ese momento. Mientras estrechaba la mano de los que le daban el pésame supo que el mundo había dado un giro de 180 grados y que él era el encargado de volverlo a poner en su sitio.

Pero ahora era feliz.

No iba a intentar comprender la situación.

Era feliz. Había en sus ojos un brillo nuevo que todos notaban. Revelaban alivio, felicidad, excitación. Mucha excitación. Nada de exigencias. Ni complicaciones, ni intromisiones, ni llanto. Nada de artimañas de una chica como Safá que tan solo buscaba una dote y echarle el lazo, meterlo en su casa y que trajera un regalo a su suegra el Día de la Madre. Nada de esperar con paciencia a que ella quisiera concederle la gracia de un beso y una caricia y que, una vez animado por sus carantoñas para algo más, le pidiera que esperase.

No. Todo marchaba con la misma naturalidad que cuando Adán y Eva salieron del Paraíso con el aroma del Edén aún en sus pituitarias.

Su madre se fijo en él.

—Pareces feliz, Jáled —observó con una sonrisa—. ¿Has tenido noticias de Safá?

No quería dar explicaciones y menos someterse a un interrogatorio. Sonrió y con el entusiasmo de un crío comentó mientras se levantaba y se dirigía a la habitación de su hermana:

—¿Qué le parece, madre? Voy a comprar la cena para hoy.

Entró en la habitación de su hermana. Estaba sentada en su mesa haciendo caso omiso a sus apuntes, absorta en sus pensamientos.

—Shaimá —la interrumpió con cariño—, ¿estás estudiando? ¿Qué te apetece comer hoy?

—*Kefta* y kebab —se apresuró a indicar la madre.

—Prefiero una hamburguesa —sonrió.

Cogió las llaves de la casa y se las metió en el bolsillo.

—¡*Kefta*, kebab y una hamburguesa! ¡Marchando!

—¡Que Dios te lo pague, hijo mío!

Sonrió al salir por la puerta. Se sentía otra vez como un niño libre de responsabilidades y sin preocupaciones. No tenía que encontrar su camino entre la oscuridad de los callejones ni que tener paciencia ni que soportar nada. Tampoco tenía que andarse con cautelas. Era un crío desbordante de entusiasmo y de pasión por la vida.

Su madre se mordió los labios cuando él salió.

—Tu hermano es muy bueno, Shaimá. Aunque todo ese amor y esa entrega se los llevará otra y seguro que se olvidará de nosotros. Ya verás el día de mañana. Un hombre así de cariñoso acabará enredado por una mujer. ¡Miedo me da esa Safá!

—Pero él tiene una obligación con nosotros —replicó enfadada—. Nosotros somos lo primero, no su detestable mujer.

—Estudia, hija mía. Y que Dios te guíe —dijo la madre cansada de la ingenuidad de su hija.

Cuando Jáled regresó a casa con la cena sonreía. Acababa de gastar ochenta libras: la pensión mensual de su padre. Y la profesora Haná haciendo llamamientos a mantenerse fiel a la institución y al gobierno. ¡Que Dios la guarde del gobierno, profesora!

Y ella. Qué dulces son la victoria y el poder. Era capaz de cualquier cosa y era más feliz que nunca. Los colores, las canciones, todo lo que era hermoso la conmovía. Vivía una plenitud emocional desconocida hasta entonces; no era capaz de hacerse una idea de su magnitud.

Él solía venir cada día o cada dos días. Había hablado con el portero. Le había puesto al corriente de todo, y éste había prometido a Jáled que no diría ni una palabra a cambio, naturalmente, de la consabida propina. Ella no hacía preguntas ni se preocupaba.

A partir de aquel momento —el momento del triunfo— escribiría su propia historia. La historia solo se escribe para los poderosos. Tenía su vida en sus manos y bajo su control. Todo estaba bajo control. ¡Qué placer es que la mujer rija y gobierne su propio destino! No, no estaría sola hasta el fin de los días; no sería una profesora desgraciada: era directora de un departamento; no estaba sola y era capaz de todo, de cualquier cosa.

No era estúpida. Era ambiciosa pero no estúpida. Sabía que su relación con Jáled era temporal, que acabaría un día no muy lejano. Pero eso no la afectaba en absoluto. Había saboreado las mieles del amor y con eso bastaba. Viviría para el éxito académico, las investigaciones y la ciencia, como era su intención. Pero ahora la ciencia tenía un sabor distinto, suave y agradable. Se había propuesto ir con cautela en su relación con Jáled y él respetaba su deseo.

A veces se lo encontraba de improviso en casa de su hermana mientras ayudaba a Lubna. Ella lo saludaba con una sonrisa protocolaria y él le devolvía la sonrisa, sin apenas cruzar palabra.

Recibió a la profesora Maysa. Mientras ella la miraba de arriba abajo como queriendo desnudarla y escrutar su corazón, Haná sonreía segura de sí misma.

—Haná, nos vamos mañana de vacaciones a Sharm el-Sheij. Mi marido y yo solos —añadió no sin cierto sarcasmo.

Luego sonrió y continuó:

—Una segunda luna de miel... Le he dicho: «Sanseacabó. Nos hacemos viejos y nuestros hijos se han hecho mayores». Pero él ha insistido en que vayamos con más gente, no solos. Tienes que venir con nosotros alguna vez, si Dios quiere.

Haná sonrió. Una nueva sensación de orgullo y confianza la embargaba.

—Si Dios quiere —contestó.

Sus miradas se cruzaron. Los ojos de Haná reflejaban felicidad, poseían un brillo que Maysa no entendía.

Al salir del despacho dejó a Haná sentada en su suntuoso sillón de piel. Se retrepó en él y suspiró profundamente. Cuántas veces había sentido odio y envidia hacia la mayoría de las mujeres. Palabras como las de Maysa le habían causado dolor y había sentido una angustia indescriptible por estar malgastando su vida. Esa amargura ponía un nudo en su garganta que la acompañaba a todas horas: mientras comía, en el trabajo, cuando se miraba en el espejo. Días antes de cumplir los cuarenta había comenzado a odiar su cuerpo, su condición de mujer. La amargura había adoptado su forma más violenta y peligrosa. Pero ahora...

Suspiró de nuevo mientras endiosada abrazaba su cuerpo. Ahora los demás le inspiraban lástima. Todas las mujeres. Estaba orgullosa y satisfecha. ¿Quién era el marido de Maysa? ¿Acaso Maysa había sentido algún día lo que ella sentía ahora?

No había una mujer que sintiera igual que ella cuando estaba entre sus brazos. Ni cuya feminidad hubiera florecido como la suya.

Era el primer hombre en su vida. Para ella él se había convertido en todos los hombres que no tuvo tiempo o valor para conocer.

Pero todo esto no le haría perder el control más adelante. Continuaría escribiendo su historia, empuñando la pluma. Ésta era la diferencia entre Maysa y ella: Maysa dependía de un hombre; ella mandaba en uno.

Mandaba en todos.

Se acostumbró a verlo. No le gustaba tener que esperarlo y él no se retrasaba mucho. Sin embargo en su vida tenía que haber perturbaciones. Las perturbaciones casi siempre provienen de los demás: por eso odiaba al resto de la gente desde su más tierna infancia.

La primera que comenzó a incordiarla fue su hermana. Estaba triste, pálida, y las manos le temblaban. Parecía que llevaba llorando meses. Su aspecto la irritaba. Le preguntó si había algún problema y ella le respondió con tono lastimero: «No pasa

nada».

Sabía que Layla sufría con Ádel y que lo odiaba profundamente. El silencio de Layla no duró mucho. El sábado por la mañana llamó a la puerta del domicilio familiar, o lo que es lo mismo, de la casa de Haná.

—¡Me ha dejado! ¡Me ha dejado, Haná! —gritaba con la maleta en la mano.

Pese a que Haná esperaba este desenlace, no dijo nada. Se guardó de comentar ni lo más mínimo. Era natural que Ádel se hartara de su esposa y la pusiera de patitas en la calle. Era de lo más normal casarse con una jovencita y librarse de Layla. Lo sabía pero no decía ni mu. Estaba triste porque sabía que mientras su hermana estuviese en casa, no podría verse con Jáled.

Jamás había visto a su hermana en ese estado. Contemplar su debilidad le impedía encontrarse a gusto. Su hermana se refería a sí misma sin tapujos y de manera exagerada. Gritaba cada vez que pasaba un día y nadie, ni sus hijos ni su marido, preguntaban por ella. Maldecía su suerte y fumaba sin parar. Parecía que iba a salir ardiendo en cualquier momento. Tomaba tranquilizantes y gritaba durante horas. Al principio Haná se compadecía de ella, pero el olor del tabaco comenzó a fastidiarla tanto como que su hermana se hubiera habituado a que la sirvieran: terminaba de comer y dejaba todos los platos sobre la mesa; fumaba y alargaba la mano en espera de que alguien le acercara el cenicero. Siempre que entraba en una habitación dejaba tras de sí un rastro de destrucción.

Haná comenzó a rogar a Dios que el esposo de su hermana viniera... y a gastar ingentes cantidades de ambientador.

Su hermana no cesaba de gritar. Un día, en la oscuridad de la noche, la llamó.

—Haná.

Medio dormida Haná salió de su habitación.

—Tengo que ir a trabajar mañana, Layla.

Layla maullaba como una gata a punto de morir.

—¿Te haces una idea de cómo me siento? ¿Sabes por qué me dejó?

Se acercó a ella con miedo. Le asustaba la fuerza de sus sentimientos y que estuviera tan colada por un hombre. Sus maullidos la estremecieron. Temblaba cuando se sentó a su lado; no era capaz ni de acariciarla. Su hermana comenzó entonces a golpearse con fuerza el vientre.

—¡Mírame, mírame! ¡Estoy gorda! ¡Gorda! Quiero que me corten en cachitos. Claro que tenía que dejarme. ¡Mírame!

Haná tragó saliva. Agarró instintivamente sus manos con fuerza mientras Layla se resistía y chillaba:

—No entiendes nada... No entiendes nada.

—Puede que te entienda. Quizá más de lo que esperas —dijo en voz baja.

—Soy una mujer, Haná. Y las mujeres estamos dominadas por la naturaleza y por nuestro cuerpo. Somos prisioneras de este cuerpo traidor. Un cuerpo que toma pero

no da. Nuestra madre decía siempre: «Las mujeres no hacen nada por propia voluntad, pues no la tienen». El hombre siembra en ella los hijos y los hijos crecen en su interior sin que ella pueda hacer nada. Luego el cuerpo vuelve a su anterior estado sin que ella pueda tampoco hacer nada. Y finalmente, sin poder evitarlo, comienza a sentir sofocos como yo ahora. Cuando llegues a los cincuenta, lo entenderás. Mi feminidad ha muerto. Se me ha retirado la menstruación y me arden las mejillas de los sofocos. Y encima estoy todo el día comiendo.

—Tranquilízate, por favor.

—Tenía que buscarse a otra. Yo ya no soy una mujer. ¿Lo entiendes? Somos esclavas de nuestro cuerpo y de nuestra naturaleza. Pura debilidad.

—No somos débiles. Tienes que controlarte. Hazlo por tus hijos.

—Ellos no me quieren. Solo quieren el dinero de su padre... ¿Sabes qué me ha dicho? Me dijo: «Ya no te quiero. Puedes quedarte en casa pero yo no te quiero».

Haná sintió un nudo en la garganta y una extraña fragilidad.

—Cálmate, te lo ruego.

Los gemidos no cesaron. Salió de la habitación y descolgó el teléfono. Llamó a Sáneh, su sobrino. No respondió. Llamó a su sobrina. Tampoco. Llamó a Ádel, su cuñado. No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo sin éxito.

Los alaridos daban miedo. En efecto, había que tomar medidas. Y las tomaría. No necesitaba a nadie, aunque si hubiera allí un hombre, podría acudir a él.

Marcó el número y escuchó su voz de sorpresa.

—¿Profesora Haná? ¿Qué ocurre?

—Layla —susurró con voz ronca—. Tengo miedo. Necesita que le pinchen un tranquilizante o llevarla al hospital. ¿Puedes ayudarme?

—Por supuesto —contestó al instante—. Llegaré enseguida con un médico.

Tenía que sentirse orgulloso porque ella le había pedido ayuda. No le quedaba más remedio que pensar que era débil como la hermana de Haná pensaba que eran todas las mujeres.

Levantó de nuevo el auricular y marcó otra vez el número de su cuñado. Esta vez respondió. Había mucho ruido a su alrededor y no tenía ni idea de quién intentaba contactar con él. Su confusión era tal que no se había fijado en el número antes de contestar. Ádel le ponía un mote a todo el mundo y cada número de su agenda estaba asociado a un mote. Cuando Haná lo llamaba en la pantalla de su móvil se podía leer «Drácula».

—Tu esposa está al borde de un colapso y yo...

—Ya no es mi esposa —la cortó tajante—. Le advertí que, si abandonaba la casa, la repudiaría y así lo he hecho.

—Es la madre de tus hijos —replicó furiosa—. Así que necesita de sus hijos y ¡un médico!

—¿Qué quieres de mí?

—Que vengas ahora... Que hablemos.

—No hay nada de que hablar.

—¡Ádel, ven inmediatamente si no quieres que airee tus escándalos! ¡Sabes que me importa un bledo todo!

La llamada se cortó. Sabía que vendría. Quería que viniera para darle una bofetada que se le quedase marcada el resto de su vida.

Cerró los ojos. La ira casi acaba con ella. Los maullidos de su hermana no paraban.

Abrió al oír el timbre de la puerta. Era Jáled acompañado del doctor.

Se fijó en el rostro angustiado de Haná, en su camisón y en su pelo alborotado. Sonrió sin articular palabra. Su aspecto no era mucho mejor: llevaba una camisa arrugada y unos vaqueros. El médico entró en la habitación y, por los alaridos, ella percibió lo crítico de la situación.

Jáled colocó su mano en el hombro de Haná como sin querer y se mantuvo a la espera de pie a su lado. Parecía que ella iba a desmoronarse pero no lo hizo.

—Se pondrá bien, Haná.

¡Haná! ¡Había dicho Haná!

No tenía fuerzas ahora para discutir.

Él conocía el problema de Layla y Haná sentía vergüenza por ello. Deseaba estar rodeada solo de mujeres fuertes.

Jáled retiró la mano de su hombro y mirando al doctor que salía en ese instante de la habitación preguntó:

—¿Está ya mejor?

—Dormirá un rato. Necesita tratamiento. ¿Puede traerla mañana a mi consulta?

Haná asintió con la cabeza mientras buscaba su cartera.

—Por favor, profesora —dijo Jáled presto mientras acompañaba al doctor hacia la salida y sacaba dinero de su bolsillo.

Abrió la puerta del apartamento para que el doctor se diera de bruces con Ádel.

Los latidos del corazón de Haná aumentaron.

—Pasa, Ádel —saludó haciendo un esfuerzo por controlarse—. Éste es Jáled, un alumno mío y amigo.

Ádel sonrió relajado. En realidad le importaba un comino quién fuese aquel joven.

Era un hombre rozando los sesenta, enorme, como enormes eran sus facciones. Por su nariz daba la impresión de ser una persona buena y sencilla, pero no era ni lo uno ni lo otro.

Apenas entró Ádel en compañía de Jáled, Haná dijo con voz gélida:

—¿Le haces esto por una chica más joven? Después de toda una vida aguantando tus errores.

—Es mi derecho —repuso indiferente—. No la quiero. Dios ha declarado lícito el divorcio.

Jáled contemplaba la escena en silencio. No comprendía bien cuál era la intención

de su esposa ni qué quería.

—Me das asco —comentó con frialdad.

—¡Cuidado con lo que dices, Haná! Si tu familia no ha sabido educarte, puede que lo haga yo.

Antes de que Jáled abriera la boca Haná levantó la mano y descargó un bofetón en la cara de Ádel mientras le increpaba:

—¿Que tú, so palurdo, me vas a educar a mí?

En un primer instante se vio sorprendido pero luego hizo amago de agarrarla y Jáled tuvo que interponerse entre los dos.

—Ya basta. Quizá sea mejor que se marche.

—Te mataré, Haná —se resistía Ádel—. Ya lo verás. Te voy a...

—Márchese de una vez —intervino Jáled.

Lo empujó hasta la puerta y la abrió mientras decía:

—Mañana. Mañana hablamos.

Haná permanecía de pie en su sitio con la sonrisa de la victoria dibujada en el rostro.

Jáled le dio un último empujón y cerró la puerta mientras el hombre gritaba, profería todo tipo de insultos y propinaba un buen puntapié a la puerta.

Entre confundido y enfadado Jáled clavó sus ojos en ella.

—¿Por qué has montado todo esto? Jamás volverá con ella. ¿Eso era lo que querías?

—Ni volverá ni habría vuelto con ella —contestó con calma mientras tomaba asiento en el sofá—. Pero noto una extraña placidez... ¿Crees que se le han roto los dientes? Espero haberle partido algún que otro diente. No tienes ni idea, Jáled, de cuánto deseaba hacer esto. ¡Veinte años esperando este momento!

—¿Darle una bofetada a un hombre?

—A ese hombre.

—¿Y me querías entonces aquí para protegerte y que no llegara a golpearte o para darme una lección?

—No te compares con él. No os parecéis en nada.

—¡Ay, Haná! —gimió, mientras se sentaba a su lado—. Te crees que soy tonto. Esta noche te has visto a ti misma en el lugar de tu hermana y has imaginado que me matarías, me darías una bofetada y echarías por tierra mi futuro.

—No he pensado en ti —lo retó con la mirada—. Tengo otras cosas en las que ocupar mi mente. Soy la directora del departamento, ¿lo recuerdas?

—Pero eres una mujer y sentirás lo mismo que el resto de las mujeres.

—Jamás digas eso.

—¿Que eres una mujer?

—Que soy débil.

—No he dicho que seas débil. He dicho que sentirás algo. Los sentimientos no son necesariamente una muestra de debilidad.

De repente Jáled se echó a reír.

—¿Viste la cara que se le quedó después de que lo abofetearas? Ay, Dios. Estás realmente loca.

—¿Qué has dicho?

—Son la cinco de la mañana —dijo consultando su reloj—. ¿Crees que tu hermana se despertará en una hora o en dos?

—¡Jáled!

—Te echo de menos.

—¿Quién es ahora el loco? —suspiró romántica.

—Los dos, por supuesto.

—No te has quitado los zapatos, Jáled. Por favor, hazlo.

—Creí que ya habíamos superado esa etapa.

Por las presiones de Haná o de quien fuera, SámeH y Lubna vinieron a hacer las paces con su madre y llevársela a casa. Se produjo una situación rara y desconcertante. Layla no parecía mostrar reacción alguna. Era como si ya no los quisiera. Sus hijos tampoco parecían conmoverse. Fue una escena horrorosa que disgustó a Haná, pero se sentía reconfortada con la vuelta de Layla a su casa, y por haber recuperado su independencia y libertad en la suya.

No tuvo noticias de Ádel. No quería a su esposa. Le dejó la casa y una asignación mensual y se entregó a su nuevo amor. La abandonó con sus dos hijos, sus criadas, el portero, la enorme mansión y los muebles caros. Pero ella solo lo quería a él. Únicamente sentía humillación y desprecio, una destructiva sensación de impotencia.

Los días se dividieron en antes del desastre y después del desastre. Los días de después del desastre comenzaron a adoptar para Layla una nueva forma. Lo había perdido todo en un instante y en un momento crítico de su vida. Pero lo más importante que había perdido era su valor como ser humano, no solo como mujer. Al poco tiempo los tranquilizantes dejaron de hacerle efecto y sus hijos se desentendieron por completo de ella para no oír sus quejas. El mundo que la rodeaba se había librado de ella. Unas semanas después comenzó a frecuentar la mezquita próxima a la casa y a asistir a clases de religión. Se enfundó un *hiyab* y pasaba la mayoría del tiempo leyendo el Alcorán y libros de exégesis alcoránica. Durante el mes de Ramadán hizo la peregrinación menor a La Meca y, meses después, el *hach*, la peregrinación mayor.

A su regreso la religión le había proporcionado una especie de capa mágica que le infundía energía. Todos la miraban de manera distinta. Tras peregrinar se había convertido en la *hachcha* Layla, Layla la peregrina, y en un alfaquí. Pasaba todo su tiempo en la mezquita aljama, con otras musulmanas, rezando o recitando el Alcorán. La peregrinación y el *hiyab* habían cambiado la percepción negativa de la que gozaba a los ojos de todos.

Al cabo de cuatro meses era otra persona; se había retirado de este mundo, de sus

hijos, de todo lo que no fuera la religión.

Cuando Haná fue a visitarla vio en sus ojos unos aires de grandeza que nunca había visto. Vio confianza, paz y abandono de lo mundano.

—No me veo ahora como una mujer, Haná, sino como un espíritu en las manos de Dios. Él es el Vengador, el Omnipotente.

Haná la miraba asaltada por la duda. No sabía si la entrega absoluta de Layla a la religión era su manera de encontrarse a sí misma y afianzarse o era un deseo auténtico de acercarse a Dios. Nunca sabría la verdad sobre la *hachcha* Layla. Pero el hecho de haber peregrinado fue suficiente para merecer la consideración de los vecinos, de la familia y de toda la calle. Hasta el portero se mostraba más obediente. Era como si su fuerza los intimidara y los indujera a prestarle obediencia. Se convirtió en una mujer temerosa de Dios, una madre y una hermana en la fe. Gradualmente se hizo una experta en religión y comenzó a dar clases. Parecía que la religión se había convertido en un arma en manos de la mujer como lo eran el dinero y la educación. Un arma mucho más poderosa e influyente, que daba miedo a los hombres y los refrenaba.

Incluso a Ádel. De vez en cuando iba a visitarla para entregarle la pensión de los hijos. La criada, entonces, le informaba de que estaba rezando. Él esperaba aburrido e incómodo, sin ocultar su desprecio por ella. Sin embargo, un día cuando la vio salir de su habitación con una exégesis del Alcorán en la mano, vistiendo una *abaya* y un *hiyab* blancos, sin prestarle atención y recitando en voz baja una imperceptible letanía de alabanzas a Dios, exclamó como sin darle importancia pero algo tenso:

—¡Para qué le pides nada, Layla! ¡Dios no te va a responder!

Sarcástica le dedicó una sonrisa falsa y replicó:

—¿Por qué tienes miedo, Ádel?

—¿Quieres decir por lo que puedas pedir para mí?

—El Vengador, el Omnipotente —dijo en voz baja mientras lo miraba.

—¿Con todo lo que he hecho por ti? —gritó nervioso.

No le respondió. Miró el reloj y dijo:

—Con tu permiso. Tengo clases en la mezquita aljama después de la oración del atardecer. Estás en tu casa, Ádel.

Layla había comenzado a escribir su historia por primera vez con la pluma de la religión y a decidir su destino. ¡Y era una pluma poderosa y con efectos a largo plazo!

Capítulo 6

—¡Deja que entre! —dijo a su secretaria con voz potente mientras se levantaba de su mesa.

Jáled abrió la puerta. Una sonrisa plena de entusiasmo y vida se dibujaba en su rostro.

—Buenos días, profesora —saludó.

—Buenos días, Jáled —correspondió formal.

Su voz sonaba siempre más poderosa y desafiante cuando estaba sentada en su mesa: era casi otra persona distinta; no paraba un momento. Él tampoco se caracterizaba por tener mucha paciencia. Quería darle algo, ¡y tenía que ser ahora!

Se sentó con algo de embarazo. Luego sacó de su bolsillo un pequeño Alcorán de oro con su correspondiente cadenita.

—He estado pensando en que nos hemos casado sin que le haya regalado nada, por eso... Éste es mi regalo de boda, profesora —añadió con dulzura mientras extendía su mano con la cadena—. Es un detalle sencillo pero espero que le guste.

Aceptó el presente. Se fijó en el Alcorán: tenía un tamaño considerable. Lo sopesó sobre la palma de la mano lanzándolo con suavidad hacia arriba.

—Te has debido de gastar todo tu sueldo.

Él sonrió sin mediar palabra. Ella lo examinaba con detenimiento. No sabía qué hacer ni qué decir. Era como si alguien hubiera puesto en sus brazos un bebé y no supiera qué hacer con él. Se sentía extrañamente aturdida. Finalmente tomó la cadena y dijo:

—¿Se trata de un soborno?

—No —respondió con calma como si esperara esa pregunta.

—¿Quieres dar por terminada nuestra relación de manera pacífica?

—No, nada de eso —dijo riendo—. Solo quiero darle un regalo. ¿Nadie antes le había hecho un regalo?

—No. Nadie me ha hecho un regalo desde hace tiempo... Mucho tiempo.

Jáled se puso de pie y cerró despacio la puerta. Luego se acercó a ella y le susurró con delicadeza:

—Quisiera vérselo puesto. ¿Me permite?

—No —rehusó con firmeza.

—¿Cuándo podré verla?

—¡Ah! Ahora lo entiendo —contestó como si hubiera descubierto su juego—.

Estás intentando hacer que yo te quiera.

La miró. Luego se dirigió a la puerta y la abrió.

—No tengo que intentar nada, profesora.

—¿Crees que te quiero? ¿Eso crees?

—¿La veré hoy?

—No has contestado a mi pregunta.

—No quiero contestarla.

—De acuerdo. Sí, nos veremos hoy, pero ¡no compres pastelillos! ¡No pienso comérmelos!

El asunto del regalo la angustiaba. Sentía un raro desasosiego. ¿Qué debía hacer si alguien le regalaba algo? ¿A qué estaba obligada? ¿A comprarle otro regalo?

Nadie se acordaba nunca del día de su cumpleaños. Por lo general lo pasaba sentada en su cama, con su magnífico cobertor, viendo un clásico del cine, tomando una infusión de menta y puede que un trozo —o medio— de *gâteau*, mientras esperaba que llegara la mañana siguiente. Unas veces su hermana la llamaba. Otras, no. Preparaba ese día con meses de antelación: pensaba en qué clase de *gâteau* comería ese año, qué filme escogería, qué cobertor quería...

Y de pronto llegaba este hombre para regalarle un Alcorán de oro. Así, sin más preámbulos. ¿Qué esperaba?

Perplejidad e incordio. Y si le compraba un regalo, ¿qué le compraba? Hoy antes de regresar a casa tenía que comprarle un regalo. Pero hoy no tenía tiempo. Mañana, pues.

—Lo siento, Jáled. No he tenido aún tiempo de comprarte un regalo —dijo cuando él llegó—. Te lo compraré mañana. Quizá.

La miró sorprendido.

—Te corresponderé como es debido —se apresuró a decir—. No te preocupes.

A él se le escapó la risa.

—No lo quiero —dijo—. No tiene que compensarme jamás. Ni se le ocurra.

—¿Por qué? —lo miró desafiante.

—No hay una razón concreta —contestó indiferente.

—Sueles regalar oro a las mujeres.

—Acostumbro a regalar oro a mi esposa. ¿No es eso lo obligado?

—Y tu esposa no tiene que corresponderte con un regalo —dijo en tono retador.

—¡Jamás!

—Porque es una mujer, no trabaja y depende de ti.

—No es más que un regalo —sonrió—. ¿Dónde está el problema, profesora? ¿Vamos a pasar las horas que nos restan pensando en derechos y obligaciones, en las mujeres, en los derechos de la mujer y en la finalidad del regalo?

Haná no dijo nada. Pensaba. Estuvo toda la noche pensando. Pensaba en el regalo; cómo la fastidiaba y la despertaba; cómo la removía y le causaba dolor; cómo...

No era estúpida. La situación comenzaba a escapar a su control. Ya no manejaba los hilos de su historia con Jáled. Puede que fuera él ahora quien movía los hilos, o puede que no los moviera ninguno de los dos. Pero ella no controlaba el guión. No era quien escribía la historia.

Desde el momento en que él le había hecho un regalo había dejado de escribirla.

Ese regalo había trastocado su mundo.

Era una etapa nueva en su vida y no sabía si iba a digerir esta profunda renovación que él había puesto en marcha.

Respiró pletórica mientras se sentaba en su enorme escritorio y pedía café y té. Sentía que rebosaba de vitalidad; el poder la embriagaba. Se veía capaz de cualquier cosa. Su secretaria la entendía a la perfección. Era rápida de reflejos y muy trabajadora, elegante y rigurosa en su trabajo. No se arrepentía de haberla escogido. Fue la mejor elección.

Había mucha podredumbre que combatir entre los muros de esta universidad. Hasta ahora no había quien la ayudara. Incluso en los exámenes de acceso al departamento ocurría toda suerte de componendas y favoritismos. Los exámenes finales tampoco se diferenciaban mucho. Todos hacían su apaño. Nadie sentía remordimientos por aceptar un espléndido regalo o una invitación a cenar en una embarcación por el Nilo o a disfrutar de un espectáculo de danza oriental; incluso unas vacaciones en la costa de Alejandría. Parecía como si el sueldo que les daba la universidad fuera algo meramente simbólico, algo con lo que el Estado reconocía el esfuerzo del profesorado, y que cada profesor debía de buscarse el sustento diario a su particular suerte.

Una especie de indiferencia y de patética resignación se había instalado frente a la injusticia.

Pero ahora ella estaba aquí e iba a cambiar todo; se crearía montones de enemigos, pero lo haría. La primera decisión que adoptó fue supervisar personalmente los exámenes de ingreso en el departamento para asegurarse de que tan solo ingresara el que realmente lo mereciera. En cuanto a las becas para viajar al extranjero, disponía otra vez de múltiples opciones.

¿Quién entonces?

La de Estados Unidos la merecía alguien aplicado en su trabajo y que tuviera ambición. El decano había dejado claro que quería que se diese la beca a Salma Assalimi, la hija de un célebre profesor que había sido recientemente elegido directivo del Club al-Yazira. Era además un hombre servicial, nada egoísta. *Servicial* quiere decir en Egipto que está totalmente dispuesto a servir y favorecer a quien maneje poder y dinero, a hacer la vida fácil a los ricos y los que poseen influencia.

La situación no era fácil. Tenía que optar entre satisfacer al decano, quien le estaba pidiendo que traicionara su conciencia, o provocar su enfado, ¡nuestro particular califa por la gracia de Dios en la universidad!

Tendría que pensarlo con calma.

Llamó a su secretaria y se estiró en su sillón.

La había entrenado para que la obedeciera en todo, para que la informara de cualquier noticia, del más mínimo comentario o rumor que oyera, para que controlara las cartas y correos electrónicos de los demás profesores. No se sentía culpable: lo

consideraba su legítimo derecho a conocer a sus enemigos.

Hacía tres semanas que no veía a Jáled. No quería verlo. La primera semana, al ignorarlo, él la llamó. En tono oficial, le comentó que estaba ocupada y que no volviera a llamar. El tema de Jáled comenzó a angustiarse y a aturdirlo. Pero como andaba muy liada aquellos días, se tomaría un tiempo antes de estudiar lo que iba a hacer al respecto.

Pidió a Rasha, su secretaria, que viniera. Le ordenó que tomara asiento y luego preguntó enérgica:

—¿Fuiste de viaje a Alejandría con el departamento como te pedí?

—Fue un viaje precioso —contestó con profesionalidad—. Disfrutamos de un tiempo estupendo. Nadie se quejó de nada: todos los profesores que fueron se mostraron agradecidos con usted todo el tiempo y elogiaron los logros que ha conseguido el departamento bajo su mandato.

—¡Rasha! —la interrumpió impaciente—. ¿Qué pasa contigo? Tú me entiendes a la perfección. No quiero escuchar lisonjas. Sabes bien lo que quiero oír.

—El profesor Sami estuvo hablando largo y tendido con la profesora Maysa —desgranó—. Cada vez que me acercaba a ellos interrumpían su conversación.

—¿Y con quién más habló Maysa?

Se paró a pensar y dijo:

—Con todos. Y se reía con todos.

—¿Y Jáled? —preguntó mirándola a los ojos.

De nuevo pensó un poco y contestó:

—Habló con la profesora Maysa, con el profesor Sami, con su amigo Muhámmad, con Ibrahim, con la mayoría de los alumnos y de los profesores ayudantes, excepto con Salma.

—No le cae bien Salma.

—No... Se pasó buena parte del tiempo mofándose de ella. Y ella pilló un buen rebote.

—Crees que Jáled es un peligro —inquirió escudriñando a Rasha.

—¿Quién? ¿Jáled?

—Sí, Jáled.

Reflexionó brevemente y finalmente dijo:

—Es adorable. Quizá, no sé. Pero, por supuesto, usted puede controlarlo, profesora. Incluso llamarle la atención, si quisiera.

—Por supuesto —dijo apurada—. Con esto basta, Rasha. Haz venir ahora al profesor Muhámmad.

El profesor Muhámmad era todo un caballero. Lo admiraba, a él y su conciencia. Por descontado era también *servicial*, pero estaba al servicio de ricos y pobres.

Cuando entró, Haná le pidió su opinión sobre los cambios que intentaba implantar en el departamento y él comenzó a alabarla a ella y su buen juicio. Luego le preguntó por la beca para la que disponía de fondos y él comentó que prefería no inmiscuirse.

—Tiene que pronunciarse —se apresuró a decir—. No quiero otorgársela a Salma. Ambos sabemos por qué ha sido designada y ambos queremos que la universidad saque partido de esta beca. Le necesito a mi lado cuando me enfrente al decano. Necesito las voces de profesores como usted.

—No me quiero posicionar en contra de los deseos del decano —dijo mientras se daba cuenta de que ella procuraba estrechar el cerco sobre él.

—Ni yo tampoco —dijo exaltada—. Pero tampoco querrá usted contravenir mis deseos...

El tono de su voz se tornó amenazador. Fue directa y enérgica. El profesor Muhámmad comprendió lo que pretendía y comenzó a recular:

—¿Qué necesita de mí?

—Que proponga un segundo candidato. Yo le daré al decano ese segundo nombre y le diré que ha sido el departamento quien lo ha elegido y que no puedo contravenir la decisión del departamento.

—¡Nuestra habitual democracia de pacotilla! ¡Me quiere como chivo expiatorio!

—En absoluto. Solo quiero que actúe según su conciencia a la hora de elegir.

—No puedo decir que no, ¿verdad? No puedo negarme...

—Por supuesto que puede negarse, pero me veré obligada a ir a por usted, y no quiero perder a un amigo —comentó con una sonrisa en los labios.

—Jáled Abderrahmán —sentenció poniéndose en pie.

Ella lo miró durante un buen rato. ¡La había sorprendido!

—¿Estará de acuerdo? —dijo Haná con voz ronca.

—¿Acaso tiene elección? Si la directora del departamento decidiera enviarlo a Mozambique, se marcharía. Así que Estados Unidos es una buena opción. Es una oportunidad con la que nunca habría soñado.

—Entonces estamos de acuerdo —concluyó enérgica.

Cuando el profesor Muhámmad salió, se derrumbó en su sillón. Se marcharía. Iba a hacer que se marchara. Ella. ¿Por qué? ¡Que se vaya al infierno la beca! Que se la den a Salma o a cualquier otro. ¿Por qué había aceptado?

¿Qué esperaba? ¿Que permaneciera para siempre a su lado? ¿Qué quería?

No. Ahora no pensaría en qué quería. No pensaría en nada.

Salió de su despacho y se dirigió a los aseos.

El departamento de lengua inglesa era peculiar en todo, especialmente por los aseos. Para Haná el problema fundamental de Egipto eran los aseos porque reflejaban la falta de lealtad a la autoridad. También reflejaban la incapacidad y negligencia de ésta. Pero los aseos del departamento de inglés eran bien distintos: limpios y con un aroma a flores que invitaba a quedarse dentro; siempre con pañuelos de papel, buena iluminación, paredes blancas. Todo perfectamente organizado y bajo estricto control. Desde hacía veinte años los aseos del departamento eran un ejemplo maravilloso de la ayuda mutua entre las fuerzas del pueblo y el esfuerzo colectivo de los miembros

del departamento.

El único problema residía en que los aseos eran para uso personal y exclusivo del profesorado y que se abrían con una llave especial. El común del alumnado tenía prohibido profanarlos.

Los alumnos del departamento de inglés, que se distinguían siempre del resto de alumnos de la universidad por sus trajes elegantes y sus cochazos, tenían que usar los aseos del departamento de filosofía o de cualquier otro.

La profesora Haná decidió cambiar esta situación que deshonraba a los miembros del cuerpo docente y entregar una llave de los aseos a cada uno de los alumnos del departamento. Todos le quedarían agradecidos por su iniciativa. Pero prohibió terminantemente que entraran alumnos de otros departamentos. Para asegurarse de que los alumnos de su departamento se lo tomaban en serio, emitió una resolución autorizando solo a los de segundo curso, es decir, a aquellos que habían aprobado primero. ¡Cuánto anhelaba todo el pueblo egipcio entrar en unos aseos limpios! ¡Si no fuera porque ella era solo la directora del departamento de lengua inglesa! Quizá en el futuro, cuando obtuviera un cargo de mayor responsabilidad, podría beneficiar al resto de los mortales.

Todos estos pensamientos rondaban su cabeza de camino a los aseos.

Se miró en el espejo. Se fijó en sus ojeras, en las arrugas que se le marcaban desde las mejillas a la boca. ¿Qué esperaba? Vestía un jersey negro de cuello alto, una falda escocesa a cuadros, medias negras y zapatos con un tacón de aguja de vértigo.

Sonrió. Era poca cosa a su lado; incluso con tacones. Pero solo en términos de tamaño, naturalmente. No en posición social ni en cosas por el estilo. En eso ella era un gigante con respecto a él. Lo era todo.

Se arregló su negra cola de caballo, se puso un poco de kohl y de brillo transparente en los labios. Tenía la boca pequeña y los labios finos pero con ellos le anunciaría la gran noticia, la decisión que había tomado y que no era menor que su iniciativa sobre los aseos.

Cerró los ojos. Luego salió de los aseos en dirección al despacho de los ayudantes. Apenas entró, todos se pusieron en pie como muestra de respeto y temor. Él también estaba allí. No lo miró: no podía.

Jáled le hacía reír. Rebosaba de vida. Era fuerte. Era... ¿Por qué hablaba de él en pasado, como si todo hubiera terminado? Luego estaba la dichosa beca, aunque todavía contaba con unos meses para verlo.

Seguía siendo bella. Veía deseo en sus ojos cuando la miraba. Era guapa, delicada, fuerte y encantadora.

Haná ocupó un asiento. Miró a Salma. Vestía una minifalda ajustada y una escueta blusa blanca que le dejaba el ombligo al descubierto. Frunció el ceño: ¿cómo permitía su padre que saliera de casa vestida de esa guisa?

—¿Qué tal todos? —saludó orgullosa.

La respuesta entusiasta no tardó en llegar.

—Bien. Muchísimas gracias, profesora.

—La excursión a Alejandría estuvo fenomenal —añadió un animado Muhámmad.

—En especial el concurso de danzas orientales —comentó Jáled dedicando una cínica sonrisa a Salma.

Salma puso cara de disgusto pero no dijo nada.

—Disfrutamos de un extraño dominio de la danza oriental en la universidad —continuó Jáled.

Haná percibió cómo Salma comenzaba a sentirse incómoda. Salma representaba todo lo que él odiaba: la riqueza obscena, la emancipación, la ropa vulgar. Todo lo que veía le provocaba náuseas. No ocultaba su odio hacia ella, aunque Salma no comprendía por qué.

—Te quiero en mi despacho, Jáled —dijo levantándose.

Asintió con la cabeza. Parecía cansado, en tensión. Haná no sabía qué le sucedía.

—A sus órdenes, profesora —dijo rendido entrelazando sus manos.

—¿Qué te ocurre? —susurró mirándolo.

—He estado estudiando toda la noche y no he dormido bien —contestó con frialdad.

Lo miró de nuevo. Sabía que no había estado estudiando, sino trabajando. Daba clases particulares todo el día, clases que comenzaban a veces a la una de la madrugada.

—Lo sé todo, Jáled. Te he pedido que dejes las clases particulares. Si no lo haces, tendré que abrirte un expediente.

Se sentó y en vano replicó:

—Si dejara las clases particulares, ¿quién se iba a hacer cargo de mis gastos, de mi casa? ¿La universidad? ¿El gobierno? ¿El Nuevo Orden Internacional?

—Así pues, lo reconoces.

—Es algo irrelevante para usted, profesora. Pero es con lo que me gano la vida. No se enfrente a nadie por su sustento, si no quiere...

—¿Me estás amenazando?

—La mayor parte de los egipcios muerde el polvo para conseguir el pan de cada día. Si alguien se lo quiere quitar, no dudarán en matarlo. Y entonces se convertirán en mártires por la supervivencia. Su juego es peligroso. Se entromete en el sustento de la gente de un modo que no alcanzo a comprender.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —gritó—. Tenía la intención de comunicarte una fantástica noticia.

La miró sorprendido.

—Te hemos seleccionado para ir a Estados Unidos —continuó enseguida.

—¿Por qué yo? —preguntó intentando leer su rostro.

Ella no le miró.

—¿No me das las gracias? —protestó enérgica—. Óyeme bien, Jáled. Deja las clases particulares. No quiero verme forzada a adoptar medidas contra ti. Y sabes que

lo haré.

—Escúcheme usted, profesora —dijo en voz baja mientras se acercaba a ella—. El profesor Sami me acaba de pedir que lo ayude a deshacerse de usted y le he contestado que me lo pensaré. No me lo ponga tan fácil y haga que elija una opción que no le conviene.

—¡Con tu pan te lo comas! —ironizó con una sonrisa—. Ni tú ni él sois nadie para mí. En el plazo de una semana, si no has dejado las clases particulares, haré que te abran un expediente. ¿Quieres esa beca?

—No. No la quiero —respondió con calma mientras se ponía en pie.

—¡Para dedicarte por entero a las clases particulares! Esta entrevista ha terminado.

Jáled abrió la puerta para marcharse.

—¡Y recuerda que te he advertido de que nada de familiaridades entre nosotros! —dijo Haná levantando la voz.

Jáled no contestó. Salió y cerró la puerta.

Haná sentía una furia irrefrenable. Furia y miedo de sí misma.

No se puso en contacto con él. Ni él con ella.

Sabía lo que él quería: apropiarse de su historia y reescribirla; tomar el mando. Pero eso era imposible.

Él ya no quería aguardar sumiso a que le concediera permiso para ir a verla. No. Ya no aguantaba ser un apéndice marginal de su vida. Quería, reclamaba mucho más.

Pero ella era incapaz de entregarse. Jamás se acostumbraría a él y además no lo quería. Iba en contra de su propia naturaleza.

Se echó en la cama. Lo echaba de menos. Lo odiaba. Añoraba sus caricias. Detestaba su vanidad y su obstinación. Aquello era el final. Así que había rechazado la beca. Hay normas que no queda más remedio que obedecer. Cada individuo no puede vivir a su albedrío. Hay normas que han sido incumplidas durante años, pero ella representaba la ley, el gobierno, el estado, la institución. Se debía ante todo a la institución y no iba a perjudicarla.

Ni él se puso en contacto con ella, ni ella lo llamó, a pesar de que quería aclarar con él algunos temas por última vez. Quería dejarle bien claro que el acuerdo que habían firmado era de matrimonio secreto. Podía anular el acuerdo. Pero lo que no iba a permitir era que la amenazara.

Esperó unos días. Su mente comenzó a maquinarse un plan para dar una lección a Jáled que nunca olvidaría.

Contemplaba a su hermana entre sorprendida e indecisa.

Estaba dando una clase de religión en su casa. Se mostraba tranquila, segura. Hacía descansar su pesado cuerpo sobre una silla. Extendía los brazos. Nada le importaban ya la gordura, las dietas, los hombres. Estaba al mando y todos estaban admirados. Contaba una y otra vez su drama, cómo Dios la había salvado y cómo

había superado esta terrible prueba. Las mujeres la miraban absortas, con los ojos inundados en lágrimas y, acabada la sesión, desfilaron mostrando respeto y espanto.

Layla suspiró profundamente. Luego llamó al portero. Una vez, dos veces. Cuando llegó no lo amenazó como solía hacer antes ni le gritó a la cara.

—Que Dios te perdone, Abdu —dijo decidida—. Has hecho que me quede ronca de tanto llamarte... Que Dios derrame Su gracia sobre ti.

Abdu, como si hubiera sido mordido por un escorpión venenoso, contestó asustado:

—Estaba comprando una cosa, *hachcha*. Le juro por Dios que no la he oído.

—Solo Dios sabe más... Si me estabas escuchando, que Él te perdone.

Recuperó el aliento y dijo rindiéndose:

—¿Qué se le ofrece?

Y empezó a pedir y él a responder.

Haná abrió sus ojos incrédula.

—¿Cómo estás, Haná? —la saludó Layla mientras se sentaba haciendo gala de una renovada confianza en sí misma—. ¡Dios se ha apiadado de ti y te ha librado de los hombres! ¡Dale gracias por ello, Haná!

Tragó saliva y con una sensación extraña en la garganta respondió:

—Estoy bien, gracias a Dios. ¿Qué tal los niños, Layla?

—No sé nada de ellos —contestó indiferente—. Dios me compensará por ellos.

—Lubna es una buena chica.

—Quiere a su padre. Va a visitarlo todos los días y yo ni la veo.

—Es normal que quiera a su padre.

—Por supuesto que es normal.

—Ella te necesita —musitó Haná.

—Yo la necesitaba.

—Sámeh te necesita aún más. No me gusta su aspecto.

—Que Dios los perdone.

Haná se marchó. Se sentía como una extraña. Cada día sabía menos de Egipto. Los libros de literatura se habían abandonado como a los niños de la calle. La pobreza estaba generalizada. La mujer buscaba su fuerza en una dirección distinta, siempre innovando. En un mundo dominado por los hombres tenía que idear cosas nuevas constantemente. Ahora empezaba a comprender por qué Sherezade inventaba un cuento nuevo cada día. La mujer oriental es toda una maestra en el arte de improvisar: cada día una cosa nueva, un nuevo papel. Toda su vida estaba rodeada de hombres, limitada por ellos, pendiente de ellos. El hombre podía pisotearla hasta hacerla polvo o encumbrarla y sentarla a su lado en el trono. La mujer estaba en manos del hombre: podía darle la libertad o hacer que permaneciera prisionera hasta el fin de sus días. Ahora la religión se había convertido en una nueva arma en manos de la mujer, una nueva fuerza que irradiaba desde su corazón e infundía terror en los hombres. Unas veces los refrenaba, y otras provocaba que alcanzara los más altos

honoros. ¡Qué desdichadas son las mujeres en medio de la pobreza, la corrupción, la frustración y el miedo! ¡Qué desdichadas! Estaba asqueada de todo. Quería dormir en paz y despertar para comprobar que Sherezade había dejado de contar historias y que las mujeres habían dejado de inventar y... ¿qué más?

Los años no pasaban; los hombres no tomaban las riendas del poder; la historia era escrita por las mujeres; la mujer caminaba con pie firme y seguro, no amaba con pasión, no se entregaba, no tenía miedo de un cuerpo traidor...

Ahora tenía que intentar dormir en paz, como hace cuarenta años, como si Jáled aún no hubiera nacido. Tenía una voluntad de hierro, la vida estaba en sus manos, y su trabajo incansable daría exitosos frutos. Ella estaba ahora al mando en la universidad. ¡Qué delicia son el mando y la autoridad!

Eso es. Pensemos en los logros, las ambiciones, el brillante futuro.

Aquellos días se notaba agotada e impaciente. Sí. Estaba más nerviosa de lo normal. Solo necesitaba algo de tiempo y planificación.

Estaba harta de todo y deseaba dormir en paz.

Capítulo 7

Pidió al taxista que esperara hasta que volviese. Desconocía el camino de vuelta a su casa desde los arrabales de Bulaq y no quería conducir su Peugeot por aquellas calles deshechas.

—¿Cuánto me va a costar? —preguntó enérgica.

—Lo que quiera pagar, *madame*.

¡Cuánto detestaba la palabra *madame*!

—¡Dime cuánto!

—Veinte libras.

—¿Me has tomado por una extranjera? No te daré más de diez. Tardaré media hora.

Lo dejó con la palabra en la boca y salió del taxi. Contempló con repulsión el edificio medio derruido. Comenzó a subir las estrechas y oscuras escaleras en las que se entremezclaban todo tipo de olores: orines, ajos, cebolla, gringuele, basura. Se tapó la boca y la nariz con la mano y llamó al timbre del piso.

Abrió la madre. La observó unos instantes y luego dijo:

—*Assalamu alaykum*, jovencita.

—Soy la doctora Haná, la profesora de Jáled —sonrió mientras le tendía la mano.

—Pase. Sea bienvenida —la invitó a entrar con entusiasmo.

Miró a su alrededor. Era un piso sencillo pero pulcro. Lo que más atrajo su atención fue cómo brillaba la araña de cristal. Parecía gritar: «Mi dueña es un ama de casa insuperable. Todos la adoramos».

Shaimá salió de su habitación.

—¡Profesora Haná! ¿Se acuerda de mí? —dijo alegre.

—Por supuesto que me acuerdo —contestó sonriendo al saludarla.

Haná daba la mano sin apretarla, como una reina que aburrida de saludar estrechaba la mano con desgana.

—Jáled no está en casa —se apresuró a decir Shaimá—. Lo llamaré al móvil y vendrá enseguida.

Haná asintió con la cabeza. La madre se sentó delante de ella y tras observarla unos segundos comentó:

—Es usted muy joven.

Sonrió sin decir nada.

—¡Por Dios! ¡Qué joven es usted!... ¿Y es la directora del departamento? —añadió.

Afirmó con la cabeza.

—Jáled trabaja noche y día. Lleva toda la vida comportándose de manera irreprochable. ¿Sabe? Cuando era pequeño, su padre, que trabajaba como funcionario en el Ministerio del Interior, lo llevaba siempre con él. Con cinco años ya recitaba el Alcorán. ¡Que Dios lo proteja! ¡Dios me ha compensado por todo con él! Ya quiero

verlo con su título de doctor.

—*Inshaallah*. Pronto, si Dios quiere. Jáled es bueno y muy generoso. Se merece lo mejor.

—Generoso... Es el colmo de la generosidad —se apresuró a decir mordiéndose los labios—. ¡Que Dios se lo recompense todo! Espero verlo casado.

Haná la miró estupefacta.

—Su hermano pequeño se va a casar pronto —apostilló con entusiasmo—. También deseo verlo casado a él.

—Dios todo lo puede —afirmó Haná esbozando una sonrisa.

—Tiene razón.

—Puede que lo vea casado muy pronto.

—¡Dios la oiga!

—Puede que hoy mismo.

La madre se quedó pasmada.

—Tengo una estupenda noticia para él —dijo riéndose Haná—. ¿No le ha dicho nada? Lo hemos seleccionado para una beca en el extranjero.

La madre se quedó mirándola asombrada.

—¿Quiere decir que se marchará fuera? —preguntó—. No, no quiero que se marche. Quiero decir, si no queda más remedio...

Haná comenzaba a estar harta de que la madre hablara sin parar de Jáled como si fuera una fruta exótica o un preciado diamante.

—Esperemos a que llegue. ¿Viene ya de camino?

—En cinco minutos —respondió Shaimá.

—Le prepararé un zumo de mango —dijo la madre poniéndose en pie.

Haná observaba el salón, el mantel rosa lavado con esmero, la ventana abierta, las cortinas azules de algodón sin arruga alguna. ¡Pobre Jáled! ¿Era esto lo que esperaba de su esposa, este primor, la limpieza, el planchado, la cocina, el zumo de mango natural? ¡Pobrecito Jáled!

Miró a su alrededor. Así que ésta era su casa. Ésta era su infancia y su vida entera. Era un piso pequeño. La estancia estaba cuidadosamente pintada de blanco pero con una pintura económica y de poca calidad. El sol entraba por todas partes y todas las ventanas estaban abiertas. De las paredes colgaban grandes láminas con fragmentos del Alcorán y un retrato de su padre. Esta habitación hacía las veces también de comedor. A su izquierda había una salita con sus puertas de cristales. A Haná le gustaban esas puertas antiguas con las hojas blancas de cristales. Cada vez que la madre de Jáled intentaba abrir la puerta ésta emitía un sonido que revelaba queja y cansancio. Era una puerta antigua y le encantaba. Era sencilla, limpia y muy muy estrecha.

No vio su habitación pero se la imaginaba: una cama de madera barata, un humilde escritorio... La habitación de su madre y de su hermana debía de estar llena de cosas antiguas y modernas. Así que éste eres tú, Jáled: el fruto de una modesta y

sencilla casa repleta de aleyas alcoránicas, sol y ventanas.

Haná alcanzaba a oír la recitación del Alcorán que provenía de la cocina en la que guisaba la madre de Jáled y que entraba también por las distintas ventanas. Y la llamada a la oración...

De aquí provenía entonces Jáled, de al lado de esta vieja mezquita en el último de los callejones. ¿Era feliz aquí? ¿Era feliz ahora?

Sonrió con una ternura cuyo origen desconocía. Ahora sabía más de él y entendía lo que quería decir cuando le comentó que debía salir corriendo para cumplir con la oración del alba en la mezquita como hacía siempre desde que era niño. La mezquita no estaba lejos. No estaba lejos en absoluto. Y esta calle no dormía nunca.

Esperaba sentirse molesta por el polvo, los desagües desbordados, la brutal contaminación, la pobreza, la basura, los desperdicios, la ignorancia, la escalera ruinosa, las irritantes y débiles mujeres, los hombres zafios, la comida grasienta y los pasteles con montones de azúcar. Sin embargo no lo estaba. En absoluto. ¿Por qué? No sabía. Simplemente no estaba a disgusto.

Jáled entró en el salón, la miró y sonrió con delicadeza. El corazón de Haná comenzó de pronto a palpar. Era consciente de la tiranía de sus sentimientos hacia él. Cuánto echaba de menos su sonrisa, su risa, sus ironías, todo lo suyo.

—Menuda sorpresa. No la esperaba, profesora —dijo con calma en voz baja mientras cerraba la puerta de cristal—. Si fuera un ingenuo, pensaría que me ha echado de menos y que no ha soportado no verme en todo este tiempo. ¿Es ése el motivo de su visita? ¿De verdad me ha echado de menos?

Iba a responder cuando él dijo:

—No, no diga nada. Va a decir que no y hará trizas mi corazón. Como siempre.

Esta vez Haná soltó una carcajada. La madre abrió la puerta y, dejando el zumo, comentó contenta:

—Jáled, no me habías contado que la profesora Haná era tan joven y tan guapa. Aunque tiene que comer un poquito.

Jáled levantó las cejas en señal de desconcierto y miró a Haná. Sus miradas se cruzaron pero él no dijo nada. La madre salió y cerró la puerta. Por unos momentos reinó el silencio. Haná bebía su zumo de mango con tranquilidad.

—Desde que te conozco he debido de engordar cinco kilos —comentó Haná.

—¡Desde que la conozco he conseguido comprender cómo Mehmet Alí degolló a los mamelucos en la ciudadela con calma y eficiencia para luego olvidarse completamente de ellos!

Se hizo el silencio. Parecía que cada uno intentaba descubrir qué pensaba el otro. Finalmente habló Haná:

—Somos diferentes en todo.

—En muchas cosas sí, pero no en todo.

—Apoyas un sistema que se construye sobre la corrupción. Quieres que Salma y gente como ella se queden con todo el país.

—Se necesita un poco de corrupción. Es algo humano. Si aplicáramos escrupulosamente las leyes, olvidaríamos que somos humanos. Por ejemplo el tráfico. ¿No hay veces que el guardia permite que se aparque en un sitio prohibido a cambio de una libra? No pasa nada. Con esa libra viven él y su familia; y usted puede estar cansada o ir con niños pequeños. Él le hace un favor y usted a él, sin que interfiera para nada el Estado. ¿Y cuántas veces se conduce sin permiso? El país se paralizaría si cada vez que hay un control el agente te llevase al cuartelillo por no tener el permiso de conducir. Yo mismo, si no hubiera contado con un enchufe para sacarme el carné, me pasaría el día en la comisaría. Los contactos facilitan muchas cosas.

—Pero ¿por qué defiendes la corrupción?

—Porque soy egipcio y no hay egipcio que no se haya rendido alguna vez ante la corrupción. No hay egipcio que no invite a comer a alguien importante, que no le haga la pelota a su director o que no dé una propina a un guardia. Así nos han educado, profesora.

—Pero entonces te conviertes en un corrupto. Se lo pones en bandeja a gente como Salma.

—En ocasiones necesitamos hacer pequeños sacrificios. Pero yo jamás perderé mi humanidad. Ser humano es más importante que ser justo.

—No hay quien te entienda. A veces me da la impresión de que un mundo nos separa. ¿Somos del mismo país?

—No sé. ¿De qué país es usted?

—¿Y tú de qué país eres?

—Ancho es Egipto, profesora. Y cabemos todos.

Se quedó pensativa. Luego con algo de pena dijo:

—¿Por qué has rechazado la beca?

La miró y le mantuvo largo rato la mirada.

—No puedo abandonar a mi familia. Soy lo único que tienen.

—Pero ¿y tu futuro? —dijo—. Tienes que pensar en tu futuro.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Mi futuro. Eso me recuerda que estoy casado... o medio casado.

—Jáled —susurró con deseo.

—Sí, profesora.

—Acepta la beca y márchate.

—¿Para librarse de mí o para que obtenga su mismo nivel académico? —le espetó entre sorprendido y enfadado—. ¿O para que aprenda el significado de la democracia que usted maneja a la perfección?

—¿Por qué me hablas así, con esa crueldad? —replicó alarmada.

—Porque estoy harto de esta vida —gritó de pronto—. Tiene que hacer público nuestro matrimonio o hemos de separarnos.

—Y cuando lo haga público, ¿crees que funcionará?

—¿Quiere que funcione?

—¿Y tú? ¿Quieres que funcione?

—Basta de responder con preguntas. ¿Quiere que funcione?

—No va a funcionar, es imposible. Y tú sabes por qué.

—No, no lo sé —dijo furioso y envalentonado—. Lo imposible no existe. Nunca me han detenido ni las diferencias ni las presiones. Siempre consigo lo que quiero.

—Pregúntate entonces qué es lo que quieres antes de tomar una decisión.

—Muhámmad merece esa beca —soltó de improviso.

—Es esa humanidad tuya la que habla.

—Muhámmad la merece, profesora, pero sé que se ve forzada a otorgársela a Salma. Mi consejo es que se la dé a Salma para complacer al decano. Eso si quiere permanecer en su puesto.

Jáled volvió la cara para no abrazarla con fuerza y calló. Haná se acercó despacio a él y dijo en voz baja:

—Me desafías todo el tiempo. Nuestra relación es complicada y extraña. Unas veces me haces sentir culpable; otras, te tengo miedo. Y las más, solo pienso en ti.

Él volvió a darle la espalda de nuevo.

—Estás triste porque presientes el final —dijo dolida.

—No hay final —replicó—. Deje la dirección del departamento para que pueda relacionarme con usted con normalidad, deje de supervisar mi tesis y véame como una mujer ve a un hombre.

—Quieres acabar conmigo —dijo tras suspirar profundamente—. ¿Para qué? ¿Para que yo te mire sumisa como lo hacen tu madre o tu hermana? ¿Para que te lave la ropa y te prepare el té...? Sabes que no lo voy a hacer.

—Quiero que sea mi esposa, sin más. No importa si me prepara el té o no. La quiero a mi lado. No la quiero al mando.

—Lo siento, Jáled. No puedo. Nací para mandar, no para comer pastelillos ni para entregarme de forma exagerada al amor, al odio o a cualquier otra cosa.

—Es la peor dirigente que he visto. Es demasiado directa, tiránica, franca, aunque sea para buscar la justicia. Son cualidades peligrosas: conducen al desastre total. Le falta templanza y no tiene mano izquierda. Además no escucha a nadie y le apasionan los desafíos.

—¡No puedes desprenderte de tus tópicos orientales y reconocer que tengo éxito! —repuso enfadada—. ¿Quieres que haga público nuestro matrimonio? —continuó ella en tono desafiante antes de que pudiera abrir la boca.

—Por supuesto que no —contestó rudo—. No puede anunciar su matrimonio con alguien que tiene esas ideas orientales.

Lo miró furiosa y desafiante. Luego salió de la habitación y se dirigió al salón, y desde allí a la puerta del piso. Jáled iba tras ella. Con el odio dibujado en su cara le abrió la puerta.

—Profesora —se dirigió atenta a ella la madre de Jáled—. ¿No toma otra cosa? ¿Por qué no almuerza con nosotros?

Le devolvió una sonrisa de compromiso. Miró a Shaimá que esperaba aburrida en el salón y se acercó a la madre para besarla.

—Adiós. Hasta otra ocasión, querida suegra.

Luego susurró a Jáled mientras salía:

—Buena suerte y que Dios te acompañe. Acabo de hacer público nuestro matrimonio. Cuidado con lo que dices.

Cerró la puerta y se hizo el más absoluto silencio. Se oyó el golpe y el eco parecía retumbar en su corazón.

—Hija de puta —masculló.

La madre se acomodó en el sillón pensativa.

—A esta mujer se le ha ido la cabeza, ¿no, Shaimá? —comentó.

Jáled tragó saliva. Miró hacia otro lado y permaneció callado.

—¿Ha dicho que tú eres su esposo? —balbució—. ¿Lo has oído? ¿Ha dicho eso, Shaimá?

—Sí, lo he oído —contestó exaltada poniéndose en pie.

—¿Se ha vuelto loca o qué?

—No. Es mi esposa —dijo con calma mientras entraba en su habitación.

Cerró los ojos y trató de ponerse las manos en los oídos porque sabía bien lo que iba a ocurrir.

Oyó los gritos de su madre seguidos de los de Shaimá. «Es increíble, mamá. Mamá. Voy a llamar a Abdallah».

Su hermana abrió la puerta. Él, en silencio, trataba de encontrar una respuesta a lo que había ocurrido. ¿Qué explicación les iba a dar? ¿Cómo se lo iban a tomar? Por primera vez era él quien se sentaba en el banquillo de los acusados. Se vería expuesto a una presión psicológica terrible. Su hermana tomaría el mando para vengarse de él y pondría en peligro su autoridad. Se sentiría prisionero de los deseos de todos los que lo rodeaban, de sus opiniones. Su madre se sentiría desorientada: lo había perdido, la había traicionado, la había...

La profesora Haná le había asestado un golpe bajo fatal.

Ella pensaba que los derechos de la mujer en Egipto eran sistemáticamente pisoteados. Pero ¿qué pasaba con el hombre? ¿Qué había de la tortura y las abominables coerciones psicológicas de todo tipo a las que él se vería sometido ahora, las amenazas, las coacciones, los reproches, la petición de responsabilidades?

Se cubrió el rostro con las manos durante unos segundos. Luego se puso en pie y despacio se fue a buscar a su madre. Estaba en su cama llorando como si su hijo acabara de morir.

Apenas lo vio, se puso a llorar con más fuerza y a gritar.

—Precisamente tú, Jáled. ¿Por qué le has hecho esto a tu madre? ¿Por qué, hijo mío? ¿Por qué has metido al diablo en casa y has ofendido de este modo a tu madre?

Podía tratar de convencerla de que su matrimonio no ofendía a Dios y de que no había pretendido causarle sufrimiento alguno, pero no lo iba a entender: le había

infligido una herida peor que la del esposo que se casa en secreto con una segunda mujer.

—No tiene importancia. Las circunstancias... —musitó Jáled cogiéndole la mano y besándola.

—No te perdonaré hasta que te divorcies de ella, hijo mío —dijo mientras se enjugaba las lágrimas—. Que Dios te guíe.

Podía preguntar otra vez por qué. Pero sabía la respuesta: porque ella era mayor que él, porque era una inutilidad de mujer, porque era de un medio social diferente, porque...

Y por qué no. Ella ya no lo quería. ¿Por qué luchar por una mujer que no estaba dispuesta a luchar por él?

No estaba acostumbrado a perder ni a mostrarse débil. Y no estaba acostumbrado a necesitar tanto a una mujer.

Quizá lo mejor sería repudiarla y casarse con Safá o con cualquier otra, dedicarse a trabajar y a tener hijos, y a... Quería una esposa obediente, que no lo desafiara, sin opiniones demasiado firmes que fueran difíciles de cambiar. Qué odiosas son las mujeres que tienen metas y opiniones claras. Descuartizan a los hombres como un cuchillo eléctrico. No, nada de opiniones.

—Divórciate de ella para que pueda sentirme orgullosa de ti antes de morir —añadió la madre.

—No puedo —dijo sin querer.

—Te has enamorado como un adolescente. Creía que había parido a un hombre y no a un chiquillo. ¿Qué te ha hecho? Dios mío. Te ha hechizado. Si no, ¿de qué ibas a estar enamorado así de ella? Eso es lo que te ocurre, hijo mío. Qué desgracia para mi familia. ¡Que Dios me lleve antes de ver a mi hijo babeando tras una mujer como ésa!

Jáled se dirigió en silencio a su habitación. Al llegar a la puerta se detuvo y dijo en voz baja:

—Tranquílcese, madre.

Apenas desapareció, la madre le comentó a Shaimá:

—¿Te has fijado en sus ojos? Le ha practicado un hechizo. Vamos, hija. Vayamos a casa de tu tía a buscar un remedio. Afortunadamente tiene una familia y gente que puede detener todo esto. Tenemos que deshacer ese hechizo antes de que lo convierta en su perrito faldero. ¡Qué desgracia!

—Muhámmad, hijo mío, Dios te guarde. Convéncelo. Él es tu amigo —le rogó la madre—. No sabemos qué hacer. Nadie puede hacer nada.

—No tema, *hachcha*. Lo convenceré *inshaallah*, si Dios quiere.

Muhámmad entró en su habitación.

—Estás blanco como la pared —le dijo como si lo estuviera viendo—. Naturalmente tu madre no te ha dado de comer después del lío que has montado.

Jáled sonrió pero no pronunció palabra.

—Te has pasado, chalado... Vas y se lo dices a tu madre.

—Fue ella quien se lo dijo —replicó con enfado.

—Ella... la profesora Haná...

Muhámmad se echó a reír.

—¿Ella? ¿Por qué? ¿Tanto te odia?

—Las argucias de una mujer pueden con cualquier hombre. Quisiera hacerla pedazos, abofetearla. Muhámmad...

Se hizo el silencio.

—Aún la quieres.

—Y no la dejaré nunca.

—¿Cabezonería tuya?

—Puede.

—¿Por qué?

—No sé.

—Estás enamorado.

—¿Crees que ha llegado el momento de que acabemos con la directora del departamento? —preguntó cerrando los ojos.

—Cuidado, Jáled. Nunca te lo perdonará —contestó Muhámmad.

No respondió.

—¿En qué piensas, Jáled?

—¿Perdón?

—Tengo miedo por ti. ¿Qué vas a hacer? ¿Por qué no te olvidas de la profesora Haná? Es lo que quiere tu madre, la propia profesora y todo el mundo. Olvídala y cástate con Safá como era tu intención o con cualquier otra.

No respondió.

—¿Por qué no hablas, Jáled? ¿Desafías al mundo entero por una mujer que no te quiere?

No contestó.

—¿La vas a dejar?

—Tengo muchas cosas que hacer hoy —dijo de pronto—. Muchas. Empiezo a estar cansado de todo, de las clases particulares, los cumplidos, las sonrisas, las presiones por parte de todos. Dime, ¿cuándo se va a acabar todo esto?

—¿Por eso andas tan agobiado?

—Mi madre no quiere hablar conmigo; me va a presionar hasta que me muera. Y mi hermana prepara su dulce venganza... ¿Alguna vez has metido la pata con tu hermana? Yo tan solo me preocupaba por ella, quería que fuese la mejor... Mi hermano teme que se acaben los regalos y la ayuda que le presto a él y a su prometida. La profesora Haná ha decidido que quiere conservar su posición y teme por ella. Y yo estoy aquí en medio de todos... ¿Qué harías si estuvieras en mi lugar?

—Pillaría una puta y enterraría en ella mis preocupaciones.

—¡Muhámmad!

—Solo era una broma. No me has descrito cómo es la profesora Haná... ¿Es guapa? Y no me respondas «Quizá».

Qué extraña es la memoria. Todo lo que recordaba eran instantes de sus breves y tensos encuentros íntimos. Las risas junto a ella. Momentos de charla, también de silencio. Hasta que se vio obligado a marcharse. Recordaba sus largas conversaciones en las que la escuchaba con paciencia. Recordaba cómo arqueaba sus cejas cuando contaba una historia emocionante. Recordaba sus espesas cejas negras y sus miradas llenas de ternura. Recordaba cómo hundía su cabeza en la almohada después de hacer el amor como si le diera vergüenza de él y de ella misma, de su debilidad y de su miedo. Notaba cuánto pesaban sobre ella sus conflictos internos y la tensión en la que vivía. Siempre hundía la cabeza en la almohada y luego abría la palma de la mano esperando a que él la estrechara. Él siempre le daba la mano y apretaba la suya durante minutos sin mediar palabra. No sabía si ella se sentía culpable por este extraño matrimonio o por haberse entregado a él, haberse dejado vencer por sus instintos salvajes y por amarlo como una tirana violenta y delicada a la vez. O si presentía el final cada vez que hacían el amor y se negaba a verlo.

Recordaba esos instantes mientras continuaba con su monótona vida. Su madre se había conjurado para recuperar a su hijo, usando sus armas legítimas e ilegítimas. Su odio por Safá se había tornado en un amor ciego. Hablaba con ella todos los días para darle esperanzas y regalarle el oído: parecía que era ella quien se iba a casar con Safá. Esperaba que ésta llamara a Jáled, que intentara verlo. Él era un manojo de nervios. No quería herir a Safá pero tampoco entregarse al final que le habían elegido su madre, su hermana y la profesora Haná. Como había dicho la profesora, ¡él era un hombre oriental!

Tenía que pedir consejo a todos los que estaban a su alrededor.

Tenía que delegar su vida en las mujeres para al final comportarse a su antojo. Y delegarla en los hombres para destruirla al antojo de ellos.

Era, pues, un hombre oriental.

Eso era lo que ella había dicho.

Esperaba que su esposa y todos le sirvieran.

Desesperado esbozó una sonrisa. Ahora quería arrojarlo a la papelera. Ella. La profesora Haná. Era una ingenua. Y su ingenuidad provocaba compasión, risa y furia.

Oyó la melodía de su móvil. Miró el número. Sabía que era Safá. No contestó. Apagó el móvil y se quedó dormido a la espera de un nuevo día.

Sonreía triste mientras sacaba unos papeles de su viejo escritorio y se dirigía a la puerta del piso para ir a impartir la primera clase particular del día.

Volvieron las noches que había pasado junto a ella. Lo que de verdad echaba de menos en medio del enfado eran los momentos de euforia con ella entre sus brazos.

En esos momentos ella parecía un cisne desplumado por el fuerte viento y con sus

plumas esparcidas por doquier.

La profesora Haná recogía los pedazos de su juicio hecho añicos, respiraba con calma y le susurraba: «¿Qué estás haciendo conmigo, Jáled?». Y él musitaba siempre: «¿Que qué estoy haciendo con usted? No lo sé».

Pero sí que lo sabía. Veía cómo capitulaba; cómo se mostraba incapaz de pensar, de discutir, de amenazar. Por momentos era una mujer bajo su absoluto control. Instantes fugaces en los que él era quien tenía el poder, el auténtico tirano. Cuando dejaba su cuerpo estremecerse y palpar con la vida que había a su alrededor se convertía en su mujer. Solo de él.

La mayoría de las veces veía a la profesora Haná rodeada de muchos hombres. Tomaba todas las decisiones, hablaba segura de sí misma, fijaba los pilares de su vida y de sus relaciones.

Los hombres en su presencia sentían miedo o incomodidad. Su tiránica personalidad se vislumbraba tras su mirada penetrante, sus palabras firmes y el tono de su voz.

No tenía miedo a nada ni a nadie.

Por lo que había oído acerca de su familia, había sido una niña mimada en extremo. Su nacimiento fue algo inesperado para unos padres de edad avanzada. Se llevaba más de diez años con sus hermanos. Según se contaba, su madre era una dama de alta alcurnia muy estricta y respetuosa con las tradiciones y el papel de la mujer en el cuidado de los hijos. Su padre, en cambio, era con ella todo ternura. Le infundía seguridad y ambición. Él había sido el problema, el que había causado toda esa confusión en la que vivía la profesora Haná.

¿Qué iba a hacer con ella? ¿Revelaría su secreto, se divorciaría, la destruiría?

Merecía todo eso y más.

Creía que podía deshacerse de él como se había librado de su virginidad, sin darle importancia y sin vacilar.

Quería verla arrastrándose y suplicando perdón. Verla rogándole muerta de miedo y deseándolo.

No cedería ante ella.

Quería ignorarlo.

De acuerdo. Él también la ignoraría. Tendría paciencia. Había sido siempre una persona paciente. Esperaría hasta que regresara derrotada y arrepentida. Quizá tenía que trabajar en silencio en esa dirección.

En cuanto a la dirección del departamento, debía pensar con calma. Había muchas cosas que podía hacer.

Siempre había sido paciente. No se comportaría de manera estúpida o temeraria.

Hay muchas cosas que una mujer puede hacer para olvidar a un hombre.

Quizá a veces lo echaba de menos, pero había vivido todos estos años sin él y podía vivir sin él el resto de su vida.

Necesitaba una gata, un libro nuevo, música clásica y un potente ordenador.

La música, el ordenador y el libro los tenía. En este momento únicamente necesitaba la gata.

Compró una gata gorda y enorme. La mimaba como si fuera su hijo; hablaba con ella y se sentía feliz cuando se quedaba dormida en su cama.

La vida regresó a su antigua monotonía: yogur, pan integral, ensalada, carne a la plancha, deporte, aburrimiento, soledad y días interminables.

Volvió a sus lecturas, a sus investigaciones, a sentarse en su escritorio durante horas a destripar palabras, a citar a los expertos, las teorías. A una vida desprovista de toda pasión, melancolía o miedo. Volvió a concentrarse y a apoyarse en una sola cosa: ella misma.

Experimentaba una nueva sensación. Un hormigueo que pasaba por su garganta como si fuera agua de lluvia fría que la despertaba y la ahogaba. Pero no sabía con exactitud qué era.

Estaba contenta porque la relación se había terminado. No le pediría el divorcio. Lo haría él. Estaba segura. Y cuando lo viera en la universidad lo miraría como a uno más de su grey. Sin más. Esperaría de él obediencia y lealtad. Nada más.

Esa sensación que se filtraba por sus venas como si fuera nieve era nueva para ella. Intentó entenderla. Buceó en las novelas de las que hablaba en clase pero no la encontró. Le gustaba y le daba miedo a la vez. ¿Era ira? ¿Enfado? ¿Un sentimiento desbocado o calmo? ¿Capitulación, nostalgia, miedo, tristeza?

Qué importaba. Llamó a su gata *Basbusa*, como el típico pastel de sémola y miel.

Layla también seguía escribiendo su propia historia tras volver a tener el destino en sus manos. La religión la absorbía por completo. Llenaba sus días con reuniones junto a otras fieles, yendo a la mezquita, con obras de caridad, dando consejos y dictando fetuas. El sábado, mientras estaba sentada en su habitación con un libro de exégesis alcoránica en las manos esperando la oración del alba, notó que la puerta se abría despacio.

Estaba preocupada por Haná y por lo que le pasaba. Sabía bien cuán débil es una mujer gobernada por sus instintos. La relación entre Haná y Jáled había comenzado a suscitarle sospechas. ¡Que Dios te guíe y te proteja, profesora Haná!

Notó cómo la puerta se abría despacio. No deseaba ver a uno de sus hijos. Evitaba verlos para tratar de olvidar el comportamiento vergonzoso que habían tenido con ella.

Le pedía a Dios que no fuera uno de sus hijos quien estuviera abriendo la puerta.

Pero era SámeH. No lo miró. No lo veía desde hacía meses, desde cuando la abandonó como a un guiñapo en casa de su hermana. No había preguntado por ella ni una sola vez.

Ahora no lo iba a mirar.

—¿Qué quieres? —dijo sin inmutarse mientras se acomodaba en su alfombra para

rezar—. ¿Quieres dinero? Ve y pídeselo a tu padre. Yo no tengo.

—¡Mamá, mírame! —rogó Sámech sentándose en la cama.

Ella le dio la espalda.

—¡Mírame! —gritó nervioso.

Se estremeció por unos instantes, cerró los ojos de dolor y finalmente dijo:

—No hagas que me enfade contigo más de lo que ya estoy. Sal de aquí, Sámech.

—Mírame —repuso histérico y temblando—. Deja lo que tienes entre manos y mírame. ¡Mírame!

—Que Dios me perdone —balbució—. Recuerda lo que dice el Alcorán: «No tratarás a tus padres sino con afabilidad».

—¡Mírame! ¡Mírame, *hachcha*! —suplicó histérico otra vez.

Layla miró hacia donde él se hallaba. Sus miradas se encontraron pero no reconoció a su hijo.

Un fantasma, quizá.

Pero aquél no era su hijo.

Las negras ojeras bajo los ojos, su extrema delgadez, su fragilidad. Parecía que llevara años en la cárcel y que aún no hubiera salido.

Sintió un dolor desgarrador, era un nuevo tipo de dolor; diferente. Esta vez no era una sensación de impotencia o de derrota. Era algo distinto, difícil de describir. Un sentimiento de vergüenza, de humillación, de muerte.

La derrota en esta ocasión era más grave que la de la primera vez. Y eso que ella sufría derrotas todos los días.

—Me muero, mamá —sollozaba desconsolado entre lágrimas—. Ayer me quedé inconsciente durante una hora. Una sobredosis. Me han echado de la universidad. Estoy acabado. Tu hijo se está muriendo y te quedas ahí sentada en la alfombra de rezar.

Layla vio las lágrimas de su hijo sobre el suelo, justo delante de ella. Un sentimiento mezcla de ira, derrota, culpa y tristeza sin límite se apoderaba de ella. Se levantó de la alfombra de rezar y se sentó junto a él en la cama.

—¿Desde cuándo? —susurró.

—¿Desde cuándo? —gritó de nuevo—. Desde hace tiempo, mucho tiempo; dos, tres años, no sé.

—No te vas a morir, Sámech. Te curarás.

—No sé si es eso lo que quiero —replicó indiferente.

—¡Dios mío, Dios mío! —repitió entre lágrimas—. ¿Por qué mi hijo? ¿Por qué?

Layla se puso en pie y con voz ronca exclamó:

—Ahora mismo nos vamos al hospital.

—¿Y tus clases, tus hermanas en la fe, tus obras de caridad? —dijo con celos de chiquillo.

—Ahora no hables, no digas nada. Dios está con nosotros. Él sabe lo que hace.

Comenzó a moverse con rapidez. Se puso una *abaya* negra y, agarrándolo de la

mano, tiró de él diciendo:

—Ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora?

—Dios mío. ¿Por qué mi hijo? ¿Por qué? —repetía histérica y desesperada en voz baja.

Con todas sus energías lo empujó fuera de la habitación y agarrándolo con fuerza de la mano lo arrastró desde la casa hasta el coche.

Cuando Haná supo que su sobrino estaba en una clínica de desintoxicación suspiró profundamente. Una sensación de frío recorría su garganta como un hormiguelo. Su hermosa gata dormía entre sus brazos. Jamás derramaba lágrimas.

La guerra comenzó a recrudecerse en su entorno. No le daban miedo las guerras. Las esperaba; a veces, incluso, las alentaba. Aunque sabía quiénes eran sus enemigos, tomaba precauciones con todos; en especial, con Jáled. Sabía que no se atrevería a hacerle daño o a difundir la noticia de su matrimonio, y más ahora que su madre lo sabía. El acuerdo secreto establecía que Jáled permanecería en silencio. Si decía algo, acabaría con él. Era capaz de eso. Él no diría nada: le iba la vida en ello.

Hoy no estaba para reuniones. Llevaba días sin dormir bien.

La reunión no fue fácil. Habló sobre los logros del departamento, de cómo había conseguido aumentar la asignación de la universidad este año en relación con los anteriores, de que estaba intentando becar en el extranjero a más de un profesor ayudante, de cómo ajustó el presupuesto y cómo la institución había prevalecido sobre los individuos.

La profesora Maysa se dispuso a tomar la palabra pero Haná la mandó callar con un gesto y concluyó pletórica:

—Hemos conseguido muchas cosas y aún lograremos más. La investigación se va a convertir en nuestro principal objetivo.

Sami sonrió cínico pero no dijo nada.

—Y ¿qué pasa con las licencias para ir en misión docente al extranjero? —interrumpió indignada Maysa—. No puedes continuar con esa norma absurda que contradice el reglamento de la propia universidad.

La sacaba de sus casillas que alguien le llevara la contraria o la desafiara en público.

—Se acabaron las licencias —replicó molesta—. Ni este año ni el que viene. Necesitamos a todos y cada uno de los profesores e investigadores.

Él estaba sentado al fondo, sin mirarla. Su mirada era de ira.

—Os ruego que nos concentremos en nuestro trabajo. No busquéis problemas donde no los hay. Tenemos normas que debemos obedecer.

—Y tú eres quien fija las normas —ironizó Sami—. Pero hay un decano, y un rector. Todo lo que dices son palabras huecas.

Alarmada se puso en pie en medio del murmullo de los presentes. Llamó la

atención de Jáled. Sonreía mientras la miraba. Preveía y estaba esperando la reacción de Haná.

—Esto es una reunión, no un mercado, profesor Sami —gritó alzando la voz—. Le ruego que abandone pacíficamente la sala.

No contestó. Los presentes intentaban apaciguarlo.

—Así no puede ser, Haná. No estamos de acuerdo —dijo Maysa apurada.

—No he pedido tu opinión. Soy la directora del departamento y yo decido. He sido designada para este cargo para tomar por mí misma las decisiones.

—Todos tenemos a alguien por encima —replicó Maysa provocándola mientras fijaba sus ojos en ella como mujer, no como profesora.

—Corre a quejarte si quieres —la retó mientras la amenazaba con la mano—. Esto es lo que hay.

Por un instante se hizo el silencio. Maysa agarró su teléfono móvil y comenzó nerviosa a darle golpes contra la mesa. Tan solo se oían los golpes que Maysa propinaba al teléfono imaginándose que era la propia Haná.

—Basta —irrumpió firme Haná—. Vas a romper la batería si no se ha roto ya. Y ése es un teléfono muy caro.

Jáled veía cómo ella enrojecía por momentos.

—Esperaba vuestras felicitaciones por mi trabajo y por todo lo que he hecho por este departamento. No esperaba tanta ingratitud.

—Es Dios quien nos provee el sustento, Haná —repuso Maysa poniéndose en pie. Luego salió dejando la puerta abierta. Tras ella, salió Sami.

La reunión estaba siendo dura. El resto del tiempo intentó comportarse como si no hubiera pasado nada pero su mente ponderaba la oportunidad de castigar a Sami y Maysa. Haría que les abrieran un expediente. Eso es. Y luego qué. Tenía que hablar con el decano. Y estaba el tema de la beca. Reflexionaría con calma. Necesitaba también ayuda.

Al concluir la reunión dijo con voz potente:

—Jáled. Te quiero conmigo.

Él se quedó en su sitio y la miró con frialdad.

Comenzó a frotarse los dedos nerviosa, como solía hacer esos días. Las palabras de Maysa y Sami retumbaban en sus oídos. Una sensación de peligro se cernía sobre ella. Él esperaba en silencio. Era la primera vez que se veían frente a frente desde hacía dos meses y evitó mirarlo a los ojos. Se concentró en su prominente nariz y su camisa de cuadros.

—¿Has visto a esos estúpidos? —dijo de manera mecánica.

Él la miró y ella esquivó su mirada de nuevo.

—Parece cansada —comentó con indiferencia fijándose en su rostro.

—Te preocupas por mí —ironizó—. Sabes que necesito tu ayuda.

—¿De verdad la necesita? —preguntó amenazador en voz baja.

—Sí —contestó espontánea.

—Deme una sola razón para que la ayude —comentó con una sonrisa en los labios.

—Dame tú una sola razón para no hacerlo. ¿Acaso te he hecho daño alguna vez? ¿He sido injusta contigo o me he aprovechado de ti? —preguntó nerviosa.

—Nunca —sonrió—. Ha sido la mejor de las esposas.

Abrió la boca alarmada.

—Ay de ti, Jáled, si vuelves a repetir esa palabra. Todo se acabó.

—Vale. Puesto que todo terminó, ¿puedo marcharme?

—¿Me vas a ayudar?

—Ayúdese usted a sí misma.

—¿Te vas a poner de parte de ellos, de parte de la corrupción, los sobornos, el fraude? No importa. En realidad, ¿quién eres tú?

Jáled abrió la puerta. La ira se dibujaba en su rostro. Abandonó su despacho con unas ganas locas de zarandearla y darle una buena bofetada.

Iría a ver al decano. No se quedaría callada. ¡Un buen ataque es la mejor defensa!

Le hablaría de sus logros y sus éxitos, de los celos de Maysa, del odio de Sami, del descontento de los profesores ayudantes, del deseo de hacer de la enseñanza y de la comunidad académica un negocio.

Él comprendería y valoraría la lealtad y el esfuerzo, el trabajo sin descanso, su amor por Egipto y por el gobierno, por la universidad y por todas las instituciones propiedad del Estado; su voluntad de trabajar desde la institución y no desde otra organización ajena; nada de apoyarse en individuos unidos por lazos de religión, pobreza, desesperanza, amor u odio. Ella trabajaría por Egipto.

Le informaría de lo que había hecho realidad y de lo que estaba por realizar. Él se mostraría orgulloso por los logros, la conciencia en alerta, la mente despierta. Ella era un modelo ejemplar de mujer egipcia que lo sacrificaba todo, incluso su felicidad personal, en pro de la ciencia.

Comenzó a hablar ante el decano segura de sí misma y envalentonada, incluso enfadada y desafiante. Él la escuchaba con paciencia y sin perder detalle.

—Tiene que abrirle un expediente a Sami —concluyó valiente su exposición—. Se ha comportado de manera insolente conmigo en público por el mero hecho de que soy una mujer. Quiero que se le investigue por ello. Y a Maysa también.

El decano la miró.

—Tienes negro el corazón —intervino mientras apoyaba la mejilla en la palma de la mano.

—Fue él quien empezó. Yo me limito a cumplir las normas. El que yerra debe ser castigado. También quiero que se abra expediente a todo ayudante que esté dando clases particulares. Aún no tengo pruebas materiales, pero en cuanto las consiga, les abriré un expediente. ¡Aunque tenga que expedientar a todo el departamento! Usted entiende que nos debemos a la investigación académica, que hemos de ser

respetuosos con la universidad. Tenemos profesores y ayudantes de más de cuarenta años que aún no han obtenido su título de doctor debido a que están todo el día dando clases particulares. Quiero que se les reconvierta en personal de administración. No podemos seguir concediéndoles unas oportunidades que no merecen mientras hay jóvenes universitarios llenos de entusiasmo que las merecen. ¡Y todo por culpa de las clases particulares y, sobre todo, por la falta de lealtad a la universidad!

—Deseos concedidos, Haná —dijo totalmente entregado asintiendo con la cabeza.

No esperaba una victoria tan meteórica.

—¿Todos? —preguntó mirándolo fijamente.

—Tienes mi apoyo, Haná. Valoro tus esfuerzos y tu trabajo sin descanso. Te concedo además un aumento de sueldo.

Lo observó de nuevo detenidamente. No dejaba de mirarlo a los ojos.

—Permíteme un pequeño comentario personal —dijo sonriendo.

—Adelante, profesor —añadió confiada.

—En Egipto nadie sostiene la mirada a otra persona de esa manera mientras habla con ella. Es descortés. ¿Entiendes, Haná? Puede que en Estados Unidos puedas mirar a los ojos de tu interlocutor, pero no aquí en Egipto. Tienes por costumbre mirarme fijamente a los ojos. Resulta algo extraño.

—Por supuesto no pretendía molestarle —dijo, intentando salvar la situación.

—Ésa es la razón de que haya tanta solterona en Egipto —masculló para sus adentros.

—¿Está conforme con el tema de los expedientes?

—Sí. Con la apertura de expedientes, con acabar con las clases particulares y con tu filosofía de gestión.

—Gracias por su tiempo, profesor —dijo levantándose con una sonrisa triunfal.

—Y tú no olvides firmar los papeles de Salma —añadió sin darle importancia—. Merece esa beca.

Haná sonrió irónica. ¡Qué ingenuidad la suya!

—Pero el resto del departamento no está de acuerdo —apostilló con calma—. El profesorado en pleno ha propuesto a un candidato distinto.

—Pero yo quiero que sea ella.

—Pero...

—No tengo tiempo para más, Haná. Llevo una hora escuchándote. Antes de nada firmarás los papeles de Salma.

—Si no lo hiciera, ¿me apartaría de mi cargo? —preguntó con franqueza.

La miró como si lo hubiera acusado de matar a toda la clase dirigente, de aliarse con el enemigo y de amañar las elecciones.

—Por supuesto que no te apartaré. No. Te designé porque confío en ti. No te apartaré pero, naturalmente, dejaré que soluciones tus problemas con el departamento sin intervenir. Si quieres mi ayuda, tendrás que mostrarte sensible con estas

situaciones. ¿Entiendes?

—Si no concediera la beca a Salma, me dejaría a mi suerte en nuestra guerra —dijo a modo de resumen—. Tendría que pelear con mis propias garras sin ayuda alguna por su parte, pero no me relevaría. Aunque si estuviera de acuerdo con la beca, me ayudaría.

—Hasta el final. Y serías la directora del departamento el resto de tu vida.

—Deje que me lo piense.

—Sabes lo que quieres.

—Eso creo, pero necesito un tiempo; uno o dos días, no más.

Salió sabiendo lo que quería.

No concedería la beca a Salma. Eso por descontado. Podía enfrentarse a todos ella sola. Pensaría con calma cómo hacerlo.

Jamás concedería a Salma la beca. ¡Sobre su cadáver! El día que capitulara ante el decano, los cumplidos y las componendas sería el día de la defunción de su conciencia académica.

Los días se le hacían interminables y monótonos. La sensación de desgarró en su interior y de entumecimiento de sus extremidades iba aumentando. Mientras se recogía el pelo se acordó de su madre. Su madre era en extremo severa. Cuando Haná iba a la escuela, le separaba el pelo en tres partes y comenzaba a hacerle una trenza apretando con tanta fuerza que parecía que iba a arrancarle el cuero cabelludo. Si ella se revolvía o se quejaba, su madre contestaba sin admitir discusión alguna: «Te acostumbrarás al dolor».

No tardó en acostumbrarse. Era como si llevar bien tirante el pelo fuera lo natural. A veces pedía a su madre que le apretara más, pues con el paso de los años se había acostumbrado a la sensación de llevarlo cada día tan repeinado que parecía a punto de arrancarse.

Y ahora qué.

Una leve sensación de incomodidad, poco más.

Echada en su cama pensaba. ¿Luego qué? ¿Qué fruto sacaría de todo esto? Acabaría a los sesenta sola en esta casa. Escribiría su historia pero nadie la leería. Se moriría y nadie la recordaría. ¡Cuánto lo echaba de menos! Fue una tonta el día que se dejó dominar por la mujer que llevaba dentro y lo estropeó todo. Fue idiota cuando en su condición de miembro del sexo débil se sintió locamente atraída por él, el día que permitió a la mujer que habitaba en ella gritar y rebelarse.

No pasaba nada. Éste era el final. Continuaría con su vida. Lo olvidaría en uno, dos o tres años. Pero lo olvidaría.

Comenzó a acariciar a su gata. Un extraño dolor se adueñaba de sus entrañas. Poco a poco iba en aumento.

Creía que era el dolor de su desgarró interior. Cuando se tornó más y más intenso y notó bullir la sangre en su interior cogió el teléfono. Pero no sabía a quién llamar.

Gritó mientras se echaba mano con fuerza al vientre.

¿A quién llamaba?

Se estaba muriendo, ¿a quién llamaba?

¿Quién descubriría su muerte?

Gritó de nuevo. Caminó despacio hasta la puerta del apartamento llamando a voces al portero. No tenía fuerzas para tenerse en pie. Se dejó caer en el suelo. Respiraba con dificultad. Ya no sentía nada. Nada.

Capítulo 8

Endometriosis. Así lo llamaban. No sabía qué significaba eso y en aquel instante apenas podía articular palabra. Veía fantasmas a su alrededor y tenía la lengua y el corazón paralizados. Ya no escribía su historia. La escribía el destino. Quizá estaba embarazada. No preguntó: no quería saberlo.

Para salvarla tenían que extirparle el útero. No preguntó ni pidió explicaciones.

Su cuerpo estaba en manos extrañas, desconocidas, y era incapaz de controlar nada. Nada. Lo que realmente la inquietaba era la sensación de que en ese momento muchos decidían por ella, la controlaban. Tenía una inmensa sensación de debilidad física.

Era una mujer a la que iban a extirpar parte de su feminidad con profesionalidad y sin consulta previa. Era un simple cuerpo sobre una camilla estrecha, muy estrecha. Un cuerpo débil, cansado de caminar. Un simple cuerpo echado en una vulgar camilla, sin nada de particular.

Todo era impersonal: la cama, las sábanas, el cuerpo, los rostros. Nadie le mostraba cariño u odio.

No era la profesora Haná. Ni siquiera Haná.

Era una mujer sobre una sábana blanca y una camilla estrecha desangrándose hasta morir. Una simple mujer, como la madre de Jáled, Shaimá, Safá, Layla, Lubna, Maysa y muchas otras.

Encima de una sábana blanca y debajo de otra. Una mujer, sin más.

Cuando estaba entre sus brazos era una mujer, sin más.

Cuando lo deseaba era una mujer, sin más.

Cuando llegó a los cuarenta era una mujer, sin más.

Cuando perdió la virginidad era una mujer, sin más.

Ahora su debilidad la empujaba al abismo. Su cuerpo la empujaba hacia la muerte, la sangre, la destrucción.

Notó cómo una mano le daba golpecitos en la mejilla. Era la mano del médico. Abrió los ojos.

—¿Se encuentra bien? —dijo en un tono neutro e indiferente.

Asintió con la cabeza.

—¿Con quién nos ponemos en contacto? ¿Su esposo? ¿Su familia? —añadió en el mismo tono neutro.

—No, no llame a nadie. Estoy bien, ¿verdad? —preguntó con voz imperceptible pero firme.

—Sí, pero tiene que quedarse aquí al menos dos semanas —contestó algo sorprendido—. ¿Está segura? ¿No quiere que llamemos a nadie?

—No —confirmó.

—¿Pagará usted los gastos del hospital? —continuó con indiferencia—. El portero llamó a la ambulancia. ¿Se hará cargo del pago?

—Sí —contestó mientras volvía el dolor.

—Ahora descanse —concluyó dándole una palmadita en el hombro—. La enfermera le traerá un calmante. Puede que al principio el dolor sea intenso. Ha sido una operación importante, pero todo ha salido bien. Es una mujer fuerte.

Tras unos días, quizá semanas, volvería a casa, pero parte de ella se había marchado para siempre. Volvería a la penumbra de la habitación, al sonido monótono y tedioso del goteo del baño.

Volvería a su vieja cocina y al aroma a historia, muerte y soledad. Volvería junto a la enorme ventana y a las tristes y melancólicas melodías que llegaban por doquier desde el exterior.

Volvería para pelearse con su hermano, para reclamarle las alhajas de su madre. Regresaría a las noches sin fin, la cama fastuosa y confortable, el éxito arrollador.

Cerró los ojos.

Sentía un dolor terrible en el vientre.

No quería ver a nadie. No diría nada a nadie. Nada de miradas de compasión, nada de venganzas, nada de mostrar debilidad, nada de...

Respiró profundamente al darse cuenta de que la puerta de la habitación se abría despacio. Tenía los ojos cerrados pero sabía que era él. Lo presentía.

Se frotó los dedos como solía hacer cuando se encontraba en tensión y abriendo despacio los ojos dijo con voz firme:

—¡Jáled!

Él sonrió. Ella no alcanzaba a distinguir qué había detrás de esa sonrisa: compasión, deseos de venganza, vergüenza, tristeza... No tenía ni idea.

—Tú tienes la culpa, Jáled —dijo con una mezcla de amargura y burla—. Me he portado mal contigo y ésta es, pues, mi recompensa. ¿He de reconocer ahora todos mis pecados y pedir perdón?

Él se sentó en una silla junto a la cama. Por sorpresa sus dedos comenzaron a acariciar su brazo esquivando las vías que lo recorrían.

—Todos sus errores... —musitó—. Pida perdón por todos sus pecados. Todos... Por supuesto he venido para vengarme de usted y me la encuentro pidiendo perdón. Ay, profesora Haná, ¿por qué me ha hecho esto?

—Estaba harta de ti —repuso vehemente a pesar del dolor—. Estaba harta de tus cadenas, tus peleas, tus engaños.

—Mira quién va a hablar de engaños —replicó sarcástico—. La palabra engaño fue inventada para definirla.

—Vete, Jáled —dijo amargamente—. No quiero verte ahora. Estoy segura de que tendremos un divorcio amistoso y sin problemas.

Sin que Haná lo esperara él se puso en pie con calma. Le dio la espalda, abrió la ventana, se metió las manos en los bolsillos y sacó la cabeza por la ventana.

—Un divorcio amistoso y sin problemas —repitió él.

Haná solo veía la espalda de Jáled y, por tanto, no era capaz de percibir lo que

pasaba por su cabeza en aquel momento. Daría su vida por saber qué sentía en esos instantes. Una insaciable curiosidad la dominaba.

Se hizo el silencio.

—¿Me quieres? —preguntó finalmente Haná desafiante.

—Con locura —dijo en voz baja mientras clavaba sus ojos en el patio de luces en penumbra del hospital.

Ella cerró los ojos de nuevo. Notó las lágrimas. Pero no, ella jamás lloraba.

Jáled no dijo nada. Haná tampoco.

—No quiero que me veas en este estado —comentó nerviosa—. Te lo ruego, márchate.

Él seguía con la vista fija en el patio de luces que ahora estaba en penumbra. Había descubierto un diminuto ratón mezclado entre la basura. Saltaba, desaparecía y de nuevo volvía dando así vida a la basura. Luego desaparecía otra vez. Esperaba con una nostalgia sobrevenida su regreso como si el ratón fuera el símbolo de la vida en medio de la basura y la oscuridad.

¿Podría el ratón resistir la putrefacción y los residuos que lo rodeaban entre aquellas paredes desmoronadas? Si la putrefacción no lo asfixiaba, si se había habituado a ella y a su insoportable hedor, ¿conseguiría vivir en medio de aquella oscuridad y de aquellos cascajos a pesar de que todos deseaban acabar con él? Su comida quizá estuviera envenenada o formara parte de una trampa invisible que solo vería cuando fuese demasiado tarde.

Pobre ratón. No viviría mucho. Su destino era morir y pudrirse hasta convertirse él mismo en parte de la basura y de la oscuridad del patio de luces.

—No la estoy mirando, profesora —dijo con calma—. No quiero mirarla ahora.

—Vete sin más —rogó nerviosa.

Esperaba que el ratón apareciera. Notó cómo se movía en medio de la basura bajo la que estaba enterrado. Correteaba feliz y despreocupado, como si todo le diera igual. Era insignificante, pero tenía una enorme capacidad para sobrevivir. Cada vez que saltaba ante él sentía un enorme alivio.

Jáled no contestó.

Ella no volvió a pedirle que se marchara.

Pasados unos minutos presionó el interruptor y esperó a que viniera la enfermera. Parecía que había olvidado que él estaba allí. La enfermera entró. Él permanecía inmóvil, sin hablar.

—Quiero ir al baño. Ayúdeme —dijo usando ese tono de orden que todavía dominaba a la perfección.

La enfermera esbozó una sonrisa rutinaria y la agarró del brazo para ayudarla a incorporarse. La profesora solo llevaba puesta la bata azul desteñida del hospital. Era una bata totalmente impersonal, de esas que se atan por detrás, sin color ni forma. Sabía que estaba muy pálida y que tenía arrugas. Sentía cansancio y debilidad. Su feminidad la empujaba a la oscuridad y la desesperación.

Con mano firme, sin el menor atisbo de delicadeza, la enfermera le dio un empujón en la espalda y se puso en pie con dificultad. Se rodeaba el vientre con los brazos como si ocultara su pesar y su derrota.

De pronto él se volvió y la miró. Intentaba mantenerse en pie, firme, sosteniéndose con todas sus fuerzas en el brazo de la enfermera.

Por unos instantes se quedó clavado en su sitio. Se fijó en su rostro, en su cuerpo, en sus brazos.

Observó con detenimiento la bata del hospital manchada de gotas de sangre que aún ahora dejaban su rastro sobre el suelo. La sangre se escapaba lentamente de su cuerpo como un ladrón experimentado. A toda velocidad y de improviso se puso en movimiento y, sin pensarlo, se inclinó, sacó un pañuelo de papel del bolsillo y limpió la sangre que caía por su pierna. Luego la rodeó decidido por la espalda mientras decía a la enfermera:

—Puede marcharse. Soy su marido.

Asintió con la cabeza y, sin mostrar atisbo de sorpresa alguna, la enfermera se marchó dejándolo con ella.

Haná no opuso resistencia. Parecía que toda su energía se había agotado. Él abrió la puerta del baño y le susurró al oído:

—¿Qué necesita?

—Me encuentro bien —contestó algo ansiosa y respirando con dificultad—. Solo estoy exhausta. He perdido mucha sangre. No debes verme así ni ver mi sangre ni estar aquí ni ayudarme ni quedarte conmigo. No me haces falta ni...

Haná tragó saliva, respiró hondo y se quedó en silencio.

Entró con ella al baño. La agarró con fuerza de nuevo y apoyó su espalda en su brazo hasta llegar a la cama. La ayudó a tenderse. A ella le parecía que había cruzado el océano en cuestión de segundos. Él se agachó de nuevo y limpió las gotas de sangre que habían caído. Ella lo miraba entre turbada y alarmada.

—¿Por qué haces eso?

—No sé —respondió de manera mecánica.

De pronto dijo enérgica como si entendiera todo:

—Sí lo sabes. Me querías débil. Me necesitabas débil. Me odiabas cuando era más fuerte que tú y me amabas cuando era más débil que tú.

—Quizá —dijo apretándole con fuerza la mano.

—Ésa es la verdad.

—Usted siempre lo sabe todo. Faltaba más. No puedo llevarle la contraria ni...

Sabía que él quería estrecharla entre sus brazos y no se resistió. ¿Para qué resistirse?

Se arrimó a ella y le puso la cabeza sobre su pecho. La ternura brotaba de su corazón como nunca.

Haná se agarró a su hombro con fuerza mientras susurraba:

—Así es mejor. Mucho mejor. No quiero hijos sin un padre. Ahora puedo

concentrarme en mi trabajo. Este útero traidor, fuente continua de mis problemas, ha muerto. Se acabó. Ya no forma parte de mí. Mañana te casarás con otra, tendrás hijos y un trabajo. No quiero verte más, Jáled. Nunca más. Viviré para mi trabajo. Ya no habrá para mí otra cosa.

Jáled pasaba los dedos por su cabello que se había empapado en sudor por el esfuerzo de ir hasta el baño mientras reflexionaba en voz alta:

—Yo me casaré y usted vivirá para el saber. ¿Es eso lo que quiere?

—Sí —se reafirmó—. Es lo más lógico.

—¿Y qué tal si yo viviera para el saber y usted se casara?

Lo recriminó con la mirada y, separándose un poco de él, añadió:

—No es momento para bromas.

—Era una simple pregunta. A mí me parece lo más lógico.

—Tu lógica es siempre distinta a la mía.

—Ya no obedezco lógica alguna, profesora. Usted hizo trizas mi lógica el día que me sedujo y me ofreció un regalo que yo no había pedido.

—Y que no querías.

—¿Y por qué lo acepté entonces? Venga, profesora. Ponga de nuevo su cabeza en mi pecho. Discursos cargados de lógica los oímos en la radio y en la televisión todo el tiempo. Los más ricos y poderosos nos los dictan.

Volvió a colocar la cabeza sobre su pecho y llena de debilidad susurró de pronto:

—¿Qué sientes ahora? ¿Compasión? ¿Amor? Perdona, a veces me comporto como una niña ingenua y hago estas preguntas... Quiero dormir.

Le colocó la cabeza sobre la almohada y luego metió el brazo bajo su cabeza como si fuera su niña pequeña y se tendió a su lado.

—La quiero, profesora Haná. La quiero —musitó.

La besó en la frente. Le susurró de nuevo. Las palabras producían en él un efecto tranquilizador. Se las repetía a él mismo más que a ella. «Te quiero. No quiero a otra. Nada me importa el resto del mundo. He perdido mi razón, mi norte, mi vida. Ya no quiero a otra».

Haná no decía nada. Simplemente sonreía. Cogió la mano de Jáled y la acercó a su corazón. La apretó en su regazo y cerró los ojos.

—No crea nada de lo que he dicho —susurró con tono de burla.

Asintió con la cabeza.

—No importa.

Con la mano de Jáled en su corazón se hizo un ovillo como de costumbre.

—Mañana me habrás olvidado —dijo en voz baja—. Mañana te casarás y yo viviré para mi trabajo y mi cargo.

Pasó de nuevo los dedos por su cabello empapado.

—Por supuesto. Mañana vivirá para su cargo y cambiará el mundo. Traerá el honor y la justicia a un pueblo acostumbrado a la corrupción y la opresión. Pero de momento se dormiré entre mis brazos. Mañana Egipto será testigo de una etapa

democrática gracias a usted, profesora Haná. Buenas noches.

Oía su respiración sosegada. Notó cómo su mano se relajaba y caía en un profundo sueño.

Permaneció a su lado en silencio. Únicamente quería estar cerca de ella. En medio de todos aquellos objetos impersonales de la habitación estaban ellos dos solos y nadie más. En un mundo desvaído y del que había desaparecido el carácter único de las cosas ella era para él todos los colores, todas las formas, todos los sentimientos. Y él era para ella toda la alegría, toda la tristeza y toda la desesperación. Tubos adheridos a su brazo que un día estuvieron en otros brazos y que algún día estarían en otros distintos. Había sido la primera mujer en su vida y él, el primer hombre en la suya. Aprendieron juntos lo que significa la intimidad, el arte de engañar, las guerras, las peleas. Y ahora en medio de todos los fármacos, del tormento y del dolor, quería estar con ella, a su vera. Nada más.

La enfermera abrió la puerta.

—Lo siento, caballero. No puede quedarse en la habitación durante la noche. Está prohibido.

—¿De dónde eres? —preguntó sonriendo.

—De Bulaq.

—Entonces somos vecinos.

Se incorporó y se puso de pie. Metió la mano en el bolsillo y sacó veinte libras.

—¿Cómo te llamas?

—Nawwal... pero está prohibido...

—Venimos del mismo barrio, Nawwal. Déjame solo por hoy —la interrumpió metiéndole el billete en el bolsillo de su uniforme blanco de enfermera.

Dubitativa asintió con la cabeza.

—Pero no salga de la habitación. Si alguien lo ve...

—Nadie saldrá hasta por la mañana.

Sonrió satisfecho. Luego tomó a Haná de nuevo entre sus brazos.

Si ella supiera que había sobornado a la enfermera, se lo reprocharía. Nunca entendería que Nawwal no hacía esto solo por las veinte libras, sino por ayudarle también a él. Nunca entendería que los sobornos no eran siempre asuntos entre malvados. En Egipto, por lo general, eran cosa de un desgraciado con otro.

No tenía intención de abandonarla. Ni ahora ni antes. Tampoco tenía intención de dejar que ella escribiera su historia. Jamás. Desde el principio había estado intentando arrebatarse la pluma de la mano y no había cejado en el intento. El portero de Haná sabía su número de teléfono y le había encargado que le informara de inmediato si le sucedía algo. Menos mal. No tenía intención de darle la oportunidad de volver a escribir su historia. Jamás. No le gustaba lo que escribía. No le gustaba y no lo quería.

Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente se encontró entre sus brazos. Jáled tenía

el control total sobre ella. Sonrió mientras la ayudaba a incorporarse.

—Buenos días, amor mío.

Nunca había dicho «amor mío». Estaba diferente. Se mostraba apesadumbrado por ella aunque intentaba parecer natural y aparentar que controlaba sus sentimientos. Ella se sentía orgullosa pero también intentó ocultarlo. Era un orgullo que Jáled no entendería, orgullo por el poder que tenía sobre él.

—¿Cómo has hecho para dormir en el hospital? —preguntó con cierta serenidad.

—Con mis métodos ilegales.

Sonrió y sus ojos se movieron tras él mientras abría la ventana que daba a la calle y la que daba al patio de luces. No estaba muy seguro de la suerte del ratón, pero sabía que encontraría su camino en medio de aquella inmundicia. Sabía que el ratón viviría.

—¿Qué quieres desayunar? —preguntó animado.

—No quiero nada —dijo con una voz casi imperceptible.

La tomó de la muñeca y le dijo con delicadeza:

—Tienes que comer, y mucho. Mira tu muñeca.

—¿No vas a ir a la universidad, Jáled? —preguntó espontánea mientras se sujetaba el vientre.

—No, no voy a ir a la universidad. Me quedaré aquí.

Abrió la boca para contradecirlo pero la cerró de nuevo. Lo quería aquí; lo necesitaba con ella.

El médico entró en la habitación con un aire de indiferencia.

—¿Quién es éste? —preguntó sorprendido mirando a Jáled.

—Mi marido —sonrió orgullosa mientras le cogía la mano.

Le tomó el pulso, le administró varios calmantes y finalmente se marchó.

Él comenzó a acariciarle el pelo con ternura.

—¿Te duele?

Se echó las manos al vientre. De nuevo comenzó a invadirla la tristeza.

—Un poco.

—¿Qué te parece si te traigo una bandeja de *kunafa*?

—¿El qué?

—Necesitas tomar más azúcar. ¿Mejor *baklawa*?

—No me gusta...

—No importa. Forma parte del tratamiento —la interrumpió.

—Un tratamiento a base de pasteles.

—El mejor de los tratamientos.

Se levantó de la cama y, dirigiéndose, a la puerta dijo:

—No tardaré.

—No tardes, Jáled. No tardes —se apresuró a decir.

Comenzó a mirar el reloj de la pared. Intentaba no pensar en el dolor mientras aguardaba su regreso. ¿Qué habría pasado si no hubiera sabido que ella estaba en el

hospital? ¿Qué si lo hubiera sabido y no hubiera venido a verla? Esperaba pasar sola el dolor y la pérdida, y ahora se preguntaba si podría. Toda su valentía, su libertad, su independencia se habían esfumado a las primeras de cambio cuando el dolor desgarró sus entrañas. Quería a Jáled a su lado. A él y a nadie más.

Cuando regresó la miró de nuevo desde la puerta. De pronto torció el gesto; se había dado de bruces con la realidad. Ella estaba en el hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte. Todos aquellos tubos y calmantes, todo aquel dolor y el terrible cansancio reflejados en su rostro. Algo maravilloso la había unido íntimamente a él ahora. Y no era un vínculo artificial. Lo sabía y lo notaba.

Entró y se acercó a la cama. Se sentó junto a ella esquivando su mirada.

—Mira lo que te he comprado —dijo con entusiasmo.

Ella sonrió. El efecto del calmante había comenzado a desaparecer.

—¿Qué me has comprado? —preguntó agotada.

—Pasteles, patatas fritas, *kefta*, kebab, unos naipes, libros, leche...

El dolor comenzaba a apoderarse de ella.

—¿Por qué no me miras? ¿Por qué apenas me miras? —lo interrumpió.

No respondió.

—Primero vas a comer y luego beberás mucha leche —continuó con el mismo entusiasmo.

Haná se mordió los labios para no gritar.

—Por favor, Jáled, sal de aquí —rogó en voz baja.

La miró.

—Voy a llamar al médico, Haná —dijo cogiéndole la mano.

Ella gritó.

—Voy a llamar al médico, Haná —repitió alarmado mientras intentaba que le soltara la mano.

Hizo ademán de levantarse, pero ella se aferró a él agarrándolo fuertemente por la mano mientras decía desconcertada:

—No me dejes.

—Voy a llamar al médico. No te dejaré —respondió de inmediato.

Abrumado la dejó y salió a buscar al médico. Ella tocó el timbre de la enfermera.

Regresó tras unos minutos. Ella se sujetaba con fuerza el vientre como si quisiera estrujarlo. Sentándose junto a ella en la cama, dijo:

—Ya viene, Haná. En unos minutos.

Respiraba despacio como si se resistiera a gritar. Cerró los ojos. Le tendió la mano y él se la cogió con fuerza.

—He oído que me has cambiado por una gata —dijo sonriendo con cariño para procurar distraerla del dolor.

—La gata no come desde hace dos días, Jáled —le contestó devolviéndole la sonrisa en medio del dolor.

—Amor mío, si me pides que cuide de tu gata mientras estás en el hospital, la

mataré. Es broma. Aunque es un rival potente.

Sonrió de nuevo.

—Tú eres mejor que la gata —musitó.

—Gracias por el cumplido.

Ella hizo una mueca de dolor.

—Cierra los ojos y no pienses en el dolor. Ya viene. En unos minutos estará aquí.

Finalmente el médico llegó y le dio un calmante.

—Lo siento —dijo avergonzada poco después dándose la vuelta e intentando dormirse—. Me he comportado de una manera inapropiada.

—¿Lo sientes? ¿Por qué? —replicó enfadado, enfadado con su enfermedad, con el hospital, consigo mismo, con todo; indignado con el mundo—. Desahógate, grita. Eres un ser humano, sientes como los demás, puedes quejarte.

Lo miró durante largo rato.

—Eres muy bueno, Jáled —comentó desconcertada.

—No hay nadie muy bueno —sonrió irónico—. No se fíe tanto de mí, profesora.

—Hoy confío en ti. Mañana no —apostilló sutil—. ¿Te quedarás conmigo? Al menos hoy y mañana. No para siempre, por supuesto.

Tomó su cara entre sus manos y con el tono burlón que ella echaba de menos contestó:

—Me quedaré contigo un día o dos. Para siempre no, por supuesto.

Él sabía lo que quería. Lo sabía desde el principio. A ella. A ella que había zarandeado sin piedad su vida con su agresividad, su tacañería, su egoísmo, su tozudez, sus desafíos, su pasión desbordada hacia él, su debilidad, su miedo, sus nervios y todas esas cosas que él odiaba en una mujer.

Ella. La profesora Haná. No era Safá ni ninguna otra. No era nadie que lo cuidara y lo apoyara. Pobre de él. Qué pena de vida gastada en vano.

No importa. Que trabaje, que triunfe, que piense a veces en él, no todo el tiempo. Que le pida que lave su ropa. Bueno, eso no. Hasta ahí podíamos llegar. Contrataría a una criada y se acabó el problema. Luego comprarían un lavaplatos, una lavadora y una secadora. Y no le importaría si no se encontraba el desayuno listo por la mañana.

Todo a cambio de tenerla entre sus brazos. ¿Por qué necesitan los hombres tener una mujer sencilla, sin complicaciones? Lo que necesitaba él era diferente. Necesitaba su debilidad cuando la tenía en su regazo y su poderío cuando estaba en medio de la gente. Lo sabía. La quería a ella y no a otra.

Pero no quería que fuese su directora ni que lo subyugara como hacía siempre. La quería como igual, hasta cierto punto... Quería a una mujer que quisiera y necesitara a un hombre. Le encantaba su debilidad y temía su poderío.

¿Qué podía esperar cuando minara su autoridad? ¿Que regresara a él derrotada?

Ahora no pensaría en eso. Iba a convertirse en su esposa. El mundo sabría que era su esposa y pasaría el resto de su vida luchando con ella, con los demás y consigo

mismo. Quizá moriría mártir de esas luchas contra todo, pero no le importaba.

Habría de batirse consigo mismo y con los demás. Vencería su guerra interna porque la quería con locura y no pensaría en nada más. Se le había ido la cabeza... Además, se comportaba de manera excéntrica. Era joven, fuerte, y amaba con una pasión tan indescriptible que nadie la entendería ahora ni en el futuro.

¿Qué ocurriría si no regresaba con él?

Eso nunca. No pensaría en esa posibilidad. No podía.

La visitaba todos los días y se quedaba con ella la mayor parte de la jornada. Casi no hacía otra cosa. Iba a la universidad de vez en cuando y escuchaba en silencio las noticias y rumores sobre la enfermedad de la profesora Haná. Los días en el hospital fueron felices para ambos. Pasaban todo el tiempo juntos como si fueran un matrimonio desde hacía años. Nadie los conocía y no había ni expectativas, ni historia, ni casa, ni cocina, ni reliquias, ni alfombras, ni libros... nada de qué preocuparse excepto de ellos mismos. Haná sabía que siempre recordaría con cariño las blancas cortinas del hospital porque él las abría cada mañana y le sonreía inocente, entusiasta y lleno de amor. Dos semanas después regresó a su casa. Jáled estaba a su lado todo el tiempo. No dejó de ir a la universidad y de escuchar rumores sobre el complot que organizaba el profesorado contra ella. Él sabía lo que quería: que ella dejara de ser la directora del departamento. Notó un nudo extraño en la garganta mientras sopesaba entre la ira, la desesperación y el amor de Haná.

Ella quería cortar de raíz su modo de subsistencia y el de muchos otros. Y eso no podía tolerarlo. La amaba con pasión pero no la quería como directora del departamento. La amaba pero estaba dispuesto a destruir su sueño en un parpadeo.

Decidió dejar de pensar en sus sentimientos contradictorios y en sus posibles consecuencias.

—Su final está próximo —le susurró Sami al oído—. Ahora que, gracias a Dios, se encuentra débil sabremos cómo librarnos de ella.

Jáled tragó saliva y un escalofrío recorrió su cuerpo. Un odio extraño y un sentimiento de desprecio hacia Sami se apoderaron de él. Aparentando estar tranquilo preguntó:

—¿Qué tiene en mente?

—He descubierto que esta vez se ha pasado —respondió sonriendo con seguridad.

—Ella nunca se salta una ley —insistió Jáled.

—En efecto. Ése es su problema: que cumple la ley a rajatabla; y eso, llevado al extremo, acaba violando la ley. Abdelhamid ha reunido cierta documentación que presentaremos al decano.

—No haga eso —le cortó tajante.

Sami lo miró sorprendido. Jáled se recompuso e insistió:

—En mi opinión, profesor, usted no debe intervenir. Si lo hace, el decano pensará que se trata de una trampa. Yo tengo una solución mejor.

—¿Cuál?

—Deme unos días.

—Primero dime cuál.

—Deme unos días. Un par de semanas, no más.

—¿Y si no cumples tu promesa?

—Usted deme una oportunidad, profesor —dijo con una sonrisa falsa.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué la odias de esa manera?

Tragó saliva con dolor.

—Porque ha puesto en peligro mi pan de cada día.

—¿Y por qué no me dejas que me encargue yo de ella?

No dijo nada. Sami lo miró y luego dijo:

—No te entiendo, Jáled. O puede que sí... No quieres que yo la acuse en falso, ¿no es así?

—Exacto.

—Yo no lanzo acusaciones en falso contra nadie. Efectivamente se ha extralimitado: ha tratado de manera totalmente injusta a Abdelhamid y él ha presentado una queja al rector; ha retirado la asignación para asistir a congresos a tres profesores con el argumento de su escasa productividad y ha destinado el dinero a comprar libros en Estados Unidos, naturalmente en el establecimiento de un amigo suyo. ¿Quieres más? Está el tema de la beca...

Jáled sonrió irónico.

—Ésas no son acusaciones con las que dirigirse al decano.

—Jáled...

—No se preocupe. Concédame una oportunidad.

—Eres un buen chico, Jáled. Un digno hijo de tu país. Y además sabes cómo actuar. ¡Tienes futuro!

Las lágrimas caían sobre su rostro anciano y arrugado. A Jáled le dolía ese llanto y le hacía sentirse impotente.

Solo hablaba con él cuando era imprescindible y pasaba la mayor parte del tiempo maldiciendo a su esposa y llorando sin consuelo.

De repente se levantó y cogió a su madre de la mano.

—Madre, venga conmigo un momento.

Izó la bandera blanca y lo siguió sin dejar de maldecir a su esposa. Jáled oía a su hermana gritar:

—¿Así te portas con mamá? ¿Por qué? ¿Por una mujer? Ella no se lo merece, Jáled. Tienes tus obligaciones como miembro de la sociedad, obligaciones que

cumplir con tu madre, con tu hermana, con...

—Cállate —sentenció tajante.

Luego miró a su madre intentando entender por qué lo atormentaba de ese modo. Tampoco sabía bien por qué su hermana se empeñaba en destruir su vida de esa manera tan violenta.

Se sentó en la cama de su habitación delante de su madre.

—No puedo. Sencillamente no puedo. Todos tenemos un límite. Dios no pide nada a nadie más allá de sus fuerzas. No me pida usted lo que no está en mi mano. Usted es mi madre.

—Es una mujer que ni te va ni te viene, sea o no profesora —gritó entre lágrimas—. Es una más como el resto, hijo mío. Vas a vender a tu madre por una simple mujer.

—Yo no haría eso nunca —dijo con calma—. Pero ahora es mi mujer. El momento de dejarla pasó.

—Se te cae la baba por ella como a esos hombres de los que oímos hablar. No te va a dar hijos, no es de tu edad, no es de tu clase —replicó furiosa.

Se calló pero luego continuó con los reproches como si acabara de pillar a su hijo fumando por primera vez:

—¿Estás enamorado de ella?

—La quiero como esposa y no quiero divorciarme de ella. La quiero a mi lado —respondió de manera mecánica.

—¡Te has enamorado de ella como un adolescente! ¡Que Dios le dé un merecido castigo!

Esperaba y sabía lo que ella iba a decir.

—¿Por qué nos haces esto? —terció su hermana provocándolo de pie junto a la puerta.

—¡Vete a tu habitación y cierra la puerta, Shaimá! —ordenó intransigente.

—¿Por qué? —replicó a voces la madre—. Es mi hija y se preocupa por mí.

Meditó unos instantes. Finalmente, haciendo uso de todas sus armas, dijo:

—Madre, toda mi vida he estado preocupado por hacer felices a los que me rodean, por cumplir mis obligaciones, por hacer lo correcto, por la comunidad, por la familia, por ser responsable, por los pobres, por las clases, por usted, por mi padre, por mi hermana, por mi hermano... Solo pido y quiero una cosa. No quiero otra.

—Pero te equivocas.

—¿Qué tiene de malo mi mujer?

—Que no te va a dar hijos.

—Yo solo la quiero a ella.

—Te arrepentirás con el paso del tiempo.

—Quizá, pero ya lo veremos.

—¡No es más que una mujer! ¿Por qué ella?

La discusión volvía de nuevo al mismo punto.

—No sé. En este momento la quiero. Por favor, deme por primera vez la oportunidad de vivir mi propia vida.

Antes de que su madre abriera la boca sacó del bolsillo del pantalón una llave.

—Ésta es la llave del apartamento que he comprado en la avenida de las Pirámides. Es para usted.

—¿No vas a vivir allí con tu mujer? —preguntó perpleja.

—Es para usted —sentenció firme—. Tengo otra sorpresa. Le he reservado unos billetes para ir a la peregrinación menor a La Meca y el año que viene podrá cumplir con el *hach*, si Dios quiere. *Inshaallah*.

—Te crees que yo quiero, que codicio lo que tienes —protestó un poco molesta cogiendo la llave.

—Por supuesto que no. Es sencillamente mi obligación, madre.

—Pero no quiero que ponga un pie en ese apartamento. No quiero que se aproveche más de lo que ya hace.

No respondió. Pensó unos segundos y finalmente encontró la solución ideal.

—No estoy enamorado de ella —dijo con calma—. Ni la amo ni se va a aprovechar de mí.

Ella lo miró estupefacta.

—Justo al contrario: la necesito para conseguir mi doctorado —se apresuró a continuar—. Si no, no lo obtendré nunca. Solo la necesito y, entre tanto, me distraigo con ella. ¿Amor? ¿Qué es eso? Como bien ha dicho, no es más que una mujer. No estoy enamorado de ella.

La madre exhaló un profundo suspiro mientras se enjugaba las lágrimas.

—¿Vendrás a visitarnos o te olvidarás de tu madre?

—Todos los días. Os visitaré todos los días.

—¿Y ella? ¿Vendrá contigo?

—¡Qué importa eso! Ella no es importante. ¿Para qué la va a visitar?

—Ahora, naturalmente, te irás con ella y nos dejarás —añadió celosa.

—Está enferma —musitó con delicadeza—. No estaría bien dejarla sola. *Haram*. O me voy con ella o la traigo aquí a vivir contigo. O al apartamento de las Pirámides...

—Vete con ella —repuso de inmediato.

La abrazó. Se besaron. Luego la madre le pidió que comiera con ella: así declaraba su control sobre él y Jáled reconocía su amor incondicional a su madre.

Sintió una extraña satisfacción al complacer a su madre y unas ganas enormes de comer pastelillos árabes junto a ella, su hermana y su amigo. Sonrió a Muhámmad mientras su madre colocaba ante ellos los pasteles y se sentaba en silencio. No estaba contenta pero al menos no estaba enfadada, ni lloraba, ni andaba removiendo cielo y tierra. Tampoco usaba ya su fuerza como madre ni ponía en marcha sus armas convencionales y menos convencionales, como la obediencia a los padres y cosas parecidas.

—¿La has convencido? —preguntó Muhámmad mientras palpaba el borde del plato con la punta de los dedos como si quisiera reconocer lo que había, antes de comérselo.

—No hablemos de nada —susurró satisfecho pero agobiado.

Se hizo el silencio. Muhámmad no cesaba de palpar el plato de los pastelillos. Notaba en sus manos el azúcar pegajoso: estaba caliente y se estremecía entre sus dedos.

Luego introdujo los dedos en un trozo de *harisa* de maíz recién hecha y quebradiza. Le encantaba palpar los pastelillos con los dedos; le evocaban afecto y seguridad. Notó cómo sus frágiles poros se desmoronaban y cedían con ansia, sumisión, desesperación.

Harisa.

Él no quería *harisa*. Quería primero *baklawa* y luego *kunafa*.

—¿Nuestra *hachcha* no ha preparado *baklawa*? —preguntó a Jáled contrariado.

Jáled sonrió. No le quedaba otra. Parecía feliz. Tomó un pastelillo de *baklawa*, agarró decidido la mano de su amigo y lo puso sobre ella de manera automática como solía hacer siempre.

Muhámmad apretó el trozo de *baklawa*: era fino y crujiente. Oyó cómo se quebraba en sus dedos y luego se deshacía en su boca. Era mucho más consistente que la *harisa* y al tacto se parecía a un antiguo papiro cuando se arruga con fuerza y salta en pedazos.

Baklawa.

En cambio la *kunafa* no era de los pasteles preferidos de Muhámmad. Qué sentido tenía esa amalgama de fideos pegados unos con otros como con miedo y con firme y obligada voluntad de permanecer por siempre juntos... Era además bien consistente. Era el dulce favorito de Jáled.

Kunafa.

—Hagamos la oración del atardecer. Luego tengo que irme —anunció Jáled mirando su reloj.

—¡Siempre que tu madre hace estos pasteles me dan ganas de quedarme a vivir aquí!

Jáled se puso en pie. Su madre lo siguió con los ojos llenos de amor y lealtad. La abrazó de nuevo y luego salió en compañía de su amigo.

Entre desconcertada y triste la madre se sentó mientras miraba la llave de la casa de su hijo sin saber qué hacer con ella.

—Mamá —habló una animada Shaimá mientras tomaba asiento a su lado—. Su vientre no podrá engendrar. ¿No has dicho tú siempre que cuando la mujer no puede tener hijos el marido tiene derecho a casarse de nuevo? Ahí tiene la razón para hacerlo y seguro que lo hace.

—¿Qué palabras son éstas, niña? ¡Vergüenza debería darte! —exclamó la madre alarmada.

—Eso has dicho tú siempre. Yo te lo he oído. Buscará otra esposa.

La madre se quedó un rato en silencio. Finalmente añadió:

—Tu hermano no la va a dejar. Puede que no la deje nunca. Es una desgracia, una prueba que Dios me pone y que tendré que sobrellevar. No veré en vida un nieto suyo.

—¡Que no la va a dejar! ¿Cómo lo sabes? —la increpó Shaimá enfadada—. ¿Lees el futuro?

—Porque Jáled es mi hijo y lo he llevado en mi seno durante nueve meses. Lo conozco bien y sé cómo piensa.

—¿Cómo piensa?

—Has visto cómo trata a Muhámmad... Él está acostumbrado a ayudar y a cargar con toda la responsabilidad. Le gusta cuidar de los demás. Para mayor desgracia está enamorado de ella. Y cuando un hombre está enamorado como lo está ahora tu hermano... está acabado.

—¿Acabado por qué?

—Déjame sola y tranquila y atiende tus estudios. Y deja de hablar así con él. Si lo molestas otra vez, dejará de venir y acabará olvidándose definitivamente de mí.

Capítulo 9

Había ganado el primer asalto, pero sabía que era el inicio del combate, no el final. Ella era lo único que le importaba. Lo único. Ni las luchas ni los reproches ni todas las presiones a las que se veía sometido ni las que estaban por venir.

Le daba un masaje en la espalda mientras estaba tumbada boca abajo en la cama.

—¿Así mejor? ¿Cómo te sientes? ¿Te sigue doliendo la espalda? —le preguntó en voz baja.

—Este dolor casi acaba conmigo.

De nuevo comenzó a darle masajes.

—Si tú lo dices, debe ser, en efecto, un dolor insoportable —comentó con su habitual sorna.

—¿Qué has hecho con tu madre?

—Mi madre está bien.

—No te he preguntado por su salud, Jáled.

—¿Sobre qué me has preguntado entonces?

—¿Cómo la has contentado? Si es que lo has conseguido.

—Y qué te importa ahora eso si en cualquier caso me vas a dejar. ¿O es que has cambiado de opinión?

En ese momento sus masajes se volvieron mucho más delicados. Pero ella dijo nerviosa:

—No aprietes tanto.

—Pero ¡si no aprieto!

—¡Sí que aprietas con todas tus fuerzas! Quiero saber lo que ha pasado.

—Te quiere. Mi madre te quiere y te respeta —dijo mientras presionaba fuerte esta vez—. Está muy contenta con nuestro matrimonio.

—A rabiar —rio ella.

—Está muy contenta. Quería que me casara con alguien que me ayudara y se ha cumplido su deseo —le susurró al oído.

Ella abrió la boca pero él la interrumpió susurrándole de nuevo al oído:

—Quiero hacer el amor contigo una vez más. Te echo de menos. ¡No sabes cuánto!

Se dio la vuelta y lo miró. Después clavó su mirada en el suelo mientras pensaba en lo que acababa de decir. Sintió una extraña vergüenza de sí misma, de su debilidad y de todo lo que había perdido. Parecía que fuera ella la responsable de esa grave pérdida. La enfermedad era algo humillante y mortificador y odiaba ambas sensaciones.

Sin prolegómeno alguno, su debilidad, su femineidad y la constatación de haber sido vencida por sus sentimientos se abatieron sobre ella, tal y como le había advertido su hermana. El miedo a la soledad, a la muerte, a necesitar y no encontrar una mano en la que apoyarse cada día la empujaba a un pozo sin fondo.

Finalmente rompió a llorar desconsolada mientras se sentaba en la cama delante de él. Sus lágrimas estremecían el universo.

Él no se lo esperaba. Lo había sorprendido una vez más. Permaneció mudo e inmóvil. Haná lloraba más y más. Su llanto adoptó una forma que él nunca había visto: le produjo desconcierto y miedo.

—¿Por qué? —musitó perplejo.

Comenzó a secarse las lágrimas mientras el sonido de su llanto atravesaba las paredes.

—Estoy bien. No es nada. Es solo el hospital... Me doy a mí misma un poco de pena.

Su debilidad —unas veces artificial, otras real— conseguía siempre conmoverlo. El que a veces fuera tan fuerte y de repente, como ahora, se mostrase tan frágil le producía miedo, lo sacudía, lo dejaba paralizado.

Comenzó a ponerse en su lugar y a sentir su derrota, su vergüenza, su falta de confianza en su feminidad y su incapacidad. Especialmente su incapacidad.

Ese sentimiento era el motor fundamental de su relación y lo que ahora básicamente los unía.

La miró sin moverse. No la consoló. Recordó su soledad, su sangre y que acababa de perder algo único.

Pasados unos instantes Jáled tomó su rostro entre las manos y lo besó palmo a palmo.

—Ya vale, Haná. Basta de llorar, amor mío —susurró entre beso y beso.

Asintió con la cabeza pero no cesó de sollozar.

Hizo el amor con ella. Lo que los unía era algo más grande que unos momentos de éxtasis: sentimientos de pasión, de miedo, de total compenetración, de desafío a todo. Rodeada por Jáled la vida latía en su interior y su mente se esparcía como gotas de agua. De nuevo se puso a llorar. Jáled nunca olvidaría aquel momento.

Después de hacer el amor Haná deslizaba los dedos por el pecho de Jáled y, como si tuviese una pluma en la mano, escribía algo. Sus dedos conocían el camino hasta su pecho y su corazón. Las lágrimas seguían en sus ojos.

—Eres la mujer más dulce que he visto, Haná. La única a la que quiero ahora y siempre, ¿lo entiendes?

Entre lágrimas lo miró. Sus dedos temblaron por un instante. Parecía que la pluma se hubiera vuelto torpe entre sus manos y no supiera qué escribir. Finalmente posó la palma de su mano sobre el corazón de Jáled y exclamó, intentando retomar el control de esa pluma torpe y desconcertada:

—¡Has dicho Haná! ¡Otra vez! ¿Qué te tengo dicho? ¡Nada de familiaridades entre nosotros!

—No puedo concentrarme cuando estoy contigo en la misma habitación y en la misma cama —sonrió—. Perdóname por esta vez.

Se hizo el silencio. Su mano latía al ritmo del corazón de Jáled.

—¿Qué esperas? —dijo ella.

—No hablemos sobre expectativas. Háblame de otra cosa.

—Mi hermano y mi hermana no han preguntado por mí.

—¿Cómo van a preguntar por ti si no saben nada? —apostilló con calma.

—No han preguntado por mí en meses.

—Haná —dijo acercándola más a su pecho—. Perdón, quiero decir profesora Haná. La presencia de la gata me hace sentirme amenazado. ¿Está segura de que quiere una gata?

—Nunca hablas en serio —dijo con una sonrisa.

—Hablo muy en serio —replicó en tono grave—. Éste es el mejor momento para pedirle que se libere de la gata. ¿O es que sus servicios son mejores que los míos?

—Jáled —susurró mimándolo un poco mientras le besaba la mano.

—¿Va a decir «te quiero más que a la gata, Jáled»? —repuso serio.

—Deja de preocuparte por la gata.

—Y no va a decir «te quiero».

—No lo diré nunca.

—Lo sabía. Ésta es la profesora Haná que conozco. Ya puedo estar tranquilo.

Jáled notaba que en el alma de Haná había cicatrices que tenían que ver con lo más hondo de su condición de mujer y a las que no podía acceder. Hiciera lo que hiciera por curarla, todo resultaba en vano. La amaba cada día con pasión, con miedo, derrotado y con una sensación de culpa que solía desaparecer enseguida.

Sería su amante o su directora, pero no podía ser las dos cosas a la vez. No se atrevía a dejar que ella eligiera, pues temía que, si le daba la oportunidad, escogiera lo segundo. No podía dejarla. Tenía bien claro desde niño que escribir la historia de Egipto era del todo imposible, al menos con su pluma, pero que, en cambio, tenía el deber de escribir su historia personal. Él movía siempre los hilos de su destino y escribía en claro desafío su propia historia. Puede que su relación con el gobierno fuera la de mandatario y súbdito pero sus relaciones con los demás eran de poder y autoridad.

Le dolía la continua preocupación de Haná por su cargo durante su convalecencia. De vez en cuando preguntaba: «¿Qué están maquinando contra mí? ¿Por qué el decano no habla conmigo? Tengo que volver al trabajo». A lo que él siempre respondía: «Preocúpate solo de ti y de tu salud».

Por la razón que fuese, Haná no acudía al trabajo. Concentraba todas sus energías en Jáled, en hablar sin descanso con él, en esperarlo y abrazarlo. Él disfrutaba con este cambio repentino y deseaba que durara siempre.

Y, sin embargo, su lucha interior no había desaparecido: la quería a ella y, a la vez, quería despojarla de su trono.

Tenía que trazar sus planes con calma, sopesar pros y contras.

Cuando el sábado por la mañana salió, sabía que vería al profesor Sami en el vestíbulo de la universidad y que estaría harto de esperar. Si no actuaba con rapidez,

echarían a la profesora Haná de la dirección del departamento en medio del escándalo y de graves acusaciones.

Se detuvo a esperar al decano. Estaba resuelto a actuar.

El decano lo miró por encima de las gafas.

—¿Cómo estás, Jáled?

—Bien —contestó con una voz muy calmada y algo mortecina.

—Has venido a hablar conmigo de un asunto importante.

—De la profesora Haná.

—Todos me hablan de la profesora Haná. ¿Tú también quieres a la profesora Maysa de directora del departamento? —dijo en tono irónico.

—Sí —contestó seguro de sí mismo.

—Pensaré en ello.

—Es mi esposa.

Lo miró unos segundos. Parecía no haberlo oído.

—Eso decían las habladurías que he escuchado. No daba crédito. Ella es una persona muy cuidadosa. No haría una cosa así... ¿Por qué has venido a contármelo?

—Porque sé que existen falsas acusaciones contra ella, acusaciones injustas y que le van a hacer mucho daño.

—Y has decidido tomar cartas en el asunto. Prefieres destruirla tú antes que la destruyan los demás —ironizó.

—Ser mi esposa no dañará su reputación, pero ser una ladrona y una corrupta sí.

—Pura lógica masculina —apostilló sonriendo con calma—. ¿Qué estoy diciendo? Un hombre que quiere a una mujer para él solito y le corta las alas para que se olvide de volar. ¿Estás enamorado de ella? Por supuesto que sí. ¿Y qué más? Ha puesto en peligro tu pan de cada día.

Se sintió incómodo escuchando al decano dejarlo al desnudo de esa manera.

Como si acabara de presenciar una comedia, el decano concluyó su reflexión en voz alta:

—Esta mujer es un ser realmente extraño. Respetaba todas las leyes y era leal a la universidad. ¿Y luego qué? Va y se casa en secreto con un alumno suyo, al que le supervisa y dirige la tesis. ¿Dónde está su conciencia académica?

Jáled abrió la boca para defenderla pero el decano prosiguió impidiéndoselo:

—Por supuesto que lo sé. Haná nunca ha sido fácil de tratar ni de comprender. Qué peligrosa es la mujer a la que uno no consigue comprender.

Se calló por unos instantes. Finalmente añadió:

—Petición concedida, Jáled. Naturalmente tendrás en tu poder un acta de matrimonio, aunque no la necesito. Gracias, Jáled.

Abandonó el despacho entre alucinado y medio asfixiado.

No regresó a casa. ¿Qué ocurriría si el decano la llamaba ahora? ¿Y si ella lo necesitaba? ¿Y si estaba llorando? No pensaría en eso. Ella era fuerte, lo soportaría; lo quería y no lo abandonaría.

Haná lo había perdido todo. ¿Y qué había hecho él para ayudarla? Por unos segundos sintió desprecio de sí mismo. Suspiró agobiado. No la había ayudado en absoluto.

Escondió la cabeza entre las manos y se sentó en la sala de los ayudantes a aspirar el aroma a tiza, libros antiguos y naftalina. No regresó a casa.

¿Qué había hecho? ¿Cómo reaccionaría Haná? No, no se iba a arrepentir. La quería y ella lo sabía.

Sí. Ella lo perdonaría. Y él la amaría con pasión tal y como era su deseo y su voluntad. Y la compensaría, la cubriría, la arroparía... ¡y la asfixiaría y, claro, le daría muerte!

Una lágrima se ahogó en su garganta.

Permaneció en su sitio inmóvil durante horas, con todos sus sentidos agarrotados.

Se acordó del ratoncillo del patio de luces del hospital en medio de la basura, la podredumbre, la oscuridad y el viejo muro. No sabía hasta cuándo viviría el ratón. ¡Cuánta compasión le inspiraba su determinación en seguir resistiendo! Saltaba, se escondía, daba media vuelta, se volvía a esconder. Aparecía de pronto y de súbito salía corriendo. Rebosaba vida. Era de tamaño minúsculo, con miembros diminutos pero flexibles. Tenía un color apagado, el cuerpo sucio y una delgada cola con la que palpaba todo con despreocupación y osadía.

¿Y si salía huyendo? Pero ¿adónde ir?

¿Podría vivir siempre entre la basura, los restos del pasado, los despojos de la pobreza?

¿Tenía el ratón escapatoria?

Estaba seguro en aquel patio. Fuera le esperaba el hambre, el extravío y una muerte segura. La oscuridad le daba seguridad. La historia, calor. El moho le relajaba. La basura le proporcionaba estabilidad. Y el viejo muro, una sensación de confianza en el mañana: en que el mañana vendría inevitablemente y el muro seguiría ahí. Tenía la certeza de que la vida se va gastando sin remedio y que él está inevitablemente condenado a ser un perdedor.

Permaneció inmóvil en su sitio, como si le hubieran anestesiado los sentidos.

Oyó los pasos de su amigo. Lo necesitaba.

—Pobre profesora Haná —dijo Muhámmad mientras se sentaba a su lado.

No dijo nada.

—Este país no valora la ciencia.

Siguió en silencio.

—¿Qué te pasa, Jáled?

—No sé qué he hecho —contestó con voz ronca—. Creo que la he hecho añicos y no sé si podré arreglar lo que he roto.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó un perplejo Muhámmad.

—Tú sabes por qué.

—Porque la querías para ti solo.

—En efecto. Y no he tenido el valor de darle la oportunidad de escoger.

—Jamás dejas elegir a nadie.

—¿Crees que volverá conmigo?

—¿Que si volverá contigo? —repitió con sarcasmo—. No, por supuesto que no. Pero aún tienes a Safá.

—¿A qué viene eso?

—¿Qué quieres que diga?

—Di tan solo que volverá conmigo.

—Volverá contigo.

—¡Dime la verdad! ¿Crees que volverá conmigo?

—¿Por qué no regresas a casa y lo compruebas?

—Sí. Tengo que volver a casa —dijo sin pensárselo mientras se ponía en pie.

Pero no regresó a casa. En la noche cerrada se dirigió en su coche hacia las pirámides. Sabía que no podría acercarse mucho a ellas.

No, no podría acercarse mucho.

Los pobres, la miseria, las chabolas y las calles polvorientas a ambos lados del camino apenas llamaron su atención; en especial los pobres, pues él era uno de ellos, los conocía bien: había sido amigo de la pobreza y de la privación toda su vida. Se sentía a gusto entre ellos y, aunque ahora su situación había mejorado de un modo notable, no dejaba de ser uno de ellos. Había tenido suerte, nada más. Lo que atrajo su atención en medio de todo aquello fue el enorme anuncio colocado en la fachada de un edificio horrendo; un genio gigantesco y frágil que decía: «Si tienes un sueño, nosotros lo hacemos realidad».

Sonrió compadeciéndose del genio, del anuncio y de la compañía que había pensado que aquel lugar lleno de pobreza y miseria era el más apropiado para hacer negocios y fortuna.

¿Qué vendía la compañía? Ni idea. ¿Qué sueños haría realidad? Tampoco se sabía.

Vio la Gran Pirámide a lo lejos.

Le bastaba con eso: las pirámides siempre le inspiraban confianza y serenidad.

Ay de este tiempo en el que vivimos y lo que hace con los hombres.

¿Se había equivocado por querer tomar el mando, por haberse hecho con la pluma y escribir? ¿Tenía que haber seguido siendo un mero espectador? ¿Quiénes eran en Egipto los que tomaban la pluma y escribían? Los que mandaban en todo. Como el resto de la población, se había acostumbrado a resignarse a que los granos de arena sucia se le metieran en los ojos a su antojo. No intervenía en lo que no le afectaba ni intentaba cambiar nada. Igual que los demás se había rendido a los poderosos, dejando que el viento se lo llevara y lo quitara del medio igual que en la canción de Abdelhalim:

Al capricho del viento, dejando que él me lleve,
con él voy caminando sin nada que me frene.

Los firmes propósitos, la resignación, la paciencia y la pasión; todo eso junto formaba parte de su ser egipcio.

Era incapaz de limpiar el polvo de sus ojos, de su entorno, de su calle, de la universidad, ni siquiera de su país. En ese momento de desesperación no era más que un hombre que deseaba a una mujer y que quería que escribieran juntos su historia. ¿Era justo que otros quisieran escribirla por él?

Otros seguían moldeando su vida. Su forma de ser era diseñada por otros, obstaculizada por otros, criticada por otros. Su vida continuaba estando prisionera en una urna de cristal que le impedía tocarla. Únicamente quería tener el control sobre esta pluma: sobre su felicidad personal.

Ya no era más que un egipcio al que exigían sus derechos desde el púlpito, el estrado o el trono. Nadie lo escuchaba ni lo conocía. Un egipcio cuyos errores dictaban los demás y él estaba obligado a asumir sin poder ni siquiera rechistar.

Se había acostumbrado desde siempre a la capitulación, a la derrota, a la desesperanza, al sarcasmo.

Pero Jáled era diferente. Quería al menos hacer realidad sus sueños personales aunque no pudiese hacer realidad sus sueños nacionales.

Quería a una única mujer. Era paciente y arrogante: estaba hecho de la pasta de los antiguos egipcios que construyeron las pirámides para gloria de otros y que arrastraron durante años piedras muy pesadas en busca del pan de cada día y de una vida sin complicaciones.

Era poco lo que deseaba y no se arrepentía. ¿Por qué había de arrepentirse?

Ahora había que regresar a casa. Sí. Tenía que volver a casa.

Capítulo 10

Tragó saliva. La pena le cegaba los ojos y tapiaba sus oídos. Tenía los ojos rojos. Los cerró unos segundos. Había pasado una vida en lugar de media hora hasta llegar a casa. Puede que aún no lo supiera. Quizá el decano no la haya llamado hoy, pensó. ¿Por qué toda esta angustia?

Andaba con paso cansado y el corazón encogido, pero no se arrepentía. En absoluto. Abrió la puerta con su llave y entró.

Estaba sentada en un sillón del salón. Lo miró. Sus ojos se encontraron. Él cerró los suyos unos instantes: había visto la tristeza oculta en los de ella. Rompería a llorar. O quizá explotaría. Lo sabría en unos segundos. Abrió los ojos y se acercó al sillón. Ella no se movía.

Se sentó en el suelo y, tomando su mano entre las suyas, musitó:

—Haná...

Tras un silencio continuó:

—Todo eran conspiraciones, querían acusarte en falso. Si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho el profesor Sami. ¿Lo entiendes?

No pronunció palabra.

—No me arrepiento. Ni por un instante —dijo en voz baja a la desesperada, mientras besaba su mano—. Querían deshacerse de ti montando un escándalo. El mismo decano quería librarse de ti por el asunto de la beca.

—Sigo siendo la directora del departamento hasta el próximo martes en que presentaré mi dimisión —dijo con voz ronca y forzada indiferencia mientras le daba la espalda.

Él asintió con la cabeza sin decir nada.

—Pero ¡Salma no obtendrá la beca! —sentenció Haná en el mismo tono.

La miró estupefacto sin alcanzar a comprender de dónde sacaba esa energía.

—Me ha hecho escoger entre sacar a la luz el asunto de mi matrimonio con un alumno y abrirme un expediente o la dimisión —se apresuró a decir al tiempo que se soltaba de su mano—. El asunto de mi matrimonio saldrá a la luz y, por supuesto, tendré que dimitir, pero Salma no conseguirá la beca. Ni tampoco Muhámmad: es Ibrahim quien la merece.

—Sí, la merece. Es un buen estudiante además de responsable —comentó más animado.

Lo miró y le dedicó una árida sonrisa.

—Has sido mi punto débil —dijo tranquilamente con voz sibilina—. Todos tenemos un talón de Aquiles. Mi hermana siempre me repetía que las mujeres somos esclavas de nuestra naturaleza. Ésa es nuestra debilidad. Y tú eres la mía.

Él no dijo nada. Se puso de pie junto al sillón evitando su mirada y siguió en silencio.

—Pero tú te has visto forzado, te has sacrificado por mí. Y has echado por tierra

todo lo que he construido a lo largo de mi vida.

—Todo no —repuso él con firmeza.

—Todo excepto tú. ¿Es eso lo que crees? ¿Que yo he construido esta relación, que me importa, que la quiero? —gritó de pronto.

—Antes de nada, cálmate, Haná.

—¡Estoy muy tranquila!

Se retrepó en el sillón y cruzó las piernas.

—Eres el hombre más rastrero y despreciable que he visto —dijo con calma—. Provienes de un ambiente mezquino en el que las mujeres son criadas de los hombres. En tu mente no cabe que una mujer sea un ser humano. Eres un...

—Ya vale, mujer —la cortó en seco.

Haná sonrió triunfante.

—Para ti no soy más que una mujer —gritó mientras se levantaba—. Y tú para mí eres... eres...

Se detuvo. Parecía que le faltaba el aliento pero finalmente dijo a voz en grito:

—Un cobarde. Un bastardo. Un ser despreciable y rastrero.

Notó cómo se quedaba ronca y su cuerpo se estremecía. La ira la sacudía hasta los tuétanos.

Se desplomó en el sillón mientras su cuerpo temblaba.

Él la miró también rojo de ira. Agarró un vaso que había sobre la mesa y lo estrelló con fuerza contra la pared. En ese momento estaba dispuesto a sacrificar todos los vasos de Egipto con tal de no abofetearla.

Por unos segundos consiguió sorprenderla. Un leve escalofrío le recorrió el cuerpo pero de nuevo acabó dominando sus nervios.

Jáled se inclinó sobre el sillón en el que estaba sentada y apoyó las manos en sus brazos como si quisiera hacerla caer en una nueva trampa. Se acercó a ella y con la parsimonia de una bomba con temporizador le dijo:

—No vuelvas a hablarme así nunca más.

Ella lo miró. No le tenía miedo. Clavó sus ojos en los de él y se quedó quieta, sin parpadear. Ambos permanecieron como una serpiente acorralada que presiente el peligro. Cuando se aproximó se vio reflejada en sus pupilas. Se vio a sí misma hecha trizas bajo sus pies. Jáled la destruía, la hacía pedazos, la hundía y la convertía en papel mojado: ése cuyas letras se vuelven ininteligibles y pierden todo valor.

Se acercaba el momento y ella lo sabía.

Era hombre, y oriental; alguien vulgar, de clase baja, que ahora sacaba a relucir su autoridad sobre ella y le hablaba con superioridad. Ella era insignificante y estaba en sus manos para que se divertiera a su capricho.

Su mirada se transformó en disgusto, luego dejó de mirarlo a los ojos y dijo indiferente:

—Venga, Jáled. Pégame. ¿A qué esperas? Soy una mujer estúpida y débil que necesita un castigo y tú un hombre que soporta la responsabilidad y ha sido atacado

por la espalda.

Con una fría voz de ultratumba, furioso, sin dejar de mirarla e inclinándose sobre el sillón, dijo:

—Muchas veces me he imaginado pegándote y puede que lo haga algún día. No sé. Aunque sé que el día en que lo haga destruiré algo de lo que quizá me arrepienta. Y justo ahora la idea me tienta. Sí, solo eres una mujer y necesitas un castigo. Un buen castigo.

Deseaba ardientemente derrotarlo.

—Eso es lo me ha hecho odiar a los hombres y el matrimonio —sonrió burlona—. Que llegara el día en que un hombre se inclinase sobre mí y me dictara sus condiciones como un gobernante déspota, ¡y pobre de mí si me opongo!

Él soltó los brazos del sillón y le dio la espalda.

—Estás enfermo. Tú y todos los que son como tú —continuó—. La debilidad anida en tu corazón. Si querías golpearme, hazlo ahora. Lo destruiste todo al traicionarme.

Luego con más calma y como deseando dejar grabadas sus palabras en el rostro de Jáled, concluyó:

—Lo nuestro ha terminado.

—Está bien —respondió él levantando los hombros indiferente.

Fue al dormitorio, abrió la puerta con violencia y luego la cerró de un portazo.

Comenzó a recoger sus cosas y a meterlas en una maleta lleno de ira.

Poseída por una furia desconocida se dirigió a la habitación y abrió la puerta.

—No cierres la puerta así. Si la rompes, la pagas —gritó de nuevo.

Él la miró y con parsimonia dijo:

—¿Cuánto vale la puerta?

Si en aquel instante hubiera podido matarlo, lo habría hecho.

—Tu vida no bastaría —siseó.

—Entonces la romperé ahora para que me mates. ¿No es eso lo que quieres? —comentó mientras comenzaba a cerrar la maleta.

Tragó saliva, y como si se le hubiera ido la cabeza, le dijo intentando controlarse:

—No obtendrás el doctorado mientras me quede un soplo de vida. Sobre mi cadáver.

Él puso rumbo hacia la puerta sin responder.

—Cobarde. Me has atacado por la espalda —gritó mientras lo seguía—. Me querías dejar, ¿no es así? Sabías que yo te iba a dejar. O pensabas que iba a permanecer a tu lado porque lo he perdido todo. Creías que yo sería la criada que cada día te miraría embobada y sumisa como hacen tu madre y tu hermana y todas las mujeres de tu entorno.

Abrió la puerta del apartamento mientras ella gritaba:

—Cuánto te odio en este momento. Y mucho ojo con pegar un portazo. Te mataré si lo haces.

Él cerró de un portazo.

Ella se encaminó a la puerta furiosa y la golpeó con una rabia desconocida. Luego susurró medio histérica:

—Tengo que calmarme, esto no servirá de nada. Se ha ido.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Se lo tenía bien merecido por haber introducido en su vida en un momento de debilidad a ese hombre.

Sus recuerdos comenzaron a transportarla al pasado, a cuando era una joven veinteañera en la flor de la vida, al amor sereno que profesó a un joven sin saber nada de él, sin preguntar quién era... Rami.

Si hubiera sido musulmán, si hubiera pertenecido a la misma religión, ¿se habría casado con ella?

Él siempre repetía: «Todo barco tiene un único capitán. El hombre es el capitán y la mujer, su segundo de abordaje».

No le gustaban estas palabras pero le encantaban su carácter tranquilo y su timidez. Jamás sintió deseos de hacerlo pedazos.

Él no la puso contra la pared ni disfrutó esparciéndola por el aire en pedacitos. Eran sentimientos sin estridencias.

¿Tenía entonces que aceptar su derrota en silencio?

Mañana.

Miró la valiosa alfombra persa del salón donde estaba sentada. Se fijó en sus dibujos y colores.

Era como si nadie hubiese entrado en su vida. Eso es: nadie había entrado en su vida.

Mañana empezaría de nuevo.

Puso sus ojos de pronto en los pastelillos que había dejado sobre la mesa. Se levantó y los cogió furiosa. Fue a la cocina y los arrojó al cubo de la basura.

«¡Qué imbécil!».

Se limpió las manos de la miel. Pero la miel se resistía: sus manos seguían pegajosas.

Se las lavó impaciente y fue a su habitación. Por primera vez desde hacía años se tumbó vestida en la cama.

La cama, las sábanas, los muebles: todo olía a él.

Tenía que cambiar las sábanas... la casa entera. Sí. O podía marcharse fuera. Se iría al extranjero en misión docente. Ya estaba harta de Egipto y de sus caballerosos hombres.

¿Qué poseía en ese momento?

Una gata de nombre *Basbusa*.

Había que cambiarle el nombre de inmediato. O deshacerse de ella.

En un solo año había perdido demasiado: su útero, su corazón, su cargo, quizá su reputación. Demasiado.

Aparte de unas muñecas gráciles, algunas publicaciones y su apartamento, ¿de qué era dueña? Reclamaría las joyas de su madre. Eso es.

¿Y qué había ganado?

Nada. Bueno, había perdido la virginidad; y eso ya era algo.

Nada, excepto esa molesta sensación de sentirse mujer que él había despertado en su interior. ¿Había merecido la pena tanto sacrificio, tanta humillación, tanta ignominia?

¿Qué más iba a perder? Ya no le quedaba mucho más.

Se sentía asfixiada. Tenía que salir corriendo.

En medio del frío de la noche caminó hasta la orilla del Nilo.

Se sentó ante el río. Parecía helado, sereno, profundo. No le gustaba nada su frialdad ni su profundidad. Cerró los ojos. Luego miró su reloj. Las dos de la madrugada. Tenía que regresar a casa. ¿Y si no regresaba? ¿Qué esperaría la gente de ella? ¿Qué pensarían los hombres si la encontraban allí sola, sentada en un banco en la orilla? Necesitaba a un hombre que llevase sus riendas y le diese órdenes porque es una mujer oriental. Y una buena ración de miel para quedarse pegada a su sitio para siempre.

Sí. Necesitaba una buena ración de dulce miel para quedarse pegada a su sitio por siempre.

Una sensación de derrota se apoderó de ella. Su relación con Jáled había terminado. Esta vez, de manera definitiva. En efecto, se acabó. Observaba el río, las luces de los barcos, a los que caminaban por el muelle. Se fijó en un niño de la calle que no sobrepasaba los diez años pero que por sus rasgos daba la impresión de que tenía cuarenta. Llevaba unos andrajos sucios y un pantalón hecho jirones que dejaba entrever una enorme herida infectada en su rodilla derecha. Mendigaba a los transeúntes con semblante mortecino. Haná no sabía si pasaría la noche allí o si lo haría en un lugar infame junto a alguien que luego le daría diez libras para gastarlas en tabaco. El niño de la calle le daba miedo. Sus ansias de dinero rápido y de gastarlo a la misma velocidad la aterrorizaban.

Mientras Haná miraba a los transeúntes con repugnancia, un extraño escalofrío le recorría las venas. Vio a una pequeña familia. El padre caminaba arrastrando los pies y quejándose. La madre llevaba *hiyab* y una *abaya* gris y las dos hijas *hiyab*, vaqueros y carmín en los labios. Pasaron delante de ella como un fantasma. Luego pasó una señora con su marido y su hijo. Era gruesa y bajita e iba sin *hiyab*. Llevaba colgado un crucifijo de tamaño respetable. Los tres parecían tener la misma cara de hastío y descontento.

¿Todos los que estaban a su alrededor eran, pues, unos desgraciados? ¿Era ésa la condición humana?

Escuchaba voces por aquí y por allá. A veces risas.

De nuevo la asaltó el recuerdo de Rami. Era tímido y vergonzoso, y a ella le

encantaba. Tenía miedo de su madre y pasión por los pastelillos árabes.

Luego vino a su mente Jáled... Jáled... Ojalá se muriera. Ojalá se cayera al río ante sus ojos y le pidiera ayuda y, entre risas, ella pudiera dejar que se ahogara.

Veía a Jáled tan delgado y esbelto, con esa prominente nuez que no podía quitarse de la cabeza: igual que la miel de sus dedos. Era religioso y cumplía con todas las oraciones. Pero no sabía hasta qué punto era alguien pacífico o no. No lo conocía ni lo comprendía.

Él la aguantaba, la hundía, la desmenuzaba, la amaba con pasión. Pero ella ya no lo soportaba.

Jáled tenía también pasión por los pastelillos árabes y miedo de su madre.

¿Hacia dónde caminas, Egipto? ¿Huyes de mí?

¿Qué nos une? ¿Dónde están Rami y Jáled?

Tan solo nos une la pasión por los pastelillos y el miedo a las madres.

Pero ella no le tenía miedo a su madre y odiaba los pastelillos.

Comprobaba cómo los hilos de su vida se deshilachaban y se veía empujada al seno de una nueva sociedad que no reconocía.

¿Y qué más los unía?

La falta de confianza en el sistema, la desesperanza, el sarcasmo, la búsqueda de sí mismo.

¿Y ella? ¿Quién era? ¿Qué la unía a Jáled?

No, en ese momento no pensaría en eso.

¿Hacia dónde caminas, Egipto? ¿Hacia dónde huirás esta vez de mí? ¿Te encontraré de nuevo? ¿Tú eres el país de quién? ¿De Jáled o de la profesora Haná?

¿De Rami o de la *hachcha* Layla?

Todo era confusión y desesperación.

Oyó la melodía del móvil sonando en su bolso. No quería hablar con nadie, especialmente con él.

Con la mente aturdida, sacó el teléfono. Sabía quién estaba al otro lado.

—¿Qué quieres? —dijo enérgica.

—¿Dónde estás?

—¿Para qué quieres saberlo? —contestó medio histérica—. Déjame en paz. No me vas a controlar, Jáled. Créeme, no podrás. ¿No te has preguntado alguna vez por qué no me he casado en todos estos años? No me interrogues, no intentes gobernarme como si fueras mi padre. Eres mucho más joven que yo. Divórciate de mí de manera amistosa.

—¿Cuántas veces te he pedido el divorcio y tú no has querido? Esta vez me divorciaré, profesora. Pero ¿dónde estás? ¿Por qué no estás en casa?

—No necesito que nadie se preocupe por mí —gritó de nuevo—. He vivido veinte años sin que nadie lo haga.

—Haná... ¿Dónde estás? Solo dímelo para que pueda ir a donde estés e iniciemos los trámites del divorcio. ¿No es eso lo que quieres?

Como una autómatas se lo dijo.

Cerró el teléfono. Estaba segura de que vendría. Porque ella era una mujer de Oriente y necesitaba la protección de un hombre. Vendría, sin duda alguna. ¿Para qué? ¿Para divorciarse?

¿O porque estaba enamorado de ella y la quería?

La amaba. Sería cretino. La destruía y luego venía con reclamaciones.

Aunque él no reclamaba nada.

Pero ella sabía que reclamaría algo. O quizá no. Igual se divorciaba de manera amistosa como había dicho.

Oyó el silbido de un tren a lo lejos. El olor del humo proveniente de todos y de ningún sitio se mezclaba con el aroma de la noche gélida.

Ese volcán que había arrasado la pluma y la hoja, la historia y la gloria. El volcán de sentimientos que él había derramado sin piedad y sin pensar sobre su rostro, su cuerpo y su corazón.

¿Qué más iba a perder?

La próxima vez el pañuelo de Jáled no le secaría las lágrimas. Y seguro que habría una próxima vez. Más de una. Se encontraría sola en el hospital mientras que él disfrutaría de su esposa y de sus hijos después de haber destruido sus sueños y haber echado por tierra su vida.

¿Qué más iba a perder?

Lo libraría de la agobiante carga que soportaba sobre sus hombros, de este amor imposible lleno siempre de miedo y tensión.

Escucharía tristes melodías, leería los clásicos de la literatura universal, publicaría sus investigaciones, y puede que alguien, en algún lugar del planeta, las leyera sin saber quién era ella, sin saber tan siquiera si tras el nombre de Haná se escondía un hombre o una mujer.

Se entregaría en cuerpo y alma al saber. Quizá intentaría de nuevo obtener la dirección del departamento. Lo merecía. El decano algún día se marcharía y Sami acabaría muriéndose. Si algo la caracterizaba era la paciencia.

Eso es. A partir de ahora pensaría y razonaría con detenimiento.

¿Qué más iba a perder?

Cuando el tiempo le arrebató su útero, como si fuera un trozo de carne podrida que una mujer había olvidado en la nevera antes de partir hacia un mundo nuevo, allí estaba Jáled.

Cerró los ojos. Su impotencia salía a la superficie. Jáled. En segundos la lógica se esfumaba y permanecía el odio, la ira, la desesperación, la debilidad.

Era tierno. Un ángel. A veces la entendía incluso antes de que hablara. Otras muchas, notaba cuando ella sentía miedo o angustia y se convertía en su consuelo.

Pero no era un ángel. Viviría en paz, la olvidaría y se casaría.

¿Para qué iba a luchar? Lo que había perdido era difícil de recuperar.

Había entregado su lealtad a su país como una esclava obediente y no había cosechado sino derrotas.

¿Seguirían todos con su rutina como si nada hubiera ocurrido? ¿Se quedaría mirando en silencio mientras el resto de su vida se esfumaba o aguardaría el día en que su sangre fluyera de nuevo? ¿Se vengaría de todos?

¿Qué más iba a perder?

Había sufrido una derrota que la había hecho añicos, pero no había perdido la fuerza ni su conciencia.

No.

Un día le había dicho a Rami: «¿Me atrevo a soñar?». Él contestó: «No».

Probablemente tenía razón.

¿Quién se atrevía a soñar en un país que había descubierto el arte de embalsamar y se sentía bien orgulloso de ello?

Sí. ¿Quién?

Jáled. Él se atrevía a soñar, a amar con pasión, a pelear, a desafiar, a traicionar, a vencer y a aceptar la derrota, a usar todo tipo de armas y de corazas.

Se atrevía a todo y más.

¿Era eso lo que la atraía de él? Esa timidez, ese silencio, ese desafío, esa ambigüedad, esa forzada resignación, esa paciencia. Su enorme paciencia.

¿Lo iba a dejar vivir en paz después de todo lo que había hecho con ella?

Dormiría sin problemas por la noche, se casaría, se iría al extranjero en misión docente, tendría hijos, se haría cargo de ellos. Su esposa, sumisa, lo obedecería, lo apoyaría y se entregaría por completo. Lo ayudaría a quitarse la chaqueta, la sacudiría con respeto y consideración, como si se tratase de la copa del mundo, y luego la besaría con devoción mientras la colgaba en el armario.

Imposible. Eso no iba a suceder. Ésta sería su última derrota.

Lo presentía. Le ocurría siempre incluso antes de verlo.

Notaba su respiración, su mano en el respaldo del banco. Un cosquilleo nervioso recorrió su cuerpo. No sabía si era de amor o de odio, o de ambos a la vez, pero no quería saberlo.

—Haná —susurró de pronto con delicadeza.

—Profesora Haná —gritó ella con firmeza.

—No —repuso enérgico—. Haná a secas. Haná la mujer.

—La mujer a la que despojaste de su autoridad —sonrió con frialdad.

—No me arrepiento —dijo oteando el Nilo—. Ese final era mejor que cualquier otro. Has dejado tu cargo estando en la cima y no en el fango. ¿Acaso hubiera sido mejor que Sami te hubiera acusado en falso y que hubieras dejado la universidad abatida? Eres una profesora brillante y trabajadora, y eso es más importante que un cargo administrativo que tarde o temprano dejarías. ¿Lo entiendes?

—Lo hiciste porque no tienes confianza en ti mismo, porque...

—Lo hice porque tú te entrometías en todo, poniendo trabas a mi vida y a la de los demás —la interrumpió—. Porque te empeñabas en destruir un sistema que lleva funcionando miles de años, desde la época de Ramsés. Un sistema en el que todos estamos educados. Querías cambiarlo en un año. ¿Me entiendes ahora? Querías que floreciera la justicia y la igualdad, y eso es imposible. Intenté explicarte una y otra vez que, en lugar de cambiar el sistema, era preferible que echaras una mano a quien necesitaba tu ayuda. Somos un país al que le encanta la corrupción, presumir, los chanchullos, beneficiar a familiares y a amigos, y tú no lo quieres entender. Y al final te has hecho daño a ti misma y a los desgraciados que te rodean.

—Cuánta sabiduría —apostilló con desazón—. Dame otra razón más convincente. ¿Por qué no dices, por ejemplo, que no te encontrabas cómodo conmigo como directora?

—Claro que no me encontraba cómodo teniéndote de directora —contestó sin pensárselo.

Sonrió cínica y triunfante pero no dijo nada.

—Haná. No quiero dejarte nunca —musitó mientras la rodeaba por los hombros y pasaba los dedos por su brazo con ternura.

—¿Por qué? —replicó con amargura—. ¿Por qué no me dejas? Jáled, ve y cástate con una de tu mismo país, de ese Egipto que tan bien conoces.

—A veces no podemos controlar nuestros sentimientos —dijo en voz baja mientras contemplaba de nuevo el Nilo—. Somos humanos y Egipto es enorme. Cabemos todos.

—Es tu país. Yo no lo entiendo.

No dijo nada. Retiró el brazo de sus hombros y se quedó en silencio mirando a su alrededor, como esperando de ella una sola palabra, una capitulación. No estaba seguro de si le iba a conceder lo que quería.

¿Era, pues, la guerra? No quería más guerras. Quería a la profesora Haná, libre o prisionera, pero la quería. No importaba si llegaba obediente u odiosa. La quería. Cargada de grilletes o armada con coraza. Y en aquel momento no sabía si estaba encadenada o con su armadura, o ambas cosas a la vez.

—No tienes por qué entenderlo todo —dijo un tanto nervioso—. Mientras no estés en un cargo oficial no tienes que entender cada cosa que no comprendas.

—No me acostumbro a no comprender lo que me rodea.

—Pero es que no lo has entendido en cuarenta años. ¿Por qué te empeñas en comprenderlo hoy? Volvamos a casa —continuó agotado y desesperado—. Quiero estrecharte entre mis brazos y no puedo hacerlo aquí. Quiero comer contigo *baklawa*.

—Los he tirado a la basura —contestó espontánea.

—Ya lo imaginaba. Por eso he comprado más. Están en el coche.

Se fijó en su rostro de grandes facciones, en la nuez en medio de su cuello, en su camisa bien abotonada, en sus ojos llenos de amor, cabezonería y desafío.

Suspiró. ¿Qué más iba a perder?

—Estabas seguro de que iba a volver contigo —dijo con ironía.

—Sí —respondió serio.

—¿Seguro?

—Naturalmente.

—¿De que volveré contigo, comeré *baklawa* y reconoceré mi derrota?

—Y de que pelearás, y me desafiarás, y me pondrás a prueba, y te vengarás de mí,

y...

Se calló para luego añadir:

—Ayúdame. En ocasiones necesito tu ayuda para poder hacer frente al mundo. O quizá necesite tus provocaciones para llevarte la contraria y empeñarme en conducir a buen puerto nuestra relación.

—Eres cabezota.

—Mucho.

Sabiendo que no podría dejarlo nunca, que él era su destino y sus días venideros, prometió en voz baja:

—Te lo he advertido, Jáled. Mientras yo esté viva no conseguirás jamás el título de doctor.

—No importa siempre que estés orgullosa de mí —respondió enseguida.

—Destruiré tu futuro. Ya verás.

Él cogió su mano y la estrechó con fuerza.

—Acaba con él mientras estemos juntos.

—Sí, juntos. No te dejaré, no te dejaré vivir en paz después de lo que me has hecho.

Entrelazaron sus manos. Ella apretó con fuerza la de él como si quisiera encerrarlo en una prisión oscura entre sus dedos y los recovecos de su vida.

Mientras caminaba a su lado, él le dijo:

—No, no me dejes vivir en paz. No puedo.



REEM BASSIOUNEY, (El Cairo 1973), es autora de cinco novelas bien conocidas en el mundo árabe y que han sido éxito de ventas en Egipto. Su segunda novela, *El vendedor de Pistacho* ganó el premio al libro mejor traducido del árabe en 2009. *Profesora Haná* se publicó por primera vez en Egipto en 2007 por una prestigiosa editorial privada (Maktabat al-Madbuli), y por segunda vez en 2010 en la Editorial Nacional Egipcia después de obtener el prestigioso Premio de la Fundación Sawiris para jóvenes escritores. Ha sido ya traducida a varios idiomas. La autora es doctora en Oxford y ha enseñado lengua árabe en el Reino Unido y en varias universidades de Estados Unidos así como en la oficina de la Commonwealth en el Reino Unido. En la actualidad es profesora asociada de lingüística en la Universidad de Georgetown. Como académica ha realizado importantes investigaciones en sociolingüística y tiene varios libros publicados sobre esa materia.